

EL PROCESO URBANO CARAQUEÑO: 1300-2020 d.C.

APORTE A LA MEMORIA HISTÓRICA DE CARACAS



Mario Sanoja Obediente

Iraida Vargas Arenas



EL PROCESO
URBANO
CARAQUEÑO:
1300-2020 D.C.

APORTE A LA MEMORIA HISTÓRICA DE
CARACAS



Alcaldía
de Caracas

El proceso urbano caraqueño: 1300 - 2020 d.C.
Aporte a la memoria histórica de Caracas
© Mario Sanoja, 2020
© Iraida Vargas, 2020

© FUNDACIÓN PARA LA CULTURA Y LAS ARTES, 2020

EDICIÓN AL CUIDADO DE: MARES
DISEÑO Y DIAGRAMACIÓN: J.R.C.

ISBN: 978-980-253-770-9
Caracas, República Bolivariana de Venezuela



EL PROCESO URBANO CARAQUEÑO: 1300-2020 D.C.

APORTE A LA MEMORIA HISTÓRICA DE
CARACAS

Mario Sanoja Obediente – Iraida Vargas Arenas

Historiadores de la Ciudad de Caracas.
Alcaldía del Municipio Libertador. Cámara Municipal
Profesores de la Escuela Venezolana de Planificación
Mario Sanoja Obediente, Cronista de la Ciudad
Iraida Vargas Arenas. Adjunta al Cronista

A Erika Farías, nuestra alcaldesa caraqueña

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	13
Nuestra memoria	
La memoria histórica caraqueña	
I. CARACAS: LA FORMACIÓN URBANA	
ORIGINARIA DE CARACAS 1300-1700	19
1. La formación urbana originaria caraqueña	
según la arqueología	20
- Caracas, Ciudad Caribe	
- La Nación Caribe	
- Caracas y el señorío Caribe	
- El hábitat caribe caraqueño	
- El protourbanismo caribe	
2. Visión arqueológica de la fundación de Caracas	25
3. La fundación de Caracas y las etnias caribes	
según la Arqueología	30
- Secuencia arqueológica de las iglesias	
de la villa-campamento	
- El abastecimiento de agua	
- El Convento de San Francisco	
- El sistema defensivo de la ciudad	
- El Cuartel San Carlos	
4. Caracas: Ciudades Superpuestas	42
5. Historia arqueológica de Caracas:	
investigación en el Teatro Municipal	51
- Lo cotidiano y la autoestima	
- El pasado y el proyecto político	
nacional venezolano	
- La historia y el poder	
- La arquitectura y el poder	
- Nuevas historias municipales	

- Las investigaciones arqueológicas	
- Excavaciones arqueológicas en el Teatro Ayacucho: la casa de la familia de Francisco de Miranda	
6. Notas sobre la investigación arqueológica del teatro municipal	79
7. Arqueología del capitalismo: El Proyecto Cuartel San Carlos, Caracas, Venezuela. 1780-1998 ...	83
- Resumen	
- El Cuartel San Carlos y las reformas borbónicas	
- El Cuartel San Carlos y el contexto histórico global del capitalismo	
- Abordaje transdisciplinario del proyecto arqueológico	
- Lectura sociocultural del registro arqueológico del Cuartel San Carlos	
- El registro arqueológico	
- La importancia simbólica del Cuartel San Carlos: 1839-1914	
- A manera de conclusiones:	
- El Cuartel San Carlos y la política militar venezolana	

II REFLEXIONES SOBRE LA HISTORIA SOCIAL

DE LA CARACAS ORIGINARIA	109
1. Caracas: lugar central del Estado colonial	110
2. El proceso fundacional de Caracas	111
3. Caracas después de Losada: el barrio indohispano San Mauricio	113
4. El problema del agua y el crecimiento urbano caraqueño: la primera caja de agua	116
5. Caracas: el origen del sancocho criollo	117
6. Caracas: La propuesta urbana de Juan de Pimentel	118
7. Caracas: capital provincial	119

8. Caracas: de la iglesia de San Sebastián a la Santa Capilla; 1595-1870	121
- La tercera iglesia, San Sebastián-San Mauricio, 1641-1734	
9. El convento de San Francisco	123
10. El convento de San Francisco y la gastronomía caraqueña originaria	125
11. El Cabildo caraqueño y el control político provincial	126
12. El primer acueducto caraqueño: 1675	128
III. LA CARACAS DEL SIGLO XVIII	131
1. El Estado colonial caraqueño: siglo XVIII (1)	132
2. El Estado colonial caraqueño, siglo XVIII (2)	134
3. El Cuartel San Carlos de Caracas: 1943	135
4. Caracas capital de la Capitanía General de Venezuela	137
5. La Plaza Mayor de Caracas	138
6. Siglo XVII: la propiedad de la tierra caraqueña	139
7. La oligarquía caraqueña y la Guerra de Independencia	140
IV. CARACAS, SIGLO XIX	143
1. La Provincia de Caracas: territorio estratégico	144
2. El martirio de Caracas	145
3. Caracas y los inicios del Estado nacional venezolano	147
4. La Caracas de Guzmán Blanco. 1870	148
5. La reforma guzmancista de Caracas	149
6. Guzmán y el renacer de Caracas	150
7. La Caracas de Guzmán: rescate de la imagen de Bolívar	152
8. Parroquias y la nomenclatura urbana	153
9. La Caracas de Guzmán: el edificio de El Capitolio ...	154
10. La Caracas afrancesada	155

11. Caracas y el modernismo guzmancista	156
12. La nueva clase comercial y la modernización guzmancista	158
13. Caracas 1895: la parroquia El Paraíso y la sociedad de clases	159
14. 1890: la clase media caraqueña (1)	160
15. Caracas de Guzmán: la clase media caraqueña (2) ..	161
16. 1891: El estatus económico de la clase media caraqueña	162
17. El guzmancismo: progreso o imitación	163
18. Las pulperías caraqueñas	165
19. Geografía antigua del barrio La Pastora	166
20. Mi parroquia natal: San Agustín	168
21. Consumismo y racismo en la Caracas de Guzmán ..	170
22. La Caracas de Guzmán: la música de los pobres ..	171
23. La Caracas de Guzmán: la vida de la gente pobre ...	172
24. 1888. La pobreza en la Caracas de Guzmán	174
25. Caracas de Guzmán: Las hijas de la noche y de la pobreza	175
26. Nemotecnia de las esquinas caraqueñas	176
27. Guzmán: la modernización de las uniones matrimoniales	178
28. La Caracas de Guzmán: los inmigrantes de entonces (1895)	179
29. La cultura de la pobreza del oeste caraqueño	180
30. Los “turcos” caraqueños en la era de Guzmán	182
31. El nacimiento de la cultura catiera	183
32. 1890. Las casas de la burguesía caraqueña y su conversión en escuelas públicas	185
33. Caracas de Guzmán: diseño de la vivienda clase media	188
34. Caracas guzmancista: casándose en Caracas	190
35. La música en la Caracas de Guzmán	191

36. Caracas de Guzmán: modernidad y medios de comunicación	192
37. Caracas de Guzmán: la Exposición Nacional de Venezuela	193
V. LA CARACAS DEL SIGLO XX	197
1. Caracas, 1906: primeras organizaciones ciudadanas ..	198
2. Los tranvías caraqueños	200
3. Etnografía pastoreña, fiestas casamenteras. 1943	201
4. La diversidad cultural y política de Caracas	203
5. Mi Caracas de 1952	205
6. Las migraciones campesinas hacia el oeste de Caracas: la parroquia 23 de Enero	207
7. Ideología del neo-urbanismo del sureste de Caracas ..	209
8. 1989. El Caracazo: experiencia de un viajero caraqueño	210
VI. CARACAS, SIGLO XXI	213
1. ¡Seguid el ejemplo de Caracas!	215
PALABRAS FINALES	218
Caracas, ciudad comunal	
BIBLIOGRAFÍA GENERAL	221

INTRODUCCIÓN

NUESTRA MEMORIA /Mario Sanoja Obediente

Caracas es mi ciudad natal. Nací de Junín a Zea en San Agustín del Norte en 1934 y crecí en La Pastora con pasantías breves en las parroquias de San Juan, San José y Altagracia. La muerte inesperada de mi querido padre, telegrafista, en 1948, nos deparó una no menos inesperada ayuda económica que permitió a mi familia comprar una casita propia en el este de Caracas, lo cual siempre había sido el sueño de mi padre.

Como la mayoría de los niños y adolescentes de aquella clase media pobre, me tocó caminar y luego traficar sus calles a pie y en bicicleta para ir a la escuela y al liceo, al beisbol los domingos, al cine o de paseo con los amigos. La juventud universitaria amplió mis horizontes caraqueños. Después de graduado y de un largo periplo en Europa... y en Mérida, en un trabajo de campo arqueológico en Quíbor encontré a Iraida; luego retornamos a enseñar en Caracas en la UCV, a seguir estudiando en Europa y en Estados Unidos y a asentarnos finalmente en la Caracas del sureste en la cual hemos vivido todas sus profundas transformaciones socioculturales experimentadas en las últimas décadas.

Iraida Vargas Arenas, maracayera naturalizada caraqueña, desciende de una antigua familia mantuana valenciana del siglo XVI, donde figuraron hasta inicios del siglo XX, dueños de grandes haciendas, políticos notables, gobernadores del estado Carabobo y famosos historiadores como Francisco González Guinán. Mi larga tradición familiar Obediente de sefardíes holandeses, que llegó a la isla de Santo Domingo, Caribe insular en 1781 en los barcos de la Compañía Holandesa de las Indias Occidentales con Joseph Obediente (Deive 1983: 156-157, Sanoja 1998, Aizemberg), se reunió con la de Iraida, de manera

que ambos, amantes de la Historia, nos dedicamos largos años a estudiar la arqueología de Caracas. Como ya he señalado, Iraida devino caraqueña por adopción, es además mi pareja científica; juntos pudimos desarrollar, entre otros, un proyecto de investigación sobre Arqueología Urbana en Venezuela y escribir diversos libros y artículos científicos que analizan también la historia ésta y otras antiguas ciudades venezolana como Caracas, Maracaibo y Santo Tomé de Guayana desde sus más remotos antepasados fundacionales hasta el presente.

Como Cronista designado de Caracas y ella como Adjunta al Cronista, con este libro queremos honrar la memoria histórica de nuestra ciudad. Para ello hemos compilado en esta obra diversos escritos nuestros: trabajos científicos publicados en libros y revistas profesionales, así como notas periodísticas publicadas en los diarios *Últimas Noticias* y *Ciudad Caracas* sobre historia caraqueña para armar este libro, el cual intenta contribuir al rescate de la caraqueñidad, mostrando, al mismo tiempo, posibles líneas de investigación documental que podrían abrirse para investigadores del archivo municipal caraqueño. Nuestro objetivo es mostrarle, al lector o lectora interesado, una versión *insurgente y militante* más apegada a la verdad histórica de la fundación de Caracas distorsionada por la historiografía tradicional, que sirva para explicar, de cierta manera, la diversidad de tiempos históricos que han existido y que todavía coexisten en nuestra ciudad.

A través de los estudios arqueológicos hemos podido darle corporeidad al relato histórico documental, reconstruyendo en lo posible la materialidad de la vida cotidiana caraqueña entre los siglos XVI y XIX. Hemos tratado igualmente de describir y analizar lo que llamamos el tiempo de las reformas urbanas caraqueñas. La primera reforma se concreta alrededor de finales

del siglo XVII e inicios del XVIII con la construcción de la Catedral, la Plaza Mayor y el primer acueducto caraqueño, reforma territorial que permitió la puesta en efecto de la propuesta de Juan de Pimentel. La segunda, que denominamos Reforma Urbana Guzmancista se concreta hacia finales del siglo XIX. Ella no solamente permitió que se construyera el actual centro histórico de Caracas, sino que indujo cambios sustantivos en el estilo de vida de los y las caraqueños. La tercera reforma se inicia, en nuestra opinión, en los años 30, con la tesis del Plan Rotival lo cual dinamiza hacia mediados del siglo XX la destrucción del antiguo barrio el Silencio y la construcción en su lugar del complejo urbanístico del mismo nombre. A ello siguió la construcción del Centro Simón Bolívar, la Autopista del Este y el complejo urbanístico 2 de Diciembre bautizado luego como 23 de Enero, que dieron origen todos ellos a la modernidad urbanística caraqueña.

Hemos tratado de dar una imagen científica y literaria a nuestro relato incluyendo como referentes históricos tanto nuestras publicaciones científicas como las notas periodísticas publicadas en los diarios *Últimas Noticias* y el diario *Ciudad Caracas*, las cuales se inspiran en nuestra propia observación directa, en nuestra reflexión sobre los hechos y situaciones que marcaron la historia caraqueña desde el siglo XVI.

En mi casa siempre hubo una biblioteca y allí, entre otras, había publicaciones sobre Caracas recolectadas por mi padre y mis hermanos, las cuales me leí ávidamente. Mi vida en diferentes parroquias caraqueñas me permitió absorber esas memorias urbanas contadas por los y las mayores.

El Liceo Fermín Toro, donde estudié el bachillerato, era una institución educativa muy prestigiosa donde convivíamos adolescentes provenientes de diversas clases sociales.

Algunas compañeritas provenían de familias acomodadas que habitaban todavía para entonces (1948-1949) en viejas grandes mansiones del centro de Caracas donde aún se conservaba el fastuoso mobiliario decimonónico y la etiqueta social que ordenaba la vida cotidiana de la vieja burguesía caraqueña, hechos que se grabaron vivamente en mi memoria.

En otra oportunidad, siendo yo niño, una muchacha criada en nuestra casa se casó y se fue a vivir en Tierra de Jugo, en el actual barrio El Cementerio. Como había sido para mí algo así como un ama de crianza, los fines de semana me llevaba a su rancho en el cerro, donde yo jugaba con sus hijos y con otros vecinitos de mi edad que vivían en los ranchos aledaños. Esa experiencia de primera mano con la que podemos denominar la antigua pobreza caraqueña, marcó definitivamente mi concepto posterior sobre la memoria histórica, la vida y la justicia social.

Iraida, mi compañera, procede, como hemos dicho, de una antigua familia valenciana de origen mantuano que estuvo muy vinculada a la historia política de Venezuela. Incluso una de sus ascendientes femeninas, escribió la primera historia de Venezuela para niños. Desde muy pequeña creció oyendo los relatos de las tías abuelas y entró en contacto con un fascinante mundo de historias familiares que se originaron desde el siglo XVII, enlazadas desde inicios del siglo XIX con la historia política de nuestra naciente República. Fue así como de cierta manera ambos nos sentimos concernidos como antropólog@s e historiador@s, con la necesidad de sistematizar con seriedad científica, los hechos que conforman nuestra memoria histórica para hacerla accesible al común de las y los caraqueños.

En esta obra utilizamos el concepto de historia coyuntural, iniciando el análisis desde los primeros asentamientos caribe caraqueños del siglo XIII de la era. La distribución territorial de los mismos ya prefigura la producción de un espacio protourbano humanizado que servirá como referente para el desarrollo de la fase inicial del proceso urbano colonial que culmina hacia finales del siglo XVII. En este sentido diferimos de la historia tradicional que no considera la validez del proceso de humanización y producción social del espacio por parte de las etnias indígenas que ya existían en Venezuela desde 14.500 años en general y las “caraqueñas” en particular desde el siglo XIII, básicamente los caribe toromaima. En este sentido, la construcción de la memoria histórica que practicamos en esta obra podemos considerarla militante o disidente, como dirían Max Bloch y Federico Brito Figueroa, en el sentido que buscamos la verdad sobre la historia de Caracas estudiando el hecho histórico caraqueño desde sus antecedentes caribes más remotos. Partimos de referentes como los arqueológicos y de los fechamientos absolutos con el C14 que le dan calidad temporal a hechos de la vida cotidiana que no son reseñados por las fuentes escritas. De esta manera producimos cronologías concurrentes para los mismos que permiten darle amplitud al discurso histórico, incluyendo datos y circunstancias que no fueron consideradas en el relato de las crónicas documentales.

La memoria histórica caraqueña que construimos está representada objetivamente tanto en la sucesión de formas materiales objetuales que constituyen el entorno donde ocurre la vida cotidiana, como en las intangibles, orales y escritas que explican y reproducen las vivencias pasadas y presentes de los colectivos sociales. Por esa razón la memoria histórica incide

directamente en la subjetividad social de un pueblo, pues tiene de a crear y reproducir los lazos vitales que existen entre los hombres y mujeres que conforman los colectivos sociales que resultan en una identidad histórica, en una identidad cultural que se expresa en aquellos como la conciencia de pertenecer a una comunidad de orígenes y de destino que los impulsa hacia el logro de metas colectivas como sería, en nuestro caso, la Caracas Comunal.

La memoria histórica explica al individuo su razón de ser en función de los otros que fueron su pasado, y los que son su presente y serán su futuro, quiénes fuimos, quiénes somos y quiénes queremos ser. El patrimonio histórico, el patrimonio cultural es esencial para dar a los colectivos una imagen tangible, plena de lo que han sido e inspiradora de nuestra larga marcha hacia el futuro socialista. La conciencia de la memoria histórica es esencial para lograr la construcción subjetiva y material del sujeto revolucionario en la cual se basa el Poder Popular y la edificación de la sociedad comunal, fundada en nuestro Estado democrático bolivariano que es de derecho y de justicia.

I. CARACAS:
FORMACIÓN URBANA ORIGINARIA 1300-1700

1. LA FORMACIÓN URBANA ORIGINARIA CARAQUEÑA SEGÚN LA ARQUEOLOGÍA

Mario Sanoja Obediente - Iraida Vargas Arenas *

El proceso histórico de la formación urbana originaria caraqueña, según nuestras investigaciones arqueológicas, comenzó mucho antes de la fecha que narran las fuentes escritas. Ya para 1300 de la era existía un gran número de aldeas de toromaimas caribes organizadas a lo largo y ancho del territorio que corresponde con los actuales municipios Libertador, Chacao, Baruta y El Hatillo. La aldea más importante, la cual concentraba al parecer un mayor número de viviendas colectivas, se encontraba posiblemente en el territorio que hoy constituye el actual municipio Libertador.

Nuestros estudios arqueológicos e históricos documentales combinados, nos han permitido establecer la cronología y las características culturales y arquitectónicas de aquella formación urbana originaria, período que va desde el año 1300 hasta 1700, fecha en la cual se construyen la actual Iglesia Catedral y la Plaza Mayor, así como la red de cañerías subterráneas del segundo acueducto. Para que ésta pudiese ser ordenada, fue necesario organizar la distribución espacial de los solares para formar una ciudad con calles rectas y solares definidos en manzanas tal como lo había propuesto Juan de Pimentel en el siglo XVI.

CARACAS, CIUDAD CARIBE

Cuando la gente camina por las calles de Caracas, la mayoría no piensa que ese suelo una vez estuvo poblado y humanizado por pueblos caribes de la etnia toromaima, que sus

* Todos los textos de esta obra pertenecen a ambos autores, a menos que se señale lo contrario. (N.E.)

aldeas se hallaban situadas en territorios que hoy corresponden con conocidas esquinas y urbanizaciones caraqueñas. La historia oficial tradicional indujo en la mente de los venezolanos en general, que los caribes eran un pueblo violento y guerrero haciendo omisión de sus características culturales más positivas y de su creatividad.

LA NACIÓN CARIBE

Los pueblos caribes, originarios de la Amazonía, formaban para el siglo XVI, una gran nación que abarcaba toda la región centrorienta de Venezuela, el litoral caribe, el litoral atlántico del noreste de Suramérica hasta las bocas del Amazonas y el Caribe Insular llegando a tocar la península de La Florida. La fase jerárquica de la Nación Caribe se alcanzó hacia el año 1000 de la era cristiana, caracterizada por una intensificación de la agricultura. Esa fase estuvo asociada con la formación de extensos sistemas de aldeas como los que hallamos en la cuenca del lago de Valencia y en la misma Caracas.

Aquella fase jerárquica parece estar relacionada también con la formación de Señoríos o Jefaturas, federaciones de cacicazgos caribes. Alrededor del siglo XIII de la era cristiana se produjo una expansión territorial desde el Orinoco Medio hacia los valles costeros del litoral caribe central, donde ya aparecen esos pueblos abarcando el territorio de los actuales estados de Aragua y Carabobo, la franja costera de Miranda y Yaracuy hasta Tucacas, la zona de los altos mirandinos, las islas e islotes caribeños venezolanos como Krasky y Los Roques. De igual manera, ya habían colonizado desde inicios de la era cristiana todo el oriente de Venezuela, el Medio y Bajo Orinoco, la costa noreste de Suramérica incluyendo el Esequibo, las Pequeñas Antillas, Puerto Rico, Haití e Islas

Vírgenes. La expansión caribe desplazó o asimiló a los pueblos de origen arawako que habían ocupado el norte de Suramérica desde el III milenio antes de Cristo.

CARACAS Y EL SEÑORÍO CARIBE

La región ocupada por Caracas formó parte de un extenso Señorío Caribe que controlaba el centro norte de Venezuela así como la cadena de islas que existe frente al litoral caribe, particularmente el archipiélago de Los Roques. El lugar central de dicho Señorío se hallaba localizado en la cuenca de lago de Valencia donde los poblados estaban formados por sistemas de grandes aldeas monticuladas. Desde posiblemente los siglos VIII-X de la era, los indígenas de la etnia caribe aragua, se hallaban asentados formando grandes aldeas en el valle del mismo nombre al igual que los de la etnia tacarigua alrededor del lago de Valencia; es posible, igualmente, que otros grupos de antiguos recolectores pescadores que habitaban las costas del lago desde inicios de la era cristiana, conjuntamente con pueblos agroalfareros arawakos, hubiesen continuado viviendo en dicha región. Otros pueblos caribe habitaban aldeas localizadas en la región litoral de los actuales estados de Carabobo, Aragua y Miranda (Brito Figueroa 1993: 27-28, Sanoja y Vargas Arenas 1979: 173-183).

La existencia del poblamiento caribe de la región caraqueña está atestiguado por una fecha de C14 desde los años 1315-1390 de la era cristiana obtenida en la vivienda de una aldea, al parecer toromaima, localizada en el espacio ocupado actualmente por el Palacio de las Academias, cerca de la antigua esquina de Pajaritos (Sanoja y Vargas Arenas: 2002: 135-136).

En efecto, como podemos ver, la Caracas originaria fue, históricamente, una ciudad caribe conformada por un extenso sistema de aldeas interconectado con otros sistemas aledaños que existían en Catia, Caricuao, Chacao, Petare, Mariches, Baruta, Los Teques y el litoral guaireño. Esta extensa región continuó siendo de cultura caribe y, posteriormente al siglo XVIII, estuvo habitada por una población mestiza de caribes, negros y europeos que en la actualidad ha sido identificada con un ADN indígena predominante, que se constituyó como la fragua del Bravo Pueblo Caraqueño.

LA VIVIENDA CARIBE CARAQUEÑA

Según las Relaciones Geográficas y Descripción de la Provincia de Caracas, en 1567 vivían en el Valle de Caracas entre 10000 y 50000 indígenas, de los cuales unos 4000 habitaban en las cercanías del recién fundado pueblo de “*Santiago y nuestra Señora*”... Vivían en barrios de tres, cuatro, seis y a veces más casas localizados a una distancia promedio de 2000 m unos de otros. El espacio entre las casas se utilizaba para hacer conucos donde cultivaban yuca y tubérculos como batata, ocumo, mapuey, cucurbitas como la auyama, frutas como el aguacate, la guayaba, drogas como el tabaco y el hayo y plantas como el maguey cuyas fibras utilizaban para fabricar cordeles. Cazaban y consumían guacharacas, pajiés y patos (Brito Figueroa: 1993; 29-30).

Los caribes toromaima caraqueños vivían –según nuestras investigaciones arqueológicas– en grandes casas colectivas de planta oval habitadas por familias extensas de 30 a 35 miembros. Una aldea albergaba posiblemente unas seis viviendas, habitadas por una población de entre 150 y 180 personas. Cada casa estaba separada de la otra por una distancia

promedio de doscientos metros, rodeada –al parecer– por un espacio ocupado por los conucos donde las mujeres producían el alimento cotidiano para sus familias. En el caso concreto del actual centro de Caracas, en nuestras investigaciones detectamos una vivienda colectiva localizada en la actual cuadra definida por las esquinas de Santa Capilla, Principal, Torre y Veroes; otra vivienda estaba localizada hacia el sur, en el actual patio trasero del Palacio de las Academias, antigua esquina de Pajaritos; una tercera de estas viviendas se encontraba en el patio trasero del actual Teatro Municipal, esquina de Reducto, sobre la ribera izquierda del río Caroata cuyo cauce todavía discurre por debajo de la actual Plaza Miranda hasta desembocar en el río Guaire (Sanoja y Vargas Arenas 2002: 131-132). Las vegas del Caroata, actualmente atravesadas por las avenidas Baralt y Lecuna, no solamente producían alimentos vegetales, sino también bagres de río y era punto de atracción de fauna como venados, váquiros, lapas, conejos y aves diversas cuyos huesos aparecen en la basura de las viviendas caribes demostrando su consumo.

EL HÁBITAT CARIBE CARAQUEÑO

Como vemos, el hábitat caribe cubría todo el espacio de la actual Caracas. En el año 1300 de la era ya existían sistemas de aldeas caribes en el hoy centro de Caracas; entre 1415 y 1565 los caribes ya habían poblado y humanizado con sistemas de aldeas lo que hoy se conoce como las urbanizaciones El Cafetal y Prados del Este, El Hatillo, Baruta, El Pinar, la Yaguara, Caricuao y Fila de Mariches, estas últimas vías de acceso hacia los territorios tribales de Apacuana y Guaicaipuro localizados en los valles del Tuy y en los Altos Mirandinos respectivamente.

El urbanismo o protourbanismo caribe caraqueño podría caracterizarse como un sistema socio productivo extenso que se desarrolló aprovechando las características ecológicas del piedemonte de Waraira Repano y de las vegas de la cuenca del río Guaire. En este sentido contrasta fuertemente con el modelo urbano jerárquico impuesto posteriormente por el invasor español, fundamentado en un espacio político central que dominaba una periferia integrada por poblaciones de menor dimensión dedicadas mayormente a la producción agropecuaria, que tributaban al espacio político central.

Es importante que podamos analizar a los toromaimas caribes como una sociedad territorialmente organizada, para lo cual sería necesario desarrollar un sistema de análisis históricamente insurgente en oposición al de la historia burguesa que no le concede a los pueblos indígenas la capacidad de haber organizado espacial y territorialmente su vida cotidiana.

2. VISIÓN ARQUEOLÓGICA DE LA FUNDACIÓN DE CARACAS**

Quisiéramos iniciar esta serie de crónicas sobre Caracas narrando desde la óptica de la arqueología urbana, algunos aspectos de su fundación que no han sido recogidos por los relatos historiográficos. La arqueología es una ciencia histórica que estudia y trata de reconstruir la vida de las comunidades antiguas y presentes a partir del estudio de las evidencias materiales que deja la ocupación humana de los territorios

** Extracto del trabajo monográfico en publicación por la Universidad de Leyden, Holanda: Mario Sanoja - Irida Vargas Arenas. 2019: *Visión arqueológica del urbanismo temprano en Venezuela. Tres casos de estudio: Caracas, Maracaibo, Santo Tomé de Guayana.*

habitados: viviendas, mobiliario, restos de comida, vasijas, restos de vestidos, botellas, herramientas, armas, semillas, polen de plantas, huesos de animales, armas, vajillas, cubiertos, en fin, todos aquellos bienes que la gente utiliza corrientemente durante su vida cotidiana en un lugar determinado y, por supuesto, también los restos humanos que nos sirven para estudiar el tipo físico de los antiguos habitantes. La extracción del ADN mitocondrial contenido en los huesos humanos antiguos, nos permite obtener información genética sobre las antiguas poblaciones. Hay igualmente una serie de técnicas de datación, una de ellas el carbono 14, que nos proporciona fechamientos absolutos sobre el tiempo en el cual fueron fundadas, por ejemplo, las viviendas de una población.

En el caso de Caracas tuvimos la oportunidad de armar un gran proyecto arqueológico urbano con el patrocinio de diversas instituciones nacionales, el cual nos permitió obtener detallada información sobre los primeros momentos de la vida cotidiana caraqueña que no han sido todavía recogidos por la historia documental.

Según la historia documental, Caracas fue fundada el año de 1567 por Diego de Losada. La arqueología urbana nos permite añadir que la fundación ocurrió inicialmente en el enclave de una antigua aldea caribe localizada en las estribaciones sureñas del Waraira Repano, cuya extensión correspondía aproximadamente a la manzana delimitada por el eje actual de las esquinas de Carmelitas- Santa Capilla-Veroes. (Sanoja y Vargas Arenas 2002.).

Al excavar el fondo de una antigua vivienda indígena, hallamos un poste de madera u horcón carbonizado en cuyo entorno localizamos fragmentos de alfarería indígena y de un hacha de piedra. Una muestra de carbón recolectada en el mismo poste

nos sirvió para obtener una datación absoluta que arroja la fecha calibrada de C14 Beta -95015. Según la interpretación de la misma, Caracas habría sido fundada entre los años 1556-1557 y 1595 después de Cristo sobre la terraza alta del río Guaire, río que atraviesa de oeste a este el valle del mismo nombre, desde la cual tenían entonces los invasores españoles un ángulo de visión de 150° sobre todo el territorio sur del valle. Ello podría significar que la madera utilizada para construir el bohío indígena pudo haber sido recolectada entre 1556 y 1557 cuando se produce la entrada de Francisco Fajardo, y 1595 años después de Cristo. El año 1595 sería la fecha final de la estructura que fue al parecer quemada cuando el pirata inglés Amyas Preston destruyó la ranchería caraqueña aquel mismo año.

Por razones estratégicas, el asentamiento definitivo de la villa-campamento se hizo en la zona más desfavorable del valle, con el fin de ponerla a salvo de los ataques de los indígenas “caraqueños” que no habían sido todavía pacificados (Sanoja *et alii*. 1998, Sanoja y Vargas Arenas 2002). La aldea original fue transformada en una especie de castro o campamento defensivo de planta rectangular de aproximadamente 80 x 40 m correspondiente a la manzana atípica limitada por las actuales esquinas de Santa Capilla, Veroes, Catedral y Principal, a orillas de la antigua quebrada Catuchecua, afluente del río Catuche, que se azolvó hacia mediados del siglo XVII. La corriente de dicha quebrada era represada en una rústica caja de agua construida en 1580, localizada 50 m al noreste del campamento (actual Casa Mendoza, esquina de Jesuitas) y el líquido transportado hacia los espacios de vivienda mediante acequias abiertas.

En la terraza baja del río Guaire, unos 600 m al sur del campamento existió otra aldea indígena localizada a orillas del río

Caroata, el cual corre paralelo al Guaire, donde se construyó hacia 1600 el reducto integrado por una iglesia dedicada a San Pablo, el Hospital Real y un puesto militar fortificado que vigilaba el paso del río, sitio donde se encuentra ubicado actualmente el Teatro Municipal (Vargas *et alii*. 1998). De la misma manera, el espacio ocupado por varias otras aldeas indígenas que se hallaban localizadas en la cornisa tanto de la terraza alta del río Guaire como de la baja, fue utilizado para construir conventos, iglesias o puestos militares (San Francisco, San Jacinto, San Pablo) que controlaban estratégicamente los accesos hacia el castro o poblado principal y definían su perímetro defensivo sur, región que estuvo controlada por tribus caribes hostiles hasta finales del siglo XVI.

El caney que funcionaba como primera ermita del castro caraqueño, dedicada a San Sebastián y San Mauricio, duró por lo menos hasta 1580 \pm 70 d.C. En 1595 en el espacio ocupado por dicho caney se construyó una estructura de tapia que servía como ermita de la ciudad. Dicha ermita colapsó y fue sustituida en 1641 por una nueva, de mayores dimensiones, que fungía las veces –también temporalmente– de Catedral de Caracas, la cual permaneció en uso hasta 1734. En ese año, fue demolida para dar paso a la iglesia de San Mauricio, sobre cuyos muros el Presidente Guzmán Banco ordenó fundar en 1870 la actual Santa Capilla (Sanoja y Vargas Arenas 2002: 81-91).

La consolidación del enclave urbano caraqueño estuvo determinada por la necesidad que tenía la burguesía terrateniente criolla de ejercer el control privado del transporte y la distribución de un bien escaso como era el agua útil, proceso que se inició en el mismo siglo XVI. La estabilidad de dicho enclave fue determinante para que la elite criolla pudiese adueñarse de las tierras de vocación agropecuaria que formaban su periferia,

particularmente los feraces valles de la cuenca del lago de Valencia, para implantar en ellos una economía de plantación. Ello le permitió, a partir de 1675, materializar su poder mediante la construcción de un enclave residencial en el espacio urbano caraqueño, el actual casco histórico de la ciudad, lo cual equivalía a legitimar su control absoluto sobre toda la Provincia de Caracas. Para tal fin, en 1675 la elite criolla decidió construir con sus propios capitales y los de la Iglesia, un acueducto que hizo posible apropiar y captar para su propio beneficio, los mayores volúmenes de agua procedentes del río Catuche, el cual atraviesa el valle de sur a norte, con una nueva y más grande toma de agua y distribuirla mediante una extensa red de canales de mampostería. De dicha estructura parece haberse conservado el topónimo esquina de Caja de Agua (Sanoja y Vargas Arenas 2002).

Considerando tales razones, el Cabildo de Caracas decidió en aquella misma fecha reformar la distribución anárquica de los solares en torno al antiguo castro de Losada y ejecutar una nueva cuadrícula cuyo centro sería la Plaza Mayor, hoy Plaza Bolívar, donde se ordenó construir el edificio de la actual Catedral de Caracas, siguiendo la propuesta que hiciese Juan de Pimentel en 1578. Ello permitió poner en práctica el diseño reticular de los canales que transportaban el agua útil del río Catuche hacia los diferentes solares de la burguesía caraqueña, a los conventos y núcleos urbanos periféricos, propiedad de la iglesia caraqueña como San Pablo, San Jacinto y San Francisco y a las pilas públicas donde se servía el común de los caraqueños. Luego de esta reforma territorial, Caracas pasó a ser, desde finales del siglo XVII, la mayor concentración territorial urbana de poder político y económico de toda la Gobernación de Venezuela (Sanoja y Vargas Arenas 2002: 161-179).

El caso de Caracas, que podríamos considerar como una “forma estatal colonial derivada del Estado Metropolitano” (Sanoja y Vargas Arenas 2002), se apoyaba en el desarrollo de formas de poder centradas en la burguesía criolla, la consolidación y la reestructuración de las familias que la integraban vía el parentesco y las formas de propiedad territorial donde se fundamentaban las formas de producción agropecuaria. La ciudad que deviene, capital del sistema colonial venezolano, es a su vez el centro de una periferia conformada por otras ciudades de menor rango, pueblos, aldeas campesinas, artesanales o pesqueras, plantaciones, hatos y demás, a través de los cuales se canalizaba la extracción de capitales o excedentes económicos. La metrópolis local, Caracas, servía para imponer y mantener la estructura monopólica y la relación explotadora del sistema capitalista mercantil colonial.

3. LA FUNDACIÓN DE CARACAS Y LAS ETNIAS CARIBES SEGÚN LA ARQUEOLOGÍA ***

Según nuestras investigaciones arqueológicas, Caracas fue fundada sobre la planta de una aldea caribe conquistada por las tropas de Diego de Losada. Contrastando la fecha fundacional dada por la historia documental, 27 de Julio de 1567, con el registro arqueológico, obtuvimos una datación absoluta de C14 (Beta-95015), muestra sacada de la huella del poste carbonizado de un bohío indígena que sería utilizado luego como ermita de la aldea indohispana fundada por Losada. La datación arrojó una fecha convencional de 580 ± 70 ap, esto es 1559-1580 d.C. Los resultados calibrados indican dos sigmas ó 95% de probabilidad de que la fecha caiga entre 1425 y 1640 d.C. La intercepción de la curva de

*** *Idem.*

radiocarbón con la calibración, indica una fecha temprana máxima de 1495 d.C. La muestra de carbón estaba asociada con alfarería indígena, hachas líticas, pendientes de jadeíta, pintaderas de arcilla, dedales metálicos y fragmentos de mayólica *Columbia Plain*, de uso muy difundido en el Caribe en el siglo XVI, vértebras de peces de río, huesos de conejos, *agutíes* o lapas y, posiblemente, de venados y de váquiros (*tayassu sp.*).

La aldea caribe toromaima, que se hallaba ubicada en el punto más elevado de la terraza alta del río Guaire que atravesaba el valle de Caracas de oeste a este, ocupaba aproximadamente la manzana delimitada por las actuales esquinas caraqueñas de Carmelitas-Santa, Capilla-Veroes y Principal, desde la cual los habitantes de la aldea tenían de un ángulo de visión de 150° sobre todo el valle de Caracas (Sanoja y Vargas 2002).

La aldea original fue transformada posteriormente en una especie de castro o campamento defensivo, de planta rectangular y de aproximadamente 80 x 40 m, área correspondiente a la actual manzana atípica delimitada por las esquinas de Santa Capilla, Veroes, Catedral y Principal. Los restos de aquella fueron localizados en la parte trasera de la actual Escuela de Música José Ángel Lamas, esquina de Santa Capilla (Sanoja y Vargas Arenas 2002).

Por razones estratégicas, el asentamiento original de la villa-campamento se hizo en el área más desfavorable del valle, cruzado por profundas hondonadas, con el fin de ponerla a salvo de los ataques de los indígenas caribes “caraqueños” que no habían sido todavía pacificados (Sanoja *et alii.* 1998; Sanoja y Vargas Arenas 2002).

La villa-campamento se hallaba a orillas de la antigua quebrada Catuchecua, afluente del río Catuche la cual se azolvó hacia mediados del siglo XVII. El cauce de dicha quebrada, como demuestran nuestras excavaciones (Sanoja y Vargas Arenas 2002, 48) corría a lo largo de las actuales esquinas de Jesuitas, Veroes, Catedral y Gradillas. La corriente de la misma fue represada en una rústica caja de agua construida en 1580, localizada durante las investigaciones a 150 m al noreste del campamento, cercana a la actual esquina de Jesuitas; el agua de la misma era transportada hacia los espacios de vivienda mediante acequias abiertas, de sección triangular (Sanoja y Vargas Arenas 2002).

SECUENCIA ARQUEOLÓGICA DE LAS IGLESIAS DE LA VILLA-CAMPAMENTO

De acuerdo con nuestras excavaciones arqueológicas, la primera ermita caraqueña, denominada ermita de San Sebastián, se instaló en un bohío de la aldea indígena caribe, posiblemente con techo de paja y de planta rectangular, orientado de este a oeste, construido, según la fecha de C14 en 1559, año cuando el conquistador Francisco Fajardo fundó la efímera villa de San Francisco que fuese quemada posteriormente por los indios toromaimas. Tal como lo asevera también el historiador Arístides Rojas, hasta 1600 la primera iglesia caraqueña era “*un miserable caney*” en (Sanoja y Vargas Arenas 2002: 93).

En 1589 el Cabildo de Caracas aprobó las obras para construir una segunda ermita, dedicada a San Sebastián-San Mauricio, esta vez construida con paredes de tapia, basamento de piedras y piso de cantos rodados, la cual relevamos sobre la planta del antiguo bohío. Posteriormente, en 1595, dicho Cabildo emitió las providencias para terminar de construir dicha ermita (Sanoja y Vargas Arenas 2002, 108-109).

De los objetos rescatados entre los cantos rodados que pavimentaban el piso de la ermita destacan un fragmento de daga de acero, un fragmento de mayólica sevillana Azul sobre Azul y un fragmento del sistema de percusión a pedernal (*flint lock*) de un mosquete. La mayólica Sevilla Blue on Blue (Deagan 1987, 28, 53 y 115) y (Goggin 1958, 135) indicarían una fecha entre 1550 y 1630. El sistema *flint-lock* comenzó a ser fabricado en Francia entre 1550 y 1634 (*Britannica Micropedia* 1979, 186). Como los soldados castellanos utilizaban todavía arcaicos arcabuces de mecha, es posible que un dispositivo “moderno” como el *flint lock* hubiese provenido de un mosquete de los filibusteros de Amyas Preston quienes en 1595, tomaron y quemaron a Caracas antes de abandonarla al no obtener un buen rescate por parte de la población de la ciudad.

Para 1595 el antiguo campamento de Losada parece haber ocupado todavía una manzana o rectángulo de 40x60 m. Las estructuras excavadas (resaltadas en rayado oscuro), señalan que para aquel momento las casas eran de planta rectangular, de alrededor 5.10 m, alineadas a lo largo del perímetro del campamento, alrededor de una plaza o espacio central. Se observó en el ángulo noreste de dicha plaza una excavación circular de 60 cm de diámetro y 80 de profundidad, que indica la posible ubicación del “rollo” o “picota” que usualmente marcaba la fundación de la ciudad (Sanoja y Vargas Arenas 2002, 48). En torno de la huella de un poste de otra de aquellas viviendas del campamento, se recuperaron cuentas de collar tipo *chevrón*, conocidas también como Star o Rosette, datadas en otros sitios del Caribe entre 1550, 1565 y 1700.

La segunda ermita, dedicada a San Sebastián y San Mauricio, construida en tapia sobre la planta de la anterior (Sanoja y Vargas Arenas 2002, 109), se asentaba en la parte media del

límite oeste de la villa (Sanoja y Vargas Arenas 2002, 48), elevada unos 60 cm sobre la superficie de la plaza. Su fachada, que miraba hacia el este, terminaba en un piso empedrado, especie de atrio que descendía hacia la plaza, separado de la misma por una hilera de postes que formaban al parecer parte de una barrera que delimitaba el área de la plaza donde, según las crónicas de la época funcionaba un mercado y se hacían juegos de “toros y cañas”.

La segunda ermita era una construcción de planta rectangular de aproximadamente 5x10m con piso empedrado, dividida en dos ambientes mediante un muro interior de tapia. La sección delantera, el presbiterio, estaba aparentemente dedicada a los oficios públicos; la parte trasera servía al parecer como vivienda de los frailes o sacerdotes, dada la presencia en la misma de basura doméstica. A falta de un altar, parece que existía una cruz clavada en el piso del presbiterio.

El edificio de la segunda ermita fue severamente dañado por un terremoto acaecido en 1641. Las excavaciones en la estructura mostraron la fractura y la distorsión que, como consecuencia del sismo presentaban en su orientación los ladrillos del rellano de la puerta existente entre el presbiterio y la sacristía.

La tercera ermita o iglesia caraqueña (1641-1734) de San Sebastián y San Mauricio, levantada sobre la planta de la segunda, tenía un presbiterio de 10x8 m más amplio (Sanoja y Vargas 2002, 111). El piso de guijarros de la ermita anterior fue remplazado por uno de argamasa de 2 a 3 cm de espesor, colocado sobre una capa de tierra negra endurecida. El techo, posiblemente a dos aguas, estaba soportado por una hilera de postes de madera de sección cuadrada anclada sobre bases de ladrillo tramado que tenían una superficie de 80x80 cm.

La sucesión histórica de ermitas construidas en la cuadra que fue originalmente asiento de la villa-campamento de Losada, es muestra fehaciente de la continuidad de las diversas fases históricas por las cuales atravesó la construcción del espacio de la misma. La tercera ermita fue demolida hacia 1734 para construir la vecina iglesia de San Mauricio, la cuarta ermita, sobre la cual se levantó a su vez en 1870 la quinta, que es la actual iglesia de la Santa Capilla; ésta tenía originalmente un solo cuerpo, al igual que las ermitas anteriores, cuya planta fue modificada en 1921 para añadirle sendos cuerpos laterales.

En 1674 se concluyeron los trabajos de construcción de la actual Iglesia Catedral de Caracas en su actual emplazamiento; el Cabildo decretó a su vez la construcción de la Plaza Mayor (actual Plaza Bolívar). Este hecho representó el fin de la villa-campamento fundada por Diego de Losada en 1565 y el inicio de la definitiva ciudad colonial con calles cuadriculadas.

EL ABASTECIMIENTO DE AGUA

Para 1675 la quebrada de Catuchecua, que surtía de agua a Caracas, estaba prácticamente azolvada, ocasionando una grave disminución del abastecimiento de agua de la ciudad. Por esa razón, el Cabildo de Caracas decretó en aquel mismo año la construcción de una nueva caja de agua ubicada al norte de la ciudad, posiblemente entre las actuales esquinas de Mercedes y Caja de Agua, así como un extenso sistema de canales subterráneos de distribución en mampostería y de pilas públicas que permitían repartir el agua en todo el casco de la ciudad. Ductos de aproximadamente 59 cm de ancho bajaban por las calles principales, norte-sur, llevando el agua por gravedad que se distribuía mediante una red de ductos secundarios, de 20 cm de ancho, hasta los conventos e iglesias, las casas de los mantuanos

y las pilas públicas que surtían a la gente del común. Nuestras excavaciones arqueológicas nos permitieron reconstruir parte del trazado de dicho sistema, así como las diferentes técnicas de construcción de los ductos. En el casco histórico de Caracas, dicho sistema de ductos subterráneos parece haber permanecido en uso hasta finales del siglo XIX como muestran las excavaciones de Virginia Vivas en la Casa Amarilla.

Para construir la red de canales del acueducto, el Cabildo de Caracas decidió en 1675 reformar la distribución anárquica de las calles, viviendas y solares en torno al antiguo castro de Losada. Se logró así ejecutar una nueva traza urbana, siguiendo la llamada “cuadrícula” propuesta por Francisco Pimentel en 1578 (Sanoja y Vargas Arenas 2002), cuyo centro sería la Plaza Mayor, hoy Plaza Bolívar, frente a la cual se construyó el edificio de la actual Catedral de Caracas. Ello permitió poner en práctica el diseño reticular de los canales que transportaban el agua útil del río Catuche hacia los diferentes solares ocupados por la burguesía caraqueña, hacia los conventos y núcleos urbanos periféricos propiedad de la Iglesia, como San Pablo, San Jacinto y San Francisco, y a las pilas públicas donde se servía el común de las y los caraqueños. Luego de aquella reforma territorial, cuando el poder de la burguesía caraqueña tomó el monopolio de un bien escaso como el agua útil, Caracas pasó entonces a ser, desde finales del siglo XVII, la mayor concentración territorial urbana de poder político y económico de toda la Gobernación de Venezuela (Sanoja y Vargas Arenas 2002: 161-179).

EL CONVENTO DE SAN FRANCISCO

Nuestras investigaciones arqueológicas mostraron la existencia de otro bohío indígena caribe ubicado en el patio posterior del Palacio de las Academias, unos 200 m al sur

del campamento original de Losada, datado con una fecha calibrada de C14 (*Beta 95018*) entre 1315 y 1390 d.C. Los resultados calibrados indican la existencia de dos sigmas: 95% de probabilidad de que dicha fecha se ubique entre los valores extremos de 1250 y 1459 d.C., y un sigma de resultados calibrados que indica 68% de posibilidades de que la fecha se ubique entre 1290 y 1420 d.C. La intercepción de la curva de radiocarbón con la curva de calibración señala posibles fechas iniciales de 1315, 1345 ó 1300 d.C. Estos fechados corresponderían posiblemente con el inicio de la ocupación del valle de Caracas por los pueblos caribes toromaimas. Posteriormente, el lugar que había ocupado dicho *bohío* fue habilitado en 1578 como sede del convento de San Francisco.

Nuestras excavaciones indicaron la existencia de un contexto de basura doméstica de 2.60 m de espesor (Sanoja y Vargas Arenas 2002, 148), producto de la actividad humana desde los siglos XIII-XIV d.C., hasta posiblemente finales del siglo XVII, como lo indica la presencia de abundante mayólica Talavera Poblana y olambrillas policromas con diseños zoomorfos. Dicha mayólica, en este caso, indicaría para las capas superiores del depósito arqueológico una antigüedad relativa entre mediados del siglo XVI y finales del siglo XVII (Deegan 1987 64-66; Sanoja y Vargas Arenas 2002: 135-139).

EL SISTEMA DEFENSIVO DE LA CIUDAD

El Reducto San Pablo

Desde la fundación de Caracas, el Cabildo acordó construir –alrededor de 1590– un perímetro defensivo de la ciudad; el primer componente del mismo, estudiado arqueológicamente por nuestro proyecto, fue el Reducto San Pablo, ubicado en la terraza baja del Guaire, unos 600 m al sur del

campamento de Losada. En dicho sector, ubicado a orillas del río Caroata, río que corre paralelo al Guaire, existió otra aldea indígena compuesta por bohíos de planta oval, sobre cuyo emplazamiento se construyó –hacia 1600– un reducto militar integrado por una iglesia dedicada a San Pablo, un Hospital Real y un puesto militar fortificado (Sanoja y Vargas Arenas, 2002, 147) que vigilaba el paso del río. El Reducto San Pablo se hallaba localizado estratégicamente en la encrucijada de caminos que desde las actuales parroquias de Antímano, La Vega y El Valle, posiblemente otras aldeas indígenas, conducían hacia el centro de Caracas.

Mediante cédula del 21 de Septiembre de 1742 se ordenó remodelar y ampliar el hospital de San Pablo, que se hallaba en estado ruinoso, para atender la creciente población caraqueña (Vargas Arenas *et alii*. 1998: 225-227, 229-230). La estratigrafía arqueológica del viejo hospital revela que, es posible que para aquella fecha se hiciera un relleno con tierra y cascajo al interior del antiguo edificio subiendo el nivel de piso hasta una altura de 1.60 m. Los antiguos muros del viejo hospital sirvieron de sillares para la construcción de una nueva edificación con piso de argamasa.

La aldea de San Pablo, localizada sobre las vegas del río Caroata, es un referente importante para comprender el proceso de colonización del valle de Caracas, ya que la misma –muy posiblemente– permitía el acceso a los alimentos que producía la población aborigen (yuca, casabe, maíz, etc.) y, particularmente, la cría de ganado vacuno y la pesca de la fauna fluvial de los ríos Caroata y Guaire, así como también a la loza doméstica de tradición indígena y a los servicios de un posible taller de herrería que existía en la aldea (Vargas Arenas *et alii*. 1998: 221). Es posible, igualmente, que los ríos

Caroata y Guaire albergasen un tráfico fluvial de bongos y canoas que permitiese alcanzar hasta la desembocadura del Guaire en el mar Caribe en el área de Paparo, actual estado Miranda.

Desde el punto de vista estratégico, la aldea San Pablo protegía el acceso desde el sur al poblado central de Caracas y podía servir, en caso de emergencia, como refugio a la población del mismo. Es posible que la aldea haya servido de cobijo a la población caraqueña en 1595, durante la invasión del corsario inglés Amyas Preston. La importancia de San Pablo puede apreciarse en el aumento numérico de su población que la llevó a ser –en el primer tercio del siglo XIX– la parroquia más poblada de Caracas (López Maya, 1986: 49 y 54).

El Reducto San Pablo era, para mediados del siglo XIX, un cuartel de artillería, cuartel de milicias y, eventualmente, sede de la Presidencia de la República (Vargas Arenas *et alii*. 1998: 236). En 1870, el gobierno de Guzmán Blanco construyó sobre la planta de dicho reducto el actual Teatro Municipal (Vargas Arenas *et alii*. 1998, Sanoja y Vargas Arenas 2002).

El proceso de urbanismo temprano caraqueño, como vemos, se apoyó en diferentes aldeas indígenas caribes que se hallaban localizadas en la cornisa tanto de la terraza alta como la baja del río Guaire; dichas aldeas, que revelaban la arquitectura territorial originaria del poder caribe, fueron transformadas en conventos o en puestos militares que controlaban estratégicamente los accesos hacia el castro o poblado principal y definían su perímetro defensivo sur, región que estuvo en manos de tribus caribes hostiles a los colonizadores castellanos hasta finales del siglo XVI.

EL CUARTEL SAN CARLOS

Posteriormente, en las postrimerías del siglo XVIII, se construyó el Cuartel San Carlos de tropas veteranas, localizado al norte de la ciudad de Caracas, el cual fue excavado también por nuestro proyecto, recuperándose valiosa información material sobre la historia militar venezolana (Sanoja y Vargas Arenas 2014). Destruído por el terremoto que asoló Caracas en 1812, su estructura fue paulatinamente reconstruida, restaurada y adaptada a nuevos usos como cuartel de artillería, intendencia y prisión militar; como tal estuvo en uso hasta 1980.

El cuartel San Carlos dio respuesta, a finales del siglo XVIII, a la necesidad de proteger la región norte de la ciudad y su comunicación con el puerto de La Guaira. Una edificación militar urbana de las dimensiones del San Carlos revela la importancia que adquirió la ciudad de Caracas en el plan estratégico colonial caribeño por su relevancia como enclave comercial, administrativo y portuario del conjunto conurbado Caracas-La Guaira.

EL ESTILO DE VIDA MANTUANO CARAQUEÑO

Durante el siglo XVI, la población *mantuana* (burguesía) utilizaba en su vida cotidiana vajillas de cerámica denominada como *Columbia Plain* o Talavera española, la cual fue desplazada hacia mediados del siglo por la mayólica Talavera poblana Azul sobre Azul, de origen mexicano. El registro arqueológico muestra que la vajilla doméstica o de mesa conformada por las ollas, pimpiñas, cuencos y platos de manufactura criolla o de tradición indígena, constituye el sector numéricamente más importante de la vajilla utilitaria.

La moda en la ropa incluía el uso de una tela verde, posiblemente *bayeta*, o tela de lana, bordados o encajes de hilo,

botones redondos de bronce, hebillas de bronce para zapatos y/o cinturones o sombreros, así como también botones de hueso y collares de cuentas redondas hechas en concha o hueso, usados al parecer por las poblaciones indias urbanas. La vida diaria se vio también enriquecida por la presencia del vino, embotellado en casquetes ovales hechos a mano con vidrio verde oscuro, el cual era escanciado por los bebedores –mediante *alcarrazas* de vidrio– en copas y vasos de cristal tallados con diseños incisos.

La fase final del período colonial en Caracas, siglos XVI-II-XIX, está marcada arqueológicamente por el predominio de loza poblana mexicana, y de mayólicas comerciales no hispanas, particularmente la *Delft* Azul sobre Blanco o la *Delft* Polícroma de manufactura holandesa. A partir de 1824, se hacen presentes platos ingleses del tipo “*feather bird*” y *Staffordshire*. Luego de 1850, el estilo de vida de la burguesía caraqueña se hizo más complejo; aparecen vajillas de porcelana francesa, alemana e italiana, botellas inglesas de cerveza marca Patent, loza proveniente al parecer de Filadelfia, botellas de vino francés; alimentos en conserva, medicinas importadas de Francia, etc. Para el intercambio comercial se utilizaban monedas de plata francesas e inglesas, dólares norteamericanos y pesos mexicanos de plata así como cuartillos –fracciones triangulares de antiguas monedas de cobre– llamados “medio huevo” con el cual la gente del común hacía las compras cotidianas en las bodegas, hasta la aparición en el registro arqueológico del bolívar como moneda, decretado por el presidente Guzmán Blanco en 1870 (Sanoja *et alii*. 1998, Vargas Arenas 2007: 17-18, Sanoja 2011: 341-344).

La arqueología urbana caraqueña del siglo XIX nos indica, a través de la cultura material, la desaparición de los vínculos

comerciales con España y la reinserción de la vida cotidiana caraqueña en los circuitos comerciales neo-coloniales de Europa y Estados Unidos (Vargas Arenas *et alii.* 1998; Sanoja *et alii.* 1998; Sanoja y Vargas Arenas 2002).

La ciudad de Caracas deviene así capital del sistema colonial de la Provincia de Caracas hacia finales del siglo XVIII, el centro de una periferia conformada por otras ciudades de menor rango, pueblos, aldeas campesinas, artesanales o pesqueras, plantaciones, hatos y demás, a través de los cuales se canalizaba la extracción de capitales o excedentes económicos.

4. CARACAS: CIUDADES SUPERPUESTAS

La información sobre el lugar de este valle, donde se fundó inicialmente la Ciudad de Caracas, la manera cómo se registró el acta de inicio de esta urbe capital, han estado subsumidas en el relato histórico que comienza con las crónicas castellanas, siempre dispuestas muchas veces a magnificar y a rodear de una teatralidad desmesurada todo lo que tiene que ver con la historia de los conquistadores iberos en América.

La fundación que hizo Losada en la parte central del Valle de Caracas culminó, a diferencia de la de Francisco Fajardo en el oeste del mismo, en un asentamiento estable, el cual, a la luz de las informaciones arqueológicas que hoy poseemos, se ajustaba a las ordenanzas relativas a la planificación espacial de las ciudades, formalizadas por Felipe II en 1573:

...la iglesia estará separada de cualquier otro edificio cercano o edificios vecinos, y debe poder ser vista desde todos los lados de manera que se pueda decorar mejor, adquiriendo pues mayor autoridad; se deben hacer los esfuerzos para que esté algo levantada del piso de manera que

se pueda acceder por escalones, y cerca de ella, cerca de la plaza mayor, serán construidos el consejo real y el cabildo y los comercios. Serán construidos de una manera que no molesten el templo sino que contribuyan a su prestigio” (Crouch, Garr y Mundigo 1982: 15).

La primera estructura religiosa construida en Caracas, posiblemente alrededor de 1570, parece haber sido un bohío levantado con horcones de madera y techo pajizo, de manera similar a como ocurrió en Caracas y muchas de las primeras villas fundadas por los españoles, a inicios del siglo XVI, en el Caribe oriental, la península de la Florida y México. La secuencia constructiva tradicional de las iglesias comenzaba con la erección de una estructura de planta rectangular y techo de paja, sostenida por horcones de madera, que servía como un lugar sagrado *ad interim* para celebrar la misa, mientras se construía la iglesia formal. Esta especie de “capilla abierta”, servía también como medio para indocctrinar a los indios, enseñarles el idioma castellano y reafirmar la posición de la Iglesia Católica en la promoción del cambio cultural que implicaba para los nativos y los europeos la colonización de América Latina.¹

Esta primera ermita, nombrada de San Sebastián en honor al santo muerto a flechazos por los soldados del emperador Dioclesiano, pensamos que estuvo localizada en un promontorio o pequeña colina que dominaba la pendiente que bajaba desde las faldas del Waraira Repano, mirando hacia el este, ubicación que corresponde con la parte posterior de la Escuela de Música José Ángel Lamas, unos 20 m al sur de la actual esquina de Santa Capilla. Los análisis geomorfológicos preliminares muestran que el área estuvo posiblemente recubierta por una

1. Kathleen Degan, *Puerto Real*, University Press of Florida: 1995. Bonnie McEwan, *The Spanish Missions in Florida*, University Press of Florida: 1993.

espesa capa de humus, existiendo también en ella una pequeña charca o ciénaga. Ello permitió muy posiblemente la presencia de una arboleda, dentro de la cual se hallaba la vivienda indígena que pudo haber servido primero de campamento a los castellanos y luego de asiento de la ermita de San Sebastián. En los alrededores del bohío se han conseguido objetos prehispánicos tales como hachas líticas, pendientes de jadeíta y pintaderas de arcilla cocida. La presencia de otros fragmentos de tradición aborígen tienden a corroborar la existencia de una ocupación temprana del sitio: fragmentos de una loza común fabricada en el sur de España entre 1460 y 1560, denominada *Columbia Plain*, fragmentos de gres *Cologne Stone Ware*, cuya fecha de manufactura es de 1530-1580, y loza con decoración tipo Pisano cuya fecha de manufactura se sitúa en 1600 d.C.

Diez metros al este del bohío o ermita existe una excavación de forma cónica, de unos 30 cm de diámetro en su parte inferior y que alcanza una profundidad de 1 m, la cual por su forma indica el lugar donde pudo haber sido colocada una cruz o el “rollo” o picota que marcaba la fundación de la ciudad. Desde el punto donde se ubicaba la ermita y el posible campamento de los pobladores hispanos, se dominaba la pendiente del valle que bajaba hasta el río Guaire, posiblemente recubierta de vegetación xerofítica: cactus, cujés, etc., así como la fila de colinas al sur de dicho río donde se ubican actualmente las barriadas populares hoy conocidas como la Charneca, el Guarataro y Marín.

Cien metros más abajo de la ermita se habría comenzado, en tiempos posteriores, a terracear la pendiente del valle, a objeto de facilitar la erección tanto de las viviendas privadas, como de los edificios públicos y la Plaza Mayor, tal como se mandaba en las ordenanzas de 1570, así fuesen éstas también bohíos de bahareque.

La ubicación de la villa en esta localización facilitaba también el acceso a los campos de caza y pesca que, seguramente, constituían las selvas de galería que contorneaban los cauces de los ríos Caroata y Anauco, así como las vegas fértiles de la ribera izquierda del Guaire que habrían de convertirse, luego, en campos de cultivo de hortalizas, caña de azúcar, maíz, yuca, etc., y de pastoreo de vacunos. De igual manera, estaba estratégicamente distanciada de las áreas fácilmente accesibles a los grupos indígenas hostiles que, al parecer, todavía habitaban o merodeaban a lo largo del río Guaire y sus afluentes, tal como lo demuestra la ubicación de los sitios arqueológicos prehispánicos conocidos hasta ahora en Caracas: el Pinar, Parque Central, la Vega, Prados del Este, Mariches, etc.

Entre las primeras obras defensivas de la ciudad figuraría el palenque construido en la esquina de Reducto, antigua aldea de San Pablo, alrededor posiblemente de 1590, que servía para controlar el paso del río Caroata así como el acceso sur-suroeste de la ciudad de Caracas, área que fue escenario de violentos combates entre castellanos y guerreras y guerreros caribes toromaimas. Todas estas condiciones “necesarias” tuvieron que ser cumplidas para que la villa de Santiago de León de Caracas pudiese, como efectivamente ocurrió, estabilizarse como centro poblado.

Alrededor de 1630, la ermita de San Sebastián parece haber sido erigida de nuevo con materiales permanentes, según fechas obtenidas en las Actas del Cabildo. A tal fin, según nuestras investigaciones arqueológicas, se construyó en el mismo sitio una estructura de planta cuadrada de 5 m por lado, con paredes de tapia, abiertas hacia el este. Uno de los ladrillos utilizados para la verdugada de la tapia, cuyas medidas son de 28 x 11 x 5 cm, tiene las características reseñadas por Deagan

(1987: 125) para los utilizados en La Isabela (República Dominicana) entre 1490 y 1500 d.C. Se rellenó el espacio definido por el basamento de piedra utilizando tierra negra que contiene restos de ganado vacuno y otros mamíferos y pescados, así como de alfarería criolla. Ello testimonia la existencia de un espacio habitado, previo a la construcción de la segunda ermita, que ahora pasará a llamarse de San Mauricio.

Esta ermita tenía un piso empedrado con guijarros de río. En el área que correspondería con el sagrario se observa que hay un espacio sagrado, empedrado con guijarros más pequeños, así como el hueco dejado por un poste, quizás una cruz que presidía el altar. La ermita tenía, posiblemente, un pequeño cuarto anexo sobre la pared norte que fungía como oficina cural y contrafuertes en el ángulo de la fachada este. Al igual que otras ermitas o iglesias similares construidas en el Caribe a comienzos del siglo XVI, podría haber tenido también un pequeño campanario en la parte oeste, como parecen testimoniar las evidencias arqueológicas: un posible vano sobre la pared de tapia y un piso de argamasa que se extiende hacia el oeste. Al interior de la ermita, ahora levantada unos 60 cm sobre el nivel del piso, se accedía mediante una grade empedrada.

Frente a la grada existía una especie de atrio o piso de tierra negra, también empedrada y muy compactada, cubierto al parecer con una especie de enramada. Al interior de la ermita oían misa los vecinos pudientes y al exterior sobre el piso empedrado, lo hacían los indios, negros, mestizos y blancos de orilla. Entre las piedras del piso interior de la ermita se hallaron fragmentos de una loza o mayólica sevillana (azul/azul) que se puede datar entre 1630 y 1660, así como restos de una daga con mango de hueso, el fragmento del

sistema llamado *flint lock* para disparar fusiles de chispa o pedernal y otros objetos de uso diario.

La ermita de San Mauricio comenzó a perder mucha de su importancia para la vida de la ciudad con la erección de la Catedral de Caracas, comenzada en 1674 y terminada a comienzos del siglo XVIII, resultando quizás destruida por uno de los fuertes terremotos que asolaron a Caracas en esos primeros siglos de su fundación, como parece indicar la distorsión de el eje de los ladrillos de la pared oeste. La ermita fue posiblemente erigida de nuevo utilizando una estructura más simple de horcones de madera con piso de argamasa.

Al norte de la parcela ocupada por la ermita se construyó, hacia 1750, una vivienda doméstica. Es probable que dicha vivienda y la construcción provisional de la ermita compartiesen una especie de patio interior con salida hacia el sur, hacia la Plaza Mayor de Caracas. Posiblemente hacia 1780, como consecuencia de la remodelación de Caracas ordenada por Carlos III, el espacio ocupado por la ermita fue definitivamente obliterado y recubierto por el empedrado de un callejón o “martillo”, el cual venía de la calle principal que bajaba hacia la Plaza Mayor. Dicha vía tenía un ancho aproximado de 3 m, con cunetas laterales para la escorrentía de las aguas de lluvia. Una nueva ermita o iglesia de San Mauricio fue construida, para la época, en el solar aledaño, el mismo que hoy ocupa la Santa Capilla. Extrapolando a partir de la información del Obispo Martí, con base en los datos arqueológicos, esta iglesia pudo haber tenido una fachada hacia el este que tenía unos 16 m de largo, con tres entradas y un corredor techado con arcadas, orientado en sentido norte-sur, que recorría todo el frontis de la misma hasta conectarse con la vivienda doméstica que ya existía al norte de la parcela. Según el Obispo Martí, era una iglesia de tres naves, muy amplia.

Frente al atrio o el espacio antiguamente ocupado por la ermita de San Mauricio, al sur de la parcela, se habría construido a finales del siglo XVIII una pequeña casa, posiblemente de dos pisos. Una rampa con piso de argamasa bajaba del patio interior y comunicaba con la nueva vivienda, para cuya construcción se había rellenado con tierra, escombros y basura de siglos anteriores, el espacio que anteriormente correspondía a la especie de atrio que tenía la ermita de San Sebastián, luego de San Mauricio. Esta casa tenía una planta rectangular. En la planta baja existía un espacio empedrado que al parecer comunicaba el solar de comunes que llegaba hasta la Plaza Mayor mediante una arcada. Una segunda habitación, al oeste, comunicaba quizás con el piso superior mediante una escalinata. Las tres estructuras formaban, al parecer, parte de un mismo conjunto que habría sido propiedad de la congregación religiosa que gerenciaba la ermita y sus propiedades.

El terremoto de 1812 afectó todo el conjunto, al igual que al resto de la ciudad de Caracas. Los muros del recinto sur, construidos en 1780, parecen haber sido afectados seriamente y es probable que el segundo piso hubiese colapsado enteramente. La estructura fue reconstruida posiblemente entre 1817 y 1824, modificándose su distribución. La planta baja fue convertida en un solo espacio dividido en dos mediante una arcada, en tanto que se abrieron dos arcadas en la fachada sur. Para apuntalar la estructura se le adosó un contrafuerte en la pared sur, área donde el terreno tenía tal vez una fuerte pendiente hacia la Plaza Mayor. El piso interior fue rellenado de nuevo con tierra y escombros y recubierto con baldosas de alfarería.

Las viviendas domésticas que se hallan en el solar parecen haber pertenecido a la familia de Luisa Mercedes Cáceres de Arismendi; fragmentos de su vajilla personal con el

Monograma LMC fueron hallados en la excavación arqueológica de la casa antes descrita. Alrededor de 1860 el conjunto fue vendido al Gobierno Nacional para crear la Escuela de Arte de Caracas.

Durante el gobierno de Guzmán Blanco se hizo una remodelación del trazado urbano de la ciudad de Caracas, que se hallaba prácticamente en ruinas desde el terremoto de 1812; ya que los medios de movilización y de transporte no permitían –como en la actualidad– desplazar los escombros a sitios lejanos del casco urbano, los cascotes y restos de las edificaciones destruidas parecen haber sido utilizadas para rellenar y terracear las pendientes del valle en diversas áreas de la ciudad. Como resultado de ello, el nivel de la ciudad en el área de la actual Santa Capilla subió unos 2.20 a 2.60 m sobre el del siglo XVIII, nivel que aún se conserva. De esta manera la antigua casa de los Arismendi y la vieja ermita de San Mauricio, prácticamente quedaron sumergidas en el nuevo relleno.

Los ingenieros guzmancistas decidieron tapiar con arena los vanos de estas construcciones anteriores y construir en 1873, apoyándose en sus viejos muros, los pisos y paredes de lo que hoy son la Escuela de Música José Ángel Lamas y la Santa Capilla. Resultado de esto es la forma particular que tiene la planta de la Escuela de Música: el auditorio, colocado en el centro del edificio, corresponde al espacio que ocupaba el patio de la vieja casa colonial. El área de las oficinas y aulas, está construida sobre las bases de las habitaciones que rodean dicho espacio.

Para unificar en una sola las diversas construcciones que se hallaban en la parcela, ahora ubicadas en niveles diferentes, se construyó un patio aporticado y una edificación de dos pisos. Las bases de las columnas de este “claustro”, considerado

por los historiadores de la arquitectura venezolana como “colonial”, fueron excavadas cortando una serie de pisos de argamasa que corresponden a las estructuras realmente coloniales de los siglos XVI, XVII, XVIII y del XIX temprano, indicando que se trata –al parecer– de una estructura republicana, con “look” colonial para conservar la unidad de estilo del conjunto.

La Santa Capilla originalmente de una sola nave, fue levantada sobre los muros de la antigua San Mauricio. Los muros y pisos de la casa original de los Cáceres Arismendi y de San Mauricio, así como quizás otros restos culturales importantes, aún existen enterrados bajo cientos de metros cúbicos de grava, arena y escombros, ¿podremos recuperarlos para la historia presente de la ciudad de Caracas?

Las excavaciones de la Escuela José Ángel Lamas han producido decenas de miles de fragmentos de objetos que ilustran claramente la evolución de la vida cotidiana de las y los caraqueños en los últimos cinco siglos: una forma de vida cotidiana autosuficiente caracteriza la ciudad desde 1570 hasta 1840, año en el cual el auge del capitalismo provocado por la segunda revolución industrial enriquece la cantidad y la calidad de los bienes consumidos: botellas de vino francés, cerveza inglesa u holandesa, peines, peinetas y adornos de vulcanita, porcelana francesa, monedas francesas y norteamericanas, alimentos enlatados, utilización de una ferretería compleja, juegos de dominó y dados, cubiertos de mesa, productos farmacéuticos y de belleza importados de Francia e Inglaterra, cristalería, cepillos de dientes fabricados en marfil, hermosos botones de vestidos o blusas de hombre, mancuernas y botones de frac, etc.; todo ello nos indica el inicio de la Venezuela consumista postcolonial y el desarrollo de un oneroso comercio de importación de bienes suntuarios que nos recuerda, en escala, el

consumismo saudita que se inicia con CAP I y finaliza con CAP II, pasando por Luis Herrera y Lusinchi . La historia no se repite igual, pero sus ciclos y determinaciones históricas, desgraciadamente, como que sí se mantienen.****

5. HISTORIA ARQUEOLÓGICA DE CARACAS: INVESTIGACIÓN EN EL TEATRO MUNICIPAL *****

En 1987, bajo los auspicios de la Academia Nacional de la Historia, se inició el Proyecto de Arqueología Urbana de Caracas con las investigaciones arqueológicas realizadas en el Palacio de las Academias (Bencomo 1993). Los trabajos continuaron durante 1993 y el primer semestre de 1994, con las excavaciones llevadas a cabo en la actual Plaza de El Venezolano (antiguo mercado San Jacinto), el antiguo Teatro Ayacucho y el Teatro Municipal, todas ellas financiadas por la Fundación para la Protección del Patrimonio Cultural de Caracas, Fundapatrimonio, institución adscrita a la Alcaldía del Municipio Libertador (Sanoja y Vargas Arenas 1992, Vargas Arenas, Sanoja y Montilla 1994; Vargas Arenas *et alii*. 1994). Asimismo, desde el primer semestre de 1995 se iniciaron los trabajos arqueológicos en la edificación que hoy día ocupa la Escuela Superior de Música José Ángel Lamas, trabajos realizados bajo el patrocinio del Instituto Nacional del Patrimonio Cultural.

En el Proyecto de Arqueología Urbana de Caracas nos hemos planteado como principal objetivo estudiar la forma particular como se expresa el capitalismo en Venezuela y su

**** Conferencia dictada en el Instituto Nacional de Patrimonio Cultural. Caracas, Venezuela.

***** Ponencia presentada en el II Coloquio de Historia Municipal, organizado por la Fundación José Ángel Lamas. Casa Rómulo Gallegos, 23, 24 y 25 de noviembre de 1994. Caracas, Venezuela.

manifestación en la ciudad. Para ello, intentamos ofrecer, en primer lugar, una reconstrucción histórica del consumo del espacio en el centro de Caracas en cada momento histórico, pues consideramos que toda sociedad hace uso social del tiempo y el espacio (Sanoja 1985, Vargas Arenas 1990). Esa reconstrucción es posible al documentar de manera fundamental la vida cotidiana de sus habitantes, tanto doméstica como pública. Al mismo tiempo, el proyecto intenta obtener datos y colecciones que permitan, dentro del marco de una política educativa, proyectar los resultados de los trabajos hacia el público en general.

En tal sentido, hemos ofrecido ya una propuesta educativa a Fundapatrimonio, la cual incluye, entre otros instrumentos educativos, museos de sitio, museos didácticos, plan editorial y exhibiciones itinerantes. Se ha asumido como premisa para la elaboración de la propuesta educativa, que el conocimiento de los valores positivos de la historia de la vida cotidiana del municipio, promoverá sentimientos de identificación y adhesión en el ciudadano común, los cuales impulsarán la participación colectiva en la solución de los problemas sociales de la ciudad (Vargas *et alii*. 1994: 169-170).

LO COTIDIANO Y LA AUTOESTIMA

Una de las premisas centrales del proyecto es que la arqueología es la ciencia de lo cotidiano, la disciplina que permite de manera fundamental historiar lo cotidiano, convirtiendo así los resultados obtenidos en una historia alternativa a la tradicional (Vargas Arenas 1992, Vargas y Sanoja 1993). Consideramos que el carácter alternativo se traduce no sólo en una reconstrucción histórica diferente, cargada de significados comprensibles y accesibles al caraqueño común, sino

fundamentalmente en fines y usos diferentes de sus resultados: emplear la historia como arma estratégica en la búsqueda e implementación de soluciones a problemas sociales.

Las soluciones a los problemas sociales, de naturaleza y escala diversas, deben partir de una revitalización de la autoestima de los ciudadanos, de un concernimiento con su ciudad, de la creación de un *sprit de corp* lo cual se lograría en gran parte a través del conocimiento de los factores históricos y culturales que integran la personalidad básica del caraqueño/a.

La historia tradicional, basada en relatos de gestas heroicas, de personajes y eventos excepcionales, que por lo demás deja de lado los factores indígena y africano que constituyen parte integral de la historia, impide que el caraqueño promedio pueda “leer” o apreciar la profundidad y el significado de las referencias históricas de su ciudad. El caraqueño común no puede simpatizar con el rescate y la protección, o sentirse orgulloso de cosas que ignora, desconoce, que no entiende o que desprecia como producto de la enseñanza de un cierto tipo de historia (Montero 1984, Sanoja y Vargas Arenas 1990, 1993, Vargas Arenas 1994a, b, c, d).

Mediante la arqueología es posible ofrecer explicaciones sobre las actividades diarias del caraqueño en sus distintas épocas, sobre su comportamiento consuetudinario, acerca de las relaciones interpersonales y, fundamentalmente, sobre las maneras de crear e innovar que han sido puestas en práctica por los ciudadanos en los distintos momentos históricos. Con la arqueología, pensamos, es posible entender la historia como historia vivida por todos los ciudadanos.

Lo cotidiano envuelve una red infinita de hilos formados por hechos diarios, donde lo infinitamente grande envuelve a lo infinitamente pequeño y viceversa; y, aunque la cotidianeidad

implica repetición y reiteración de comportamientos, espontaneidad de acción y rutinas de vida, constituye asimismo el espacio de creación y alteración de lo consuetudinario, ya que la vida cotidiana está cargada de alternativas, de opciones de transformación. De ella parten y a ella vuelven las acciones creativas; dicho de otra manera, en la cotidianeidad es donde se da su propia ruptura, donde surge lo extraordinario (Heller 1985, Veloz Maggiolo 1985, Vargas Arenas 1990: 74).

Los estudios arqueológicos de lo cotidiano, a diferencia de la historia tradicional basada en lo extraordinario, nos permiten acercarnos a esas opciones de creación, a las acciones de transformación escogidas por el ciudadano común del pasado para hacerlas inteligibles al ciudadano común del presente; la arqueología permite transmitir al colectivo, sin necesidad de mucha “traducción”, las experiencias vitales enriquecedoras del pasado, las opciones ante problemas comunes del pasado y del presente. Y no sólo en el ámbito de lo común sino también de lo distinto, aceptando que toda época histórica posee problemas específicos y ofrece nuevas opciones de transformación.

Todas esas ricas experiencias pasadas que recupera la arqueología, transmitidas al colectivo mediante recursos educativos, se convierten así en conocimiento sobre saberes, oficios y tradiciones culturales, valoraciones sobre el trabajo en colectivo, creatividad popular, enraizamiento de comportamientos positivos y deslastramiento de valores negativos.

Al hacer las afirmaciones anteriores no pensamos que el proceso histórico es de carácter conservador, es decir, que exista un continuo histórico inmutable, condición que nos permitiría extrapolar situaciones y comportamientos pasados hacia el presente, con independencia de las situaciones en las cuales se presentaron. Consideramos el pasado como el sustento del

presente, y en ese sentido pasado y presente guardan una relación de continuidad. El presente como “superación” del pasado debe estar basado siempre en una crítica de este último; según Gramsci en 2... una crítica real y darle una expresión, no sólo teórica sino también política” (1977: 12-13). Estamos de acuerdo también con Gramsci en su planteamiento de que el pasado es parte de nosotros mismos, que es algo que contribuimos a crear (1977: 13), independientemente de que tengamos conciencia de ello y de que conozcamos o no su grado de vinculación con el presente (Vargas 1994a); como dice Rodríguez “el pasado de los seres humanos es suyo aún antes de nacer” (1993: 50).

EL PASADO Y EL PROYECTO POLÍTICO NACIONAL VENEZOLANO

El proyecto político venezolano, el que da origen al Estado Nacional venezolano estuvo signado desde sus comienzos por la noción del progreso como contrapuesto al pasado, cualquier pasado. A pesar de las voces sensatas de algunos de nuestros pensadores durante el siglo XIX e inicios del XX, como por ejemplo, Tulio Febres Cordero y Julio César Salas, entre otros, quienes preconizaban la necesidad de lograr el progreso respetando nuestras tradiciones culturales, termina por prevalecer la idea de que para progresar, para modernizarnos era necesario eliminar todo vestigio de lo que habíamos sido (Vargas Arenas 1976).

Las burguesías nacionales de los siglos XVII, XVIII y XIX, a través de sus intelectuales orgánicos, se dedicaron a crear así la filosofía que sustentaría a las instituciones encargadas de construir significados y transmitir valores en el ciudadano a efectos de la creación del Estado nacional moderno. Todo elemento del pasado, especialmente los que referían a la creatividad popular, a la vida cotidiana del pueblo mestizo, a los aportes de los indígenas y negros en la creación de la nación, pasó entonces a ser

negativo (Gil Fortoul 1961, Sanoja 1987). Escaparon en cierta medida a esta caza de brujas del pasado, la gesta heroica de Bolívar, Sucre y demás libertadores, ya que el reconocimiento de la Independencia del imperio Español era necesaria para crear un concepto de nación moderna. Pero, incluso, la enseñanza de las acciones de Bolívar y de la Independencia, fueron incorporadas a la educación como las obras de seres excepcionales, no repetibles por el ciudadano común. Su significado y los valores que transmiten son, por una parte, positivos en el sentido de lograr cohesionarnos como nación, por la otra, nos las presentan de tal manera que demuestran que sería imposible para nosotros emular tales acciones, aún cuando se den nuevas condiciones de oprobio similares a las que combatieron y lograron vencer los libertadores durante el siglo XIX (Gil Fortoul 1961: 233).

Por otro lado, la historia según esos pensadores es como decía Baralt la historia de la guerra, porque “...los trabajos de la paz no dan materia a la historia; cesa el interés que ésta inspira cuando no puede referir grandes crímenes, sangrientas batallas o calamitosos sucesos”. (Baralt 1887: 131).

De esa manera, el proceso de búsqueda de significaciones cohesionadoras de lo que implica ser venezolano, que se inició en el siglo XIX, mantiene como constante hasta el presente la destrucción de las claves históricas. Podemos decir que los teóricos del Estado Nacional venezolano decretan, casi dos siglos antes de que el neoliberalismo lo hiciera, el fin de la historia de Venezuela. El Estado venezolano se crea sobre las movedizas y superficiales bases de un pueblo al que no se le reconoce su pasado y se le enseña a avergonzarse del mismo y de su composición étnica (Gil Fortoul 1961: 223 y 233).

Paynter y McGuire (1991) plantean que existe un proceso de socialización, siempre presente, que mantiene a las tradiciones en cualquier sociedad; pero, –señalan–, dicho proceso se ve afectado por las relaciones de poder en las cuales se manifiesta. Según estos autores, la aparente uniformidad de la tradición del mundo contemporáneo resulta de las experiencias en instituciones altamente estructuradas, como la Escuela, que inculcan de manera incompleta los valores de las generaciones anteriores en las jóvenes. Y ello es así, continúan, porque las disciplinas académicas encargadas de salvaguardar la transmisión de valores se encuentran inmersas en complejas luchas dentro de la sociedad por el control sobre la construcción de significados (1991: 2). En sociedades más igualitarias, dicen Paynter y McGuire, esa socialización es menos ofensiva. Debemos entender pues, el papel central que juega la educación en la transmisión de valores, y debemos reconocer el potencial de la historia (y para el caso, de la arqueología en su estudio de la vida cotidiana) en la transmisión de valores positivos; debemos, asimismo, tomar en cuenta cómo las relaciones de poder modelan la dirección de las respuestas de los individuos. En tal sentido, la investigación arqueológica y la implementación de sus resultados en políticas educativas orientadas hacia el fortalecimiento de la autoestima y la búsqueda de una mayor y mejor participación colectiva, deben ser consideradas dentro del marco de cómo hace la gente para convencer o coaccionar a otros para que adopten nuevas prácticas.

El poder es heterogéneo porque los agentes sociales lo ejercen sobre una multiplicidad de bases; de la misma manera existe una heterogeneidad de la resistencia o subordinación (Paynter y McGuire 1991). La heterogeneidad del poder y de

la resistencia obliga a los arqueólogos a estudiar las relaciones sociales en la estructuración de un amplio espectro de actividades, no sólo las realizadas por las élites, sino también las ejecutadas por la gente común; no sólo las extraordinarias, sino también las rutinarias; no sólo las públicas, sino también las privadas; es decir, las actividades que conforman la vida cotidiana de toda la gente de barrios, parroquias y municipios.

Como bien señalan Paynter y McGuire (citando a Kus, 1991: 8), ningún sistema social estratificado (y el nuestro lo es) puede operar por largo tiempo sin ser percibido como legítimo. Y la aceptación de la legitimidad, continúan los autores, supone disciplinar a una población. Para Paynter y McGuire el “disciplinar” implica la creación por parte de las élites de la noción de lo que es una conducta social correcta; luego, desarrollar los medios físicos para lograr que otros tengan esa conducta y, finalmente, hacer que la mayoría de la población considere la conducta ideal de las élites como sentido común. De esa manera, dicen los autores citados, la gente actúa según el ideal pues considera que no difiere del sentido común.

Pero también afirman que existe lugar para la resistencia. En tal sentido, concebimos la resistencia como la creación y defensa de un espacio social en el cual los dominados disienten de las relaciones de poder existentes. Calificamos la relación entre los elementos del poder –dominación y resistencia– como dialéctica, considerando que es en la vida diaria donde se expresa esa dialéctica del poder, su movimiento, el cual implica interpenetración entre la dominación y la resistencia.

El ejercicio del poder en Caracas, por parte de las élites, ha implicado hasta ahora, entre otras cosas, una negación para los subordinados del conocimiento de una historia comprensible para ellos. La historia de Caracas ofrecida para el consumo

del colectivo se ha caracterizado por su cripticidad; es decir, el caraqueño desconoce la total dimensión de su historia. Los subordinados, por otra parte, han resistido y resisten creando un espacio de disensión que se expresa mediante el maltrato constante de la ciudad. De esa manera, el subordinado resiste alterando el nuevo orden histórico establecido por el dominador; al no tener claves históricas de signo positivo, utiliza la indisciplina, la cual le ofrece, mediante una elaboración simbólica, una manera de manifestar, como diría Scott (1990), un discurso escondido donde expresa la indignación por la violación de sus derechos.

La manipulación de la historia ha pasado a ser, en consecuencia, elemento central de la ideología del capitalismo, la contracultura como diría Silva (1982: 82), el ejercicio del poder para crear un ciudadano que sea leal al sistema. La historia tradicional ha sido una ciencia ideologizada, negación de la ciencia de la historia. Pero los efectos de esta ideología han sido negativos, incluso para lograr ese ciudadano leal. La indispensable disciplina para la creación del capital no se ha logrado; en su lugar imperan diversas formas de “discursos escondidos”, formas de resistencia.

LA ARQUITECTURA Y EL PODER

Durante el período de conquista en Venezuela, las aldeas, lugares sagrados y poblados indígenas fueron destruidos junto con la mayoría de sus habitantes para dar paso a la creación de pueblos y ciudades coloniales, edificadas las más de las veces sobre los antiguos emplazamientos indígenas. Se desestructuraron las poblaciones indias, en su organización social, laboral y religiosa, implantando los pueblos de misión y las encomiendas (Sanoja y Vargas 1993). Esto trajo consigo la creación de

nuevos paisajes culturales productos de la dominación colonial. Las nuevas ciudades se caracterizaron entonces por la presencia de un trazado urbano, con casas, iglesias, calles y plazas.

Pero, aún cuando la construcción tanto de aldeas, poblados y caminos indígenas, como de ciudades y pueblos, plazas, fortificaciones y caminos coloniales supusieron esfuerzo y creatividad, así como conocimiento y dominio del medio ambiente y de tecnologías, la educación formal oficial nos ha convencido a todos los venezolanos de la incapacidad de nuestros antepasados para crear e innovar en el campo de la arquitectura. La historia oficial nos dice: No fuimos capaces de construir pirámides ni templos en el pasado indígena relativamente remoto, ni de edificar grandes palacios, mansiones y catedrales majestuosas, durante el pasado colonial; no llegamos ni siquiera a Virreinato sino a Capitanía General. Todas esas ausencias dan la medida de nuestra propia incapacidad (Gil Fortoul 1961: 233).

Como bien señala Rodríguez (1993: 50) la ciudad como concepto refiere a uno de los elementos sobre los que se construye la estima y la noción de idiosincracia de los pueblos. Los procesos de identificación con el medio ambiente natural –fauna, flora, paisaje–, constituyen uno de los primeros elementos de cohesión social, mismos que permiten la creación de un paisaje humanizado. En su relación con la naturaleza mediante el trabajo, los grupos sociales han tenido que crear elementos culturales, desde utensilios hasta poblados, pasando por formas de comunicación que incluyen la lengua, en la implementación de léxicos específicos. En dicha relación, cada grupo social, según su modo de vida y de trabajo, comparte experiencias laborales y espirituales, estableciendo procesos

de identificación con determinados recursos del ambiente, con los utensilios empleados que poseerán determinadas formas, con la tecnología usada, con los productos elaborados; toda esa gama de experiencias implicará la existencia de una identificación que se expresará en el manejo de claves simbólicas comunes y en expresiones lingüísticas particulares que dan cuenta de una pertenencia étnica y social (Vargas y Sanoja 1992b).

La destrucción de los antiguos poblados indígenas y su sustitución por ciudades y pueblos coloniales implicó también nuevos procesos de identificación con el ambiente físico, natural y cultural. Esos procesos fueron posibles gracias a la persistencia y estabilidad de los nuevos paisajes culturales, características que les permitieron convertirse en claves históricas para los habitantes.

El advenimiento de la sociedad industrial supuso para Venezuela, y en especial para Caracas, una nueva ruptura de las claves históricas de las ciudades establecidas a partir de la colonia. Desde entonces, las ciudades se han ido transformado mediante un proceso urbanístico, intencional y poco planificado, en espacios caóticos, donde predomina la agresión constante entre los ciudadanos y entre ellos y la ciudad. Rota la posibilidad de “leer” la ciudad, negada la estabilidad de los espacios y los significados simbólicos otorgados, establecida como constante la vertiginosidad del cambio, los ciudadanos abusan del espacio vital citadino público. La cotidianeidad comunitaria pública implica, entonces, aceptar y practicar la agresión como forma de resistencia y, al mismo tiempo, repudiarla en el ámbito de lo cotidiano doméstico o individual.

No dudamos en afirmar que la arquitectura y el urbanismo implementado por las elites, han agredido continuamente los paisajes históricos urbanos. Por ello podemos decir que el

ejercicio del poder en Venezuela ha implicado una manipulación por parte de las elites de la arquitectura y el urbanismo, sobre todo de este último. Sin embargo, esa manipulación ha sido ejecutada de manera parcial e inadecuada. Por un lado, en lo que se refiere al pasado indígena, sus aportes en este sentido son considerados tan banales e insuficientes que ni siquiera merecen ser mencionados; por el otro, el considerar que las creaciones arquitectónicas y los trazados urbanos desde la colonia hasta la quinta década del siglo XX nos asocian con un pasado considerado como aldeano y atrasado, ha justificado su destrucción y la creación de nuevas configuraciones urbanas tenidas como modernas. Terrófagos y urbanistas han encontrado, como señala Rodríguez, el camino expedito para transformar constantemente la fisonomía histórica de las ciudades en un aparente intento por solucionar las demandas habitacionales creadas por el aumento demográfico y la inmigración (1993: 51).

La masificación de la arquitectura para la sociedad de consumo, a costa de la configuración histórica de las ciudades, y la reiterada y constante transformación de los espacios públicos, previene la gestación de formas de identificación con los mismos. La modernización de Caracas implica, según lo expuesto, que no debe distinguirse arquitectónicamente de otras ciudades del planeta.

Por otra parte, para nadie es un secreto que las políticas culturales venezolanas, estatales o privadas, –cuando han existido–, han considerado hasta ahora que el patrimonio “rescatable” es el arquitectónico, y dentro del mismo, el “monumental”: iglesias, mansiones, fuertes, capillas y similares; **en tales políticas el trazado urbano no es considerado un bien cultural**. El trazado urbano, la disposición de calles y

edificaciones constituye según nuestro modo de ver un bien cultural de singular importancia; los individuos le otorgan significados, mismos que se encuentran en relación directa con su cotidianidad. Las calles y edificaciones son algo más que espacios de circulación y residencia. Constituyen los lugares de interrelación de los habitantes con la ciudad y entre sí. La estabilidad relativa de dicho trazado permite que los ciudadanos se identifiquen con él mismo, reconociendo en tal estabilidad una pertenencia, un jugar sobre seguro sobre lo que es posible hacer en dichos espacios.

De la misma manera, las construcciones que corresponden a la gente común, y no nos referimos a las edificaciones más perecederas hechas con materiales deleznales, sino a casas de habitación hechas con bahareque, tapias o ladrillos, plazas, bodegas, etcétera, han sido dejadas de lado por las políticas culturales. El rescate arquitectónico realizado hasta ahora, expresado en las restauraciones de edificaciones, por otra parte, en la mayoría de los casos ha tenido un objetivo efectista y formal. Se tiende a reivindicar la forma pero no el contenido de los monumentos históricos, cortando los significados y significaciones que le confiere a un monumento el ser resultado de un conjunto de acciones sociales, reflejos de circunstancias y coyunturas históricas que se objetivan en la vida cotidiana, doméstica y pública de las comunidades humanas (Vargas Arenas *et alii*. 1994, Alvarado 1993, Alvarado y Montilla 1994).

NUEVAS HISTORIAS MUNICIPALES

El colapso del orden feudal a fines de la Edad Media y el surgimiento de la sociedad capitalista mercantil se vieron acelerados con la conquista y colonización de América. Pero, la capacidad productiva de España, todavía limitada por el

carácter predominantemente feudal de la sociedad castellana, impidió cubrir la demanda de bienes creados en las nuevas colonias. Las necesidades de este nuevo y amplio mercado fueron cubiertas durante los siglos XVI y XVII por los pocos bienes importados de España y por los manufacturados localmente, particularmente vasijas cerámicas, ropa y alimentos. A comienzos del siglo XVIII, la capacidad productiva del capitalismo industrial, particularmente en países como Holanda e Inglaterra, se desarrolló hasta el punto de ser capaces de suplir con bienes manufacturados dicho mercado. De manera que la Primera Revolución Industrial tuvo un profundo impacto en las colonias españolas.

Como consecuencia de estos cambios, los sistemas económicos en el área del Caribe se transforman de un tipo de producción semiautárquica feudal, basada en las encomiendas y los pueblos de misión, a sistemas comerciales, orientados a suplir al mercado mundial de materias primas y bienes agrícolas para la vida diaria. El Caribe, para esos momentos, se ve inundado de productos europeos, principalmente de vajillas holandesas, inglesas y francesas.

El siglo XVIII marca el verdadero comienzo del capitalismo industrial y financiero a nivel mundial. Es en ese momento cuando las naciones capitalistas más poderosas, como es el caso de Inglaterra y Francia, toman conciencia de la necesidad de dismantelar el sistema colonial español a los fines de obtener el control político y económico de hispanoamérica. Con la expansión del capitalismo industrial cambia, pues el estatus de las provincias coloniales.

Para la primera parte del siglo XVII, la estructura urbana de Venezuela comienza a consolidarse, de manera que las aldeas desaparecen para dar lugar al surgimiento de centros

urbanos más complejos. Con la desaparición en el siglo XVIII del sistema de encomiendas, la tierra es concedida en propiedad a criollos y europeos. La región central del país, que venía funcionando bajo el sistema de plantación, monoproducción, orientado hacia la producción de azúcar, cacao y café, ahora se encauza hacia la explotación comercial agropecuaria, bajo un modelo de gerencia privada (Sanoja y Vargas 1992).

Caracas, fundada en 1568 sobre una terraza del río Guaire, constituye un ejemplo de ese modelo. La ciudad es producto, desde el siglo XVI, del mestizaje étnico y cultural de diferentes corrientes de población venidas tanto del extranjero como de todos los puntos cardinales del territorio nacional. El centro histórico de la ciudad experimentó, desde sus inicios, una transformación gradual. La pequeña aldea indohispana fundada hacia mediados del siglo XVI, sufrió en el siglo XVII una primera expansión de su trama urbana, iniciando su proceso de consolidación como ciudad hacia el siglo XVIII. El siglo XIX fue un tiempo de destrucción y pérdida de elementos urbanos, hasta que, hacia finales de siglo, comenzó un proceso de recuperación, expansión y modernización que culminó con la ciudad que conocimos hasta 1950. A partir de entonces, comenzó un nuevo ciclo caracterizado por la destrucción de la ciudad vieja y la construcción de nuevas perspectivas urbanas, ciclo que determinó la pérdida de una valiosa parte del patrimonio arquitectónico y cultural de Caracas, así como de las informaciones arqueológicas que hubiesen podido aclarar y documentar el detalle de su historia como urbe.

Sin embargo, como lo demuestran los trabajos arqueológicos realizados hasta ahora, una parte importante del patrimonio cultural de Caracas aún puede ser rescatada y documentada, para ayudarnos en la comprensión socio-histórica de la sociedad caraqueña.

Nunca hasta ahora, que sepamos, se había intentado en Venezuela hacer un estudio sistemático de sitios arqueológicos que resuman los contenidos histórico-culturales de la sociedad colonial y la republicana. Un estudio de este tipo requiere de un análisis científico muy complejo, debido a la gran variedad y calidad de las evidencias materiales con las cuales tiene que enfrentarse el arqueólogo: por una parte, los materiales que testimonian ese proceso de siglos son, asimismo, la objetivación del desarrollo de la sociedad capitalista global, desde su fase mercantil que comienza en líneas generales con el colapso definitivo de la sociedad medioeval, en el siglo XV, continuando con la Primera Revolución Industrial en el siglo XVII, la Segunda Revolución Industrial en el siglo XIX, y la instauración del capitalismo moderno en el siglo XX. Por otra parte, la arqueología colonial en Venezuela es en verdad un estudio de la historia del capitalismo, basado en la interpretación del desarrollo de las sociedades periféricas a las metrópolis coloniales originales.

LAS INVESTIGACIONES ARQUEOLÓGICAS

El proyecto de arqueología llevado a cabo en el Teatro Municipal formó parte del Proyecto de Restauración Integral del teatro. La inserción de la investigación arqueológica en un proyecto de restauración arquitectónica implicó un cambio de perspectiva en lo que se refiere a la intervención de monumentos históricos en Venezuela, pues hasta el presente las restauraciones arquitectónicas realizadas han consistido, básicamente, en la consolidación de las estructuras y su embellecimiento, sin ofrecer a los usuarios de tales construcciones su historia vivida. Al estar imbuidas las restauraciones de un énfasis en la forma y el mejoramiento estético de la edificación, se había

considerado accesorio investigar sobre cómo los ciudadanos habían hecho uso de ese espacio o cuáles eran los significados que le otorga la historia en ella representados.

De esa manera, las restauraciones arquitectónicas en Venezuela han considerado que los elementos históricos implícitos en las edificaciones a restaurar podían ser cubiertos mediante una breve reseña, una sucesión de fechas que incluye los distintos momentos desde su construcción, intervenciones y modificaciones sufridas, hasta los usos posibles de discernir a partir de una revisión somera de archivos.

En el proyecto de investigación arqueológica en el Teatro Municipal nos planteamos como objetivo central realizar un estudio histórico del espacio sobre el cual se asienta el monumento, con el objeto de contextualizarlo y documentarlo en relación a la dinámica histórica de la ciudad de Caracas. Pensamos que era necesario no sólo rescatar la edificación misma, sino también la historia representada en el área, abordando dicha historia desde la arqueología social. Ello quiere decir, realizar la investigación académica y también establecer un programa de interpretación del perfil histórico de la ciudad.

Cónsono con los objetivos antes expuestos, el proyecto de restauración arquitectónica del teatro se planteó: “Restablecer la unidad potencial del inmueble sin eliminar su historia. Reintegrar el edificio a su función original. Lograr nuevamente un diálogo con el entorno, el cual se ha perdido por las múltiples mutilaciones que ha tenido a lo largo del tiempo” (de la Hoz 1994: 15).

El proyecto de arqueología en el Teatro Municipal permitió estudiar el impacto del capitalismo en la vida cotidiana de una pequeña comunidad, San Pablo, como parte del proceso de urbanización o conurbanización de la ciudad de Caracas.

Se calcula que la fundación de la aldea original de San Pablo pudo haber comenzado alrededor de 1590, iniciándose así un proceso de sucesivas fases de cambio histórico que culminan, transitoriamente, en el momento actual. Por otra parte, de acuerdo con la información obtenida en el Proyecto Arqueológico Lamas actualmente en curso ya para 1570 se había levantado la ermita de San Sebastián, un bohío de planta rectangular de 5 m por lado, sobre una elevación que se hallaba ubicada unos 100 m al norte de lo que luego sería la Plaza Mayor, área que parece haber estado recubierta originalmente por vegetación alta y haber estado cruzada por un pequeño riachuelo.

La fundación de la aldea de San Pablo parece constituir uno los primeros intentos para consolidar la autosuficiencia alimenticia de la recién fundada ciudad y establecer –asimismo– un punto de control sobre los grupos indígenas autónomos que todavía habitaban al sur y el sureste de la misma.

El período que abarcó la investigación arqueológica en El Municipal cubrió, *grosso modo*, los cinco siglos de historia en la ciudad de Caracas, posteriores a la conquista europea. No obstante la compleja, y a veces irregular estratigrafía del sitio, intervenido y modificado repetidamente durante cinco siglos, las tendencias históricas que se observan en el tratamiento estadístico de las variables consideradas reflejan, de manera bastante clara, los ciclos generales del desarrollo del capitalismo en Venezuela a partir del siglo XVI.

Las investigaciones arqueológicas nos han permitido reconstruir que la intervención humana del entorno natural alrededor del asentamiento original caraqueño se limitó, inicialmente, a los alrededores del casco urbano, orientándose al desarrollo de actividades agropecuarias artesanales que pudieron suplir los

bienes materiales y productos de mesa necesarios para la sobrevivencia de la población, amén de las actividades de caza, pesca y recolección que eran complementarias a las anteriores actividades productivas. Dentro de tales intervenciones podríamos ubicar la fundación de la aldea San Pablo, a finales del siglo XVI, en la periferia Sur del antiguo centro urbano, constituyendo la primera evidencia de uso histórico de la parcela donde hoy día se encuentra localizado el actual Teatro Municipal. La fundación de la aldea San Pablo parece haber obedecido a la necesidad que tenía la ciudad, entonces de 2000 habitantes, de contar con una fuente de suministros alimenticios cercana, al mismo tiempo que constituir un centro de vigilancia sobre el camino que conectaba a Caracas con las entonces aldeas de El Valle y Los Teques, hacia el suroeste.

El registro arqueológico en el área de lo que fue San Pablo indica la existencia original de un espacio plano o llanada, con suelos propicios para la actividad agropecuaria, ubicado hacia el oeste del hoy teatro, que muestra la presencia de un espacio o planta de una vivienda de forma aproximadamente oval o casi circular, de unos 20 m de diámetro, indicando que se trataba de una especie de “palenque” o bohío usado como vivienda y como punto fuerte defensivo del perímetro sur de la ciudad. Los materiales arqueológicos encontrados en los pozos excavados en este espacio permiten señalar que ya desde una época muy temprana de la vida caraqueña existían talleres de herrería. La alfarería era tanto producida localmente como importada de México y España.

Esta primera fase constructiva de San Pablo coincide cronológicamente con el período Pre-Convento, mitad del siglo XVI, mitad del siglo XVII, y con la construcción de una ermita con paredes de tapia –San Mauricio– en el espacio ocupado por el

antiguo bohío de San Sebastián al norte. El piso de piedras de esta ermita, está asociado con mayólica sevillana Azul sobre Azul y diversos artefactos tales como dagas con empuñadura de hueso. La Fase Pre-Convento, definida por Sanoja y Vargas en el Patio Rojas Paúl del actual Palacio de las Academias, indica que el límite sur de la ciudad de Caracas llegaba –posiblemente– hasta el área comprendida entre las actuales esquinas de Bolsa y San Francisco y el área ocupada por la Torre Norte del Centro Simón Bolívar (Sanoja y Vargas Arenas 1992). Allí habría existido una especie de ranchería cuyos habitantes se dedicaban a la caza de animales silvestres tales como venados, váquiros, agoutíes, al beneficio de ganado vacuno y aves de corral y a la pesca. La existencia de fogones, budares y grandes calderos de barro cocido nos indica la presencia de comidas comunitarias o la preparación de alimentos cocidos con fines comerciales. Una minoría de la cerámica está constituida por manufacturas importadas de Europa o de México y la mayoría por alfarería utilitaria de aparente manufactura local (Bencomo 1993: 354-355). Durante este período, dicha área podría haber sido el espacio de habitación de indios, mestizos pobres y blancos de orilla, que servían a las familias aristocráticas de la ciudad, evidencia del proceso de estratificación social y territorial, testimoniado también en la aldea de San Pablo, que se inicia con la implantación del asentamiento español en el valle de Caracas.

Durante la primera fase constructiva del Complejo San Pablo se hicieron otras edificaciones, a unos 30 m al noreste de la vivienda anteriormente descrita. Se trataba de habitaciones con piso de mortero o empedrado con guijarros apisonados sobre tierra compactada, con paredes de bahareque y muros de tapia frisados. Las evidencias de tales construcciones fueron excavadas

bajo el actual vestíbulo del teatro. Según los datos históricos (Archila 1961: 145-146), tales estructuras deben corresponder con la primera fundación del Hospital Real y la Ermita San Pablo, hecho ocurrido alrededor de 1589-1597.

La segunda fase constructiva parece haberse desarrollado entre 1630 y 1742. Ya para las primeras décadas del siglo XVII existía un complejo de estructuras en San Pablo que incluía el hospital mismo, la ermita y una unidad de apoyo que habría estado centrada en el sector oeste-sur, donde se procesaban los alimentos que consumían los usuarios y el personal de servicio, tanto del hospital como de la ermita. A partir del núcleo inicial se desarrolló la estructura posterior del hospital. Durante esta fase las construcciones eran realizadas con muros de tapia y de piedras unidas con tierra, lo cual indica la consolidación del Conjunto San Pablo.

El registro arqueológico muestra un incremento en el uso de materiales constructivos no perecederos, incluyendo la utilización de baldosas del tipo Pisano, asociadas generalmente con arquitectura religiosa; fue posible detectar, asimismo, la existencia de talleres artesanales de alfarería para la fabricación de tejas y ladrillos, así como también para la elaboración de botones de hueso. Abunda la presencia de cuentas de collar y de rosarios en azabache, de alfarería doméstica de manufactura local, de mayólica importada de México, así como de botellas para el vino de vidrio soplado. Hacia el norte, para la misma época, el Proyecto Arqueológico Lamas nos indica que la ermita de San Mauricio ya había sido posiblemente destruida por uno de los terremotos que asolaron a Caracas durante el siglo XVII o comienzos del XVIII, observándose la construcción de dos nuevas viviendas domésticas en el solar vecino. Se construyó una nueva ermita, la de San Mauricio,

más amplia, que fue visitada por el obispo Martí en 1773, en tanto que sobre el emplazamiento de la anterior se construyó una amplia calzada de piedras canteadas que comunicaba aquellas dos viviendas con la calle o camino real que bajaba desde el Puerto de La Guaira.

En lo que se refiere a demografía, la población estimada para Caracas para 1778 era de 30.000 habitantes. En este sentido es importante señalar que el estudio preliminar de los restos humanos localizados en los rellenos de las estructuras, posiblemente provenientes del cementerio vecino al hospital y la iglesia, muestran que el 20 % de la población de las personas fallecidas podrían haber sido indígenas. Los estudios de los restos esqueléticos encontrados permitieron detectar la existencia de enfermedades infecto-contagiosas en la población, tales como escarlatina y sífilis, así como también carencias vitamínicas expresadas en osteoporosis (Vargas *et alii*. 1994).

La parte final de esta fase constructiva de San Pablo coincide con el inicio de los profundos cambios socio-políticos y culturales que se producen en la sociedad venezolana como consecuencia de las reformas de Carlos III, modificaciones necesarias que el naciente capitalismo comienza a inducir en el estatus socio-jurídico y político de la sociedad colonial, así como también con el impacto que tuvo la Primera Revolución Industrial en la Provincia de Caracas, particularmente la ampliación de las plantaciones que producían bienes de exportación como el café, el cacao, la caña de azúcar, el añil, etc., necesarias para el desarrollo de la sociedad capitalista del primer mundo de la época.

Esta segunda fase constructiva coincidiría cronológicamente con el denominado Período Convento, mitad del XVII y siglo XVIII (Sanoja y Vargas 1992), que contempla la

edificación y consolidación del Convento de San Francisco y el desplazamiento de las antiguas rancherías que se hallaban previamente en el referido espacio urbano. Se observa un aumento en el beneficio y el consumo de ganado vacuno, en detrimento de la caza y la pesca, así como una mayor utilización de la “loza poblana” importada de México, vajillas de mesa de origen aún no determinado y vajillas culinarias de posible manufactura local. La moda del vestido incluía la utilización del paño de lana denominado “bayeta”, encajes de hilo, botones de bronce para zapatos, cinturones o sombreros utilizados quizás por los ricos, y botones de hueso y cuentas de collar hechas en concha marina o hueso usados al parecer por las poblaciones urbanas mestizas, indias o negras. La vida cotidiana se vio enriquecida con la utilización de palmariorias para velas de cera, el consumo de vino importado y la utilización de copas y vasos de vidrio soplado importados de Europa, particularmente platos manufacturados en Inglaterra hacia finales del siglo XVIII.

Como se infiere de lo anterior y de los datos obtenidos tanto en las excavaciones del Teatro Ayacucho como en el Palacio de las Academias, la ciudad de Caracas experimentó para el siglo XVIII un mejoramiento general del nivel de vida, la expansión del área urbana, la consolidación de las instituciones sociopolíticas y la profundización de las desigualdades sociales y económicas.

En relación a lo anteriormente expuesto, durante la tercera fase constructiva se pudo inferir la remodelación general y la ampliación del Complejo San Pablo. Los elementos constructivos más resaltantes son, por una parte, la manufactura de muros realizados ahora con piedras canteadas, apuntaladas con cuñas de piedra, y la utilización de ladrillos y formaletas

para el diseño de relieves en las paredes y para la construcción de vanos y columnas. Se observa en el registro abundante material de porcelana y vidrio, testimonio del incremento del comercio con Europa, especialmente con Inglaterra. La tendencia hacia la consolidación del complejo, esbozada en la parte final de la fase 2, se acentúa en la tres, esto es, finales del siglo XVIII, reflejando la onda expansiva detonada por el auge del capitalismo industrial en la economía de las sociedades capitalistas periféricas, como era el caso de las provincias de la Capitanía General de Venezuela.

Para finales del siglo XVIII, el área construida en San Pablo parece haberse extendido hacia el sur, lo cual implicó la desaparición de las estructuras de la primera fase constructiva que posiblemente subsistían en dicha área, trasladándose las funciones que se cumplían en ellas a otras estructuras. Para la misma época ya existe una presencia militar definida en lo que podríamos llamar desde ya el Reducto San Pablo. El aspecto militar va a caracterizar al Complejo San Pablo desde finales del siglo XVIII hasta mediados del siglo XX, expresado en un cuartel de tropas veteranas, relacionadas con el arma de artillería. En tal sentido, en el ángulo sur-oeste de los jardines del teatro pudimos excavar lo que parece ser parte de una batería de cañones y un foso de tiradores, que remataba en una garita de vigilancia. Fue posible detectar dos etapas en la construcción de las fortificaciones: una primera donde se construyen los baluartes de una batería de cañones, utilizando piedras cimentadas con tierra y cuñas de piedra, que se la dota con piso de piedras y ladrillos; una segunda, donde se le añade un foso de tiradores y una garita al oeste del reducto.

La Fase Post-Convento, comienzos del siglo XVIII, finales del siglo XIX, coincide con la destrucción de buena parte de la

ciudad y su proceso de refundación, particularmente con la remodelación del patio trasero del edificio del antiguo convento, a la sazón sede la Universidad Central de Venezuela (Sanoja y Vargas Arenas 1992). Esta fase está particularmente bien representada en las excavaciones del Proyecto Lamas, que nos muestran un progresivo abandono de la autarquía económica de la sociedad caraqueña y venezolana en general, y una apertura hacia el comercio de importación que comienza a acentuarse desde 1840. En las familias aristócratas, como es el caso de los Arismendi-Cáceres (Luisa Cáceres de Arismendi fue una heroína venezolana durante la Independencia), se observa un alto consumo de bienes domésticos manufacturados en Inglaterra y Francia y en menor proporción de Estados Unidos.

Para 1859 el Complejo San Pablo poseía un carácter eminentemente militar, con un cuartel de milicias al mando de un Comandante de Armas (Level de Goda 1954: 174-176). El Complejo San Pablo jugó un papel militar y político de mucha importancia en los sucesos que precedieron la Guerra Federal, llegando a ser en 1859 sede temporal del gobierno nacional. Como consecuencia de la Guerra Federal, se afianzó el poder del partido liberal, terminando con la consolidación del gobierno de Guzmán Blanco. Durante su mandato se inició la modernización de la ciudad de Caracas, abatiéndose muchas de las antiguas estructuras coloniales, entre ellas las del Complejo San Pablo, para dar paso a nuevas edificaciones.

La fase constructiva 4 se inicia cuando sobre las ruinas del Hospital Real y de la iglesia San Pablo se comenzaron a excavar las bases del futuro Teatro Municipal. Las zanjas rompieron los depósitos centenarios de escombros y otros restos arqueológicos acumulados desde la primera fase constructiva del Complejo San Pablo. Desde el firme se levantaron, al menos, tres

muros concéntricos de piedra, de aproximadamente 1 m de espesor y una altura entre 2.80 y 3 m, que sirven de soporte al piso del edificio, los cuales se apoyan, en varios sitios del vestíbulo del teatro, sobre parte de los muros de piedra y tapia y de los rellenos consolidados que quedaron de las anteriores tres fases constructivas. En el exterior, en el ángulo sur-oeste de la parcela, se construyeron urinarios o baños externos sobre lo que fueron las fortificaciones del Reducto San Pablo. Durante las excavaciones fue posible recuperar evidencias de los urinarios, expresadas en un piso de mortero, el cual fue cubierto posteriormente con una jardinera. Para construir el escenario y el foso de los músicos, se excavó y removió el antiguo cementerio, material que fue utilizado para rellenar el espacio entre los muros de base del vestíbulo.

La capa arqueológica que es vestigio de la cuarta fase constructiva en el Complejo San Pablo, en su primera etapa, se caracteriza por la acumulación de escombros y materiales constructivos diversos: lajas de piedra canteada, clavos forjados, restos de maderas, instrumentos musicales, monedas, etc. La segunda etapa, la cual se inicia alrededor de 1925, muestra acumulaciones de material arqueológico que testimonian tanto las distintas intervenciones que sufrió desde entonces el edificio, como aquellas referidas a su uso como teatro (Vargas Arenas *et alii*. 1994).

Al norte de la ciudad, el Proyecto Lamas nos indica que sobre los muros de la vieja iglesia de San Mauricio y de las viviendas de la familia Arismendi-Cáceres, el proyecto de modernización urbana de Guzmán Blanco levantó la iglesia de Santa Capilla, de estilo neogótico, y construyó el edificio que serviría de sede a la Escuela de Artes y Arquitectura. Hacia 1904 el edificio de la Escuela es remodelado y en 1930 se

convierte en la sede de la Escuela de Música y Declamación y, posteriormente, en Escuela Superior de Música José Ángel Lamas.

EXCAVACIONES ARQUEOLÓGICAS EN EL TEATRO AYACUCHO: LA CASA DE LA FAMILIA DE FRANCISCO DE MIRANDA

Las excavaciones arqueológicas en el Teatro Ayacucho se realizaron durante los meses de diciembre 1994 y enero 1995, como parte de un salvamento llevado a cabo en medio de las actividades de remodelación que se estaban practicando en el inmueble para convertirlo en un pequeño centro comercial.

El Teatro Ayacucho, declarado monumento del casco histórico de la ciudad de Caracas, fue construido en el año de 1921 sobre el emplazamiento de una antigua casona que fue propiedad de la familia de Francisco de Miranda y posteriormente, al parecer, hacia comienzos de siglo, sede del Ministerio de Obras Públicas. Inicialmente, aquél fue un local destinado a la presentación en vivo de obras teatrales, espectáculos musicales y similares. Posteriormente, se utilizó mayormente para la proyección de películas de largo metraje.

De su diseño inicial, el teatro conservó hasta el presente los camerinos de los artistas, ubicados en la parte posterior del escenario, así como también el foso de la orquesta, elemento este último que había sido cubierto por el entarimado que recubrió el piso del local cuando se destinó a ser usado como sala de cine.

Las excavaciones practicadas en el área de entrada a la localidad de patio nos permitieron detectar una estructura de paredes de tapia con un cuerpo delantero con múltiples ventanas hacia el exterior, conectada mediante un patio con un segundo cuerpo donde existía un pasillo central con

habitaciones ubicadas a ambos lados del mismo y comunicadas con el pasillo central mediante puertas cuyo dintel tenía una longitud de 1.20 m.

El piso de las habitaciones durante la última ocupación estaba construido con losas de barro cocido, de forma rectangular, las cuales descansaban sobre una capa de argamasa o mortero. Este piso reposaba sobre otros tres anteriores, dos de baldosas y uno de mortero, que parecen corresponder a otras fases constructivas de la misma o de diferentes viviendas, la primera de las cuales podría remontarse a finales del siglo XVII.

Las paredes de la antigua vivienda estaban recubiertas por un friso muy sólido, hecho a base de arena y cal viva, sobre el cual se observan sucesivas capas superpuestas de pintura de cal, culminando con una especie de zócalo de color gris verdoso, elaborado con pintura de aceite.

En el espacio correspondiente a la parte baja del patio e inicios del foso de la orquesta se encontraron restos de canales para aguas servidas, parte del basamento de un muro construido con lajas de piedra, orientado en sentido este-oeste, el basurero de la vivienda del siglo XVII y un sistema de ductos para el transporte de aguas blancas.

La fase terminal de la vivienda que existía previamente en el Teatro Ayacucho puede datarse con certeza en el año de 1920. A juzgar por los materiales arqueológicos asociados, la fase de ocupación anterior podría fecharse a finales del siglo XVIII. El último piso descansa sobre una capa de basura urbana donde se aprecia la presencia de mayólica mexicana y europea, loza criolla y restos de comida que parecen pertenecer a comienzos del siglo XVIII o finales del XVII.

La red de canales del acueducto colonial podría haberse comenzado a construir en las primeras décadas del siglo XVII, momento que corresponde con el inicio de la consolidación de la trama urbana de Caracas.

Hacia inicios-mediados del siglo XVII habría comenzado a erigirse la serie de viviendas en el solar que finalmente, en el siglo XX, ocupó el Teatro Ayacucho (Vargas Arenas, Sanoja y Montilla 1994).

6. NOTAS SOBRE LA INVESTIGACIÓN ARQUEOLÓGICA DEL TEATRO MUNICIPAL / Iraida Vargas Arenas

En el marco de la historia tradicional, las historias municipales han constituido un área de investigación poco o nada favorecida. Con los recientes cambios en la estructura político-administrativa del país, los cuales han permitido una mayor participación del colectivo en la toma de decisiones concernientes a la elección de alcaldes y gobernadores, la investigación histórica regional y municipal se ha visto fortalecida. Es de destacar, que la historia regional y principalmente la municipal se fundamenta en la vida cotidiana, en hechos históricos en pequeña escala, con significación para los propios habitantes de parroquias y municipios. En este sentido, la arqueología social constituye la disciplina histórica que permite historiar lo cotidiano y ofrecer una historia alternativa a la tradicional, una “nueva historia” que espera servir de referencia para los habitantes de un municipio.

El actual Teatro Municipal fue erigido en 1876 sobre los restos de un complejo de edificaciones coloniales que incluyen un hospital y una iglesia, así como de basura consolidada proveniente de estructuras domésticas, posiblemente

destruidas durante el gran terremoto de 1812, datada entre finales del siglo XVI y finales del siglo XIX. Un siglo más tarde, en 1987, bajo los auspicios de la Academia Nacional de la Historia y el financiamiento del Instituto del Patrimonio Cultural y de Fundapatrimonio, institución adscrita a la Alcaldía del Municipio Libertador, iniciamos el Proyecto de Arqueología Urbana de Caracas cuyas investigaciones cubrieron la Escuela de Música José Ángel Lamas, la Plaza El Venezolano (antiguo mercado San Jacinto), el antiguo Teatro Ayacucho, el Teatro Municipal y el Cuartel San Carlos. Dichas investigaciones de campo se prolongaron hasta 1994 y sus resultados se han publicado en diversos libros y artículos científicos para la elaboración de una propuesta educativa, que permita conocer los valores positivos de la historia de la vida cotidiana del municipio, los cuales muestran la participación colectiva en la solución de los problemas sociales de la ciudad. En tal sentido, en la actualidad ya estamos trabajando en una nueva propuesta educativa la cual incluye, entre otros instrumentos, la posibilidad de promover museos de sitio, museos didácticos, un plan editorial y exhibiciones itinerantes, si logramos el apoyo de las instituciones oficiales que gerencian la Cultura en Venezuela.

LAS INVESTIGACIONES ARQUEOLÓGICAS

El proyecto de arqueología llevado a cabo en el Teatro Municipal formó parte del Proyecto de Restauración Integral del teatro (Vargas Arenas *et alii*. 1998). El período que abarcó la investigación cubrió, grosso modo, los cinco siglos de historia en la ciudad de Caracas, posteriores a la invasión europea. La fundación de la aldea de San Pablo parece constituir uno de los primeros intentos para consolidar la autosuficiencia alimenticia

de la recién fundada ciudad y establecer –asimismo– un punto de control sobre los grupos indígenas autónomos que todavía habitaban al sur y el sureste de la misma.

La aldea fundada sobre una antigua área de viviendas indígenas, presuntamente toromaimas, de planta oval o circular, de unos 20 m de diámetro, indica que se trataba de una especie de “palenque” o bohío usado como vivienda y como punto fuerte defensivo del perímetro sur de la ciudad. Los materiales arqueológicos encontrados en los pozos excavados en este espacio permiten señalar que ya desde una época muy temprana de la vida caraqueña existía en dicha aldea indohispana un taller de herrería.

Entre 1589-1567 se inició la construcción de una edificación con piso de argamasa o empedrado con guijarros, con paredes de bahareque y muros de tapia frisados. Esa construcción fue excavada bajo el actual vestíbulo del teatro, que albergaba el hospital Real y la ermita de San Pablo.

El registro arqueológico muestra también la presencia de talleres artesanales de alfarería para la fabricación de tejas y ladrillos, así como también para la elaboración de botones de hueso. Abundan las cuentas de collar y de rosarios en azabache, de alfarería doméstica de manufactura local, de mayólica importada de México, así como de botellas para el vino de vidrio soplado.

Caracas, para 1778, tenía una población de alrededor 30.000 habitantes. En este sentido es importante señalar que el estudio preliminar de los restos humanos localizados en los rellenos de las estructuras, posiblemente provenían de un cementerio vecino al hospital y la iglesia y muestran que el 20 % de la población de las personas fallecidas eran indígenas, posiblemente caribes toromaimas que ya conformaban el estrato de población caraqueña pobre. Los estudios de los restos

esqueléticos encontrados permitieron detectar la existencia de enfermedades infecto-contagiosas en dicha población, tales como escarlatina y sífilis, así como también carencias vitamínicas causadas por deficiente alimentación, expresadas en osteoporosis.

Para finales del siglo XVIII, ya existía en la aldea San Pablo una presencia militar definida en lo que podríamos llamar desde ya el Reducto San Pablo, de donde se origina el topónimo que identifica la actual esquina de Reducto, donde existía un cuartel de tropas veteranas, relacionadas con el arma de artillería. En el ángulo Sur-Oeste de los jardines del teatro pudimos excavar lo que parece ser parte de una batería de cañones y un foso de tiradores, que remataba en una garita de vigilancia. Fue posible detectar dos etapas en la construcción de las fortificaciones: una primera donde se construyeron los baluartes de una batería de cañones, utilizando piedras cimentadas con tierra y cuñas de piedra, a la cual se la dotó con piso de piedras y ladrillos; una segunda, donde se le añade un foso de tiradores y una garita al Oeste del reducto.

Para 1859, el complejo de edificaciones de San Pablo poseía un carácter eminentemente militar, con un cuartel de milicias al mando de un Comandante de Armas, el cual jugó un papel militar y político de mucha importancia en los sucesos que precedieron la Guerra Federal, llegando a ser en 1859 sede temporal del gobierno nacional.

Como consecuencia de la Guerra Federal, se afianzó el poder del partido liberal, que se consolidó con el gobierno de Guzmán Blanco. Durante su mandato se inició la modernización de la ciudad de Caracas, abatiéndose muchas de las antiguas estructuras coloniales, entre ellas las del Complejo San Pablo, para dar paso a nuevas edificaciones.

Sobre las ruinas del Hospital Real y de la iglesia San Pablo se comenzaron a echar las bases del futuro Teatro Municipal, proyecto encomendado al Ing, Jesús Muñoz Tébar. Las zanjas rompieron los depósitos centenarios de escombros y otros restos arqueológicos acumulados desde la primera fase constructiva del complejo de edificaciones del Reducto San Pablo. Desde el firme se levantaron, al menos, tres muros concéntricos de piedra, de aproximadamente 1 m de espesor y una altura entre 2.80 y 3 m, los cuales se apoyaba la estructura del teatro; ello permitió que se conservaran las edificaciones que datan de las anteriores fases constructivas. En el exterior, en el ángulo Sur-Oeste de la parcela, se construyeron urinarios o baños externos sobre lo que fueron las fortificaciones del Reducto San Pablo.

La capa arqueológica que es vestigio de la última fase constructiva del Complejo San Pablo, se caracteriza por la acumulación de escombros y materiales constructivos diversos: lajas de piedra canteada, clavos forjados, restos de maderas, instrumentos musicales, monedas, etc.

7. ARQUEOLOGÍA DEL CAPITALISMO: EL PROYECTO CUARTEL SAN CARLOS, CARACAS, VENEZUELA. 1780-1998.

Archeology of Capitalism: the Cuartel San Carlos Project, Caracas, Venezuela. 1780-1998.

RESUMEN

La construcción del Cuartel San Carlos, Caracas, Venezuela, en 1780, es coetánea con las Reformas de Carlos III que marcaron el fin de la sociedad indohispana, la consolidación

de la sociedad de clases y la creación de la institución militar como parte del Estado Colonial. A partir del siglo XIX. La institución armada, forjada como tal durante el proceso independentista venezolano del siglo XIX, tuvo como ícono el Cuartel San Carlos, sede de los procesos que habrían de modernizar su estructura en la primera mitad del siglo XX. El San Carlos fue parte de importantes procesos políticos que marcaron la transición de la Venezuela rural hacia un Petro-Estado moderno.

Palabras clave: capitalismo, orden colonial, ejército, sociedad republicana.

ABSTRACT

The Cuartel San Carlos, was raised in, 1780, along with the economic reforms of Carlos III that gave way to the creation of a capitalist class society in Venezuela. The new class society needed a military institution to preserve the internal order. Instead, it was the origin a the republican army that overthrewed the colonial system The San Carlos became during the XIXth century and the first half of the XXth century, the icon of the political processes that transformed the rural Venezuelan society in a petrostate and led the path to the formation of the modern venezuelan army.

Key words: capitalism, colonial order, army, republican society.

Arqueología del capitalismo, arqueología global, arqueología histórica, arqueología colonial o arqueología republicana. ¿Cuál de estos nombres escogemos para denominar lo que hacemos como arqueóloga y arqueólogas sociales cuando abordamos procesos que cubren un lapso temporal de varios siglos

a partir del XVI? ¿Es posible reducir los extraordinariamente complejos procesos históricos que ocurren desde el siglo XVI en adelante en Nuestra América a la presencia o ausencia de textos escritos o sólo al comercio? ¿Qué sentido tiene para los países latinoamericanos en general y para Venezuela en particular el estudio en la actualidad de esos procesos, cuáles objetivos cognitivos perseguimos y para qué nos sirven?

A fin de ayudar a eliminar ambigüedades y reconociendo al mismo tiempo la jerarquía causal materialista, así como por razones políticas, preferimos usar la expresión “Arqueología del Capitalismo” para referirnos a los estudios arqueológicos de los procesos que denotan la existencia de cambios inducidos en las sociedades nuestroamericanas como consecuencia la invasión europea ocurrida a finales del siglo XVI, que hizo posible el proceso de acumulación originaria de capitales que sirvió –a su vez– para fortalecer el naciente sistema capitalista en Europa y el surgimiento del capitalismo en Nuestra América. Asimismo, con la expresión Arqueología del Capitalismo nos permitimos abordar lo ocurrido en las sociedades americanas luego de la invasión cuando se instaura en Venezuela una sociedad patriarcal y una sociedad desigual, con clases sociales, con terribles formas de explotación social. Llamamos Arqueología del Capitalismo, en consecuencia, a aquella que estudia tanto el proceso de formación y desarrollo del sistema capitalista como a la que alude a procesos particulares dentro de dicho sistema.

La arqueología del capitalismo es la arqueología de un pasado relativamente reciente que incluye la historia colonial, la republicana y la historia mundial (Orser y Fagan 1995: 5). El abordaje que hace la arqueología social de la arqueología del capitalismo insufla vida en los relatos acartonados de nuestra

historia tradicional, restituye al carácter humano de sus protagonistas, particularmente de los personajes anónimos, de sus estilos de vida que representan la diversidad social y cultural de las poblaciones venezolanas a las cuales alude el hecho arqueológico en estudio.

La arqueología del capitalismo estudia, pues, las consecuencias que tuvo la imposición forzada del modo de producción capitalista europeo occidental sobre las sociedades originarias venezolanas, particularmente en la producción de espacios sociales urbanos que no existían antes del siglo XVI y en la existencia de variadas formas de explotación social, incluyendo las de género. La producción de tales paisajes fue resultado de la expansión del capitalismo central hacia su novedosa periferia colonial americana, lo cual alteró, deformó y destruyó las estructuras socio-culturales de las poblaciones originarias, para construir un nuevo espacio social dominado por formas urbanas. Ese espacio social se transformó en el instrumento de control político económico ejercido por la burguesía colonial urbana sobre las poblaciones originarias, criollas subordinadas y esclavas, ya urbanas ya campesinas (Lefebvre 1995: 129).

El tema de la producción social del espacio colonial ha sido tratado en extenso y en forma particular por diversos autores. Esta orientación epistemológica de la arqueología ha sido recogida por varios autores, entre otros: Orser 1988: 315; Orser y Fagan, 1995; Paynter 1988: 407 (en Leone y Potter, Eds. 1988); South, 1977; Vargas Arenas, 1999, o en trabajos monográficos como “Puerto Real, 1995 y Archeology at La Isabela” (Deegan 1995, 2002), *The Spanish Missions of Florida* (McEwan, 1993), y nuestras propias monografías *Arqueología de Caracas: Escuela de Música José Ángel Lamas* (Sanoja et alii. 1998), *Arqueología de Caracas: San Pablo* (Vargas Arenas et alii. 1998),

El Agua y el Poder (Sanoja y Vargas Arenas, 2002). *Las Edades de Guayana Arqueología de una Quimera, Santo Tomé y las Misiones Capuchinas catalanas 1595-1817* (Sanoja y Vargas Arenas, 2005) donde se establecen las bases conceptuales para comprender el proceso histórico de creación de la sociedad neocapitalista que surgió en el continente americano como, ya señalado, producto de la expansión colonial del sistema capitalista europeo occidental.

Así como ocurrió en angloamérica, en América Latina y en Venezuela en particular, el proceso se repitió en África y en Asia. Lo importante de esta orientación cognitiva hacia la arqueología de la conformación del capitalismo es que permite visualizar la arqueología desde un análisis histórico transdisciplinario y globalizante. Dicho enfoque abre al investigador la posibilidad de ahondar en los procesos históricos generados por la expansión colonial del sistema capitalista de una forma que las fuentes escritas por sí solas no permiten, ya que posibilita estudiar la vida cotidiana de la gente del común y no solamente de las elites sociales (Leone y Potter 1988: 14, Vargas Arenas 1999).

EL CUARTEL SAN CARLOS Y LAS REFORMAS BORBÓNICAS

La instalación militar Cuartel San Carlos, erigida en las décadas finales del siglo XVIII, se inscribe dentro del programa de reforma y mejoramiento de la infraestructura colonial emprendido por Carlos III. Una edificación militar urbana de las dimensiones del San Carlos aludiría a la importancia que adquirió la ciudad de Caracas en el plan estratégico colonial caribeño por su relevancia como enclave comercial, administrativo y portuario del conjunto Caracas-La Guaira.

La creación, en 1777, de la Capitanía General de Venezuela, en nuestra opinión, fue un reconocimiento a la madurez económica y política que habían alcanzado las provincias venezolanas para finales del siglo XVIII, fase histórica necesaria para la concreción del Estado nacional que habría de oficializarse en 1810. Enfrentada a una presencia comercial y militar cada vez más importante en el Caribe Oriental, inglesa, holandesa y francesa, la consolidación y la fortificación del eje defensivo Caracas-La Guaira-Puerto Cabello tomaba entonces para España una gran importancia estratégica.

El proyecto político de la corona española para sus colonias americanas se apoyaba, fundamentalmente, en la extracción de metales preciosos, necesarios para tratar de colmar el déficit fiscal crónico que padecía España desde el siglo XVI. Su deficiente estructura productiva, la presencia de una extensa burocracia y de una nobleza señorial que no aportaba nada en concreto al mantenimiento del Estado monárquico, obligaba a una política fiscal basada en el atesoramiento del oro, la plata y las otras diversas materias primas minerales, vegetales y animales expoliadas a las colonias americanas, política que funcionaba como una especie de cuenta corriente. El capital acumulado en tránsito se desviaba luego hacia los tesoros públicos de otras potencias europeas como Holanda, Francia, Inglaterra y Alemania, donde se había producido la revolución industrial y se estaba dando un proceso de acumulación ampliada del capital financiero, potencias que en el siglo XIX se apoderaron finalmente de los últimos despojos del régimen colonial español en Hispanoamérica.

España consumía buena parte del capital que extraía de sus colonias, importando bienes y financiando con oro los gastos de sus guerras europeas, mientras las otras potencias que se

lo extraían capitalizaban los metales preciosos para beneficio de su desarrollo industrial, comercial y financiero. Los otros Estados mercantilistas europeos de la época buscaban atraer a sus arcas la mayor cantidad posible de la producción mundial de metales preciosos y –posteriormente– trataban de conservarlos dentro de sus fronteras nacionales. El axioma mercantilista sostenía que la riqueza de los Estados descansaba en la acumulación de metales y en utilizarlos para financiar la manufactura de bienes que eran luego exportados al mercado mundial. Para conservar el control de sus mercados internos, reducían las importaciones extranjeras por medio de tarifas aduaneras restrictivas.

Por tales razones, durante el siglo XVII España desplegó grandes esfuerzos para proteger los decrecientes embarques de metales y piedras preciosas extraídos de las minas del Perú, La Plata, Nueva Granada y Nueva España así como diversas materias primas de origen vegetal y animal extraídas de Venezuela, en tanto su soberanía comercial en el Caribe antillano estaba bajo el ataque de los comerciantes privados (*privateers*, corsarios o filibusteros) al servicio de Holanda, Inglaterra y Francia (Britto García 1998: 522-531). El régimen de autarquía económica practicado por la monarquía absolutista no podía enfrentar con éxito la creciente complejidad del comercio internacional, dominado en buena parte por aquellas potencias europeas.

EL CUARTEL SAN CARLOS Y EL CONTEXTO HISTÓRICO GLOBAL DEL CAPITALISMO

Cuando los historiadores tradicionales analizan la historia colonial venezolana –utilizando *prima facie* la información contenida en los documentos escritos– tienden a reducir

dicha historia al contexto burocrático y administrativo que se creó en las provincias coloniales que formaron posteriormente la Capitanía General de Venezuela en 1777. Para no perder la referencia al contexto histórico global en el cual esos hechos ocurrieron, trabajos bien documentados como los de Braudel sobre *Civilización y Capitalismo* (1992), entre otros, proporcionan un marco conceptual que nos permite colocar los procesos particulares de la historia venezolana reciente en el ámbito del sistema mundial capitalista.

La construcción del Cuartel San Carlos en Caracas en 1780 nos refiere al momento de la expansión del industrialismo europeo en el siglo XVIII y a la expansión ultramarina del comercio inglés, mediante el cual el imperio británico buscaba consolidar una poderosa hegemonía sobre el comercio mundial y la circulación de las materias primas, desde el Caribe hasta la India, China y África (Braudel, 1992-3: 575). Debido a su posición geoestratégica, Venezuela y los enclaves de Maracaibo, el eje conurbado Caracas-La Guaira y Puerto Cabello en particular, abiertos al Atlántico y el mar Caribe, se convirtieron a partir del siglo XVIII en espacios estratégicos para la protección de las rutas comerciales entre España y sus colonias suramericanas y caribeñas. La lucha del imperio británico para afirmar su hegemonía en la región, se afincaba también en el control ideológico de la elite mantuana caraqueña que comenzaba a expresar abiertamente su decisión de establecer un Estado independiente de la corona española.

Por las razones antes expuestas, el siglo XVIII en la historia venezolana es un hito que marca la transición de la sociedad colonial indohispana, vinculada predominantemente a una economía de subsistencia donde dominaban formas productivas arcaicas como las encomiendas, a una economía

de plantación dirigida hacia la monoproducción comercial de determinadas materias primas. Esta producción de materias primas, tales como el café, el cacao, el algodón, la caña de azúcar y las melazas, el añil, los cueros, huesos y cuernos de ganado vacuno, las semillas de la *Caesalpinia coriaria* (nombre vulgar: dividive) utilizada para la tenería de dichos cueros y demás, respondían a la incipiente división mundial del trabajo y a las demandas del mercado mundial animado por el desarrollo de la fase industrialista del capitalismo europeo.

Las reformas liberales impuestas por el rey Carlos III, particularmente la creación de la Capitanía General de Venezuela en 1777, se expresaron en el control de toda la exportación de productos y materias primas como las ya señaladas a través de la Compañía Guipuzcuana y la Compañía de Barcelona, indicando la voluntad imperial de controlar y disciplinar tanto a las elites criollas propietarias de las haciendas y las plantaciones, como a la fuerza de trabajo, conformada por siervos y esclavos, que motorizaba dicha producción. De la misma manera, ello permitía al imperio combatir el contrabando y el comercio ilegal practicado por los corsarios y contrabandistas europeos, particularmente ingleses, que intervenían y se apropiaban de la producción y distribución de las materias primas que producía la colonia venezolana. Por otra parte, la corona española intentaba contrarrestar la Revolución Burguesa iniciada en Francia y las ideas económicas liberales que florecían en Inglaterra, difundidas como proclamas y libros que soliviantaban la lealtad de los criollos venezolanos a la corona española así como de sus siervos y esclavos.

Para prevenir la posibilidad de insurgencias sociales contra su autoridad, el imperio español construyó una red de fortificaciones a todo lo largo del litoral caríbe venezolano, con la

finalidad de proteger sus rutas comerciales. Simultáneamente, se formó una milicia regular, una tropa veterana profesional, asentada en cuarteles urbanos como el San Carlos en Caracas, cuya principal función era proteger el orden político colonial interno del cual dependía, a su vez, el estatus del imperio español como potencia capitalista europea occidental. Ya desde 1630 se había comenzado a construir una red de reductos defensivos en diversos sitios de la Caracas de entonces, para prevenir cualquier invasión de fuerzas extranjeras o rebeliones populares internas (Liendo, 2001: 35). Uno de ellos, quizás el de mayor importancia, fue el Reducto San Pablo, localizado en la terraza baja del río Guaire, el cual estaba integrado por un cuartel y una batería de artillería, un hospital y una iglesia o capellanía (Vargas *et alii*. 1998a). La localización del cuartel San Carlos en el piedemonte del Waraira Repano, permitía sostener el poder hegemónico de la burguesía mantuana, mediante el control de la cuenca fluvial que suministraba el agua a la población de Caracas hasta finales del siglo XIX (Sanoja y Vargas Arenas, 2002).

ABORDAJE TRANSDISCIPLINARIO DEL PROYECTO ARQUEOLÓGICO

La realización del programa arqueológico San Carlos (Sanoja y Vargas: 1998b) como parte de un proyecto más amplio para lograr una eventual restauración y vitalización del monumento por parte del Instituto Nacional del Patrimonio Cultural, permitió organizar una dinámica de participación y colaboración de varios equipos, lo cual estimuló considerablemente el potencial de los análisis e interpretaciones sectoriales del monumento. Ello hizo posible contrastar en el terreno las informaciones arqueológicas, geomorfológicas, estructurales, históricas documentales y arquitectónicas obtenidas por

los diversos grupos de trabajo. Se pudo establecer durante el trabajo de campo un nivel de discusión de experiencias, de ideas, de exposición de dudas y de interpretaciones con los historiadores/as que desarrollaban el programa de Historia Documental y los arquitectos/as e ingenieros/as que trabajaban simultáneamente en el Proyecto de Diagnóstico y Rehabilitación del monumento.

Para hacer una reconstrucción histórica más ajustada a los hechos y recuperar la integralidad del registro histórico, nos fundamentamos en el estudio combinado y comparado de los registros arqueológicos, los textuales, los visuales y en las tradiciones orales todos los cuales, combinados, conforman una herramienta invaluable para la investigación científica de sitios arqueológicos que, como el San Carlos, se formaron en Venezuela como resultado de la plena consolidación de la sociedad clasista colonial, hecho que ocurrió a partir del siglo XVIII.

Con la intención de validar socialmente el dato arqueológico y dar así cumplimiento a ese requerimiento, utilizamos como referente para orientar el plan de excavaciones las historias orales que recolectamos de soldados y oficiales que sirvieron en el cuartel durante los años cuarenta-cincuenta del siglo XX, o aquellos que estuvieron prisioneros en el mismo durante las décadas 60 a 90 de dicho siglo, así como de antiguos vecinos quienes nos dieron una perspectiva humana de la vida de los protagonistas de la saga del San Carlos. Siguiendo esa línea de investigación, el Proyecto de Investigaciones Arqueológicas del Cuartel San Carlos fue planificado por nosotros como un programa arqueológico integrado que intentaba estudiar la vida cotidiana de los actores sociales que intervinieron en la construcción y en el uso subsecuente del monumento, durante toda su vida útil. En tal sentido consideramos que la vida

cotidiana resume en sus contenidos la dialéctica existencial de los individuos sociales, por ello, no bastaba con reducir los materiales del registro arqueológico a tipologías de objetos con valor descriptivo y cronológico sino que era preciso reconstruir también la trama de acciones, de las tensiones sociales que conformaban la estructura y la dialéctica de las relaciones sociales en ese momento particular del pasado.

Cuando estudiamos monumentos arquitectónicos dentro de la arqueología del capitalismo, el registro arqueológico no está integrado solamente por los objetos arqueológicos excavados en el subsuelo, sino también por la arqueología de los muros (frisos, capas de pinturas, capas y tipos de morteros, etc.), por todas las evidencias textuales o documentales, los *graffitis*, las manifestaciones pictóricas parietales, las historias orales y similares, que sirven para reconstruir la historia de un monumento en vinculación con el contexto espacial donde se manifiesta. En el caso de las construcciones de tapia o de adobe como las que están presentes en el Cuartel San Carlos, el barro utilizado como material de construcción lleva incluido además componentes del registro geológico así como también del arqueológico del sitio donde se le extrajo, lo cual nos sirve para conocer la composición de las arcillas, la de los fragmentos de alfarería y de semi-porcelana, la naturaleza del carbón presente, la de los restos de conchas marinas, restos de fauna, etc., incluidos en la arcilla utilizada para la construcción de los muros; estos constituyen elementos relacionales que nos ayudan a enlazar el segmento de vida cotidiana en estudio, con otros que le fueron precedentes o contemporáneos.

Para poder establecer una cronología arqueológica de referencia, la investigación fue planificada por nosotros como un programa integrado que, como ya hemos señalado, comprendía

el estudio de las fases constructivas de la edificación y el análisis arqueológico comparado de la estratigrafía de los pisos con la estratigrafía de los muros de la estructura de las diversas partes del edificio, la recuperación de las evidencias materiales que explican el uso social del Cuartel San Carlos desde finales del siglo XVIII y la vinculación de esta estructura militar con el proceso sociopolítico, militar y cultural venezolano que va desde finales de dicha centuria hasta las últimas décadas del siglo XX.

LECTURA SOCIOCULTURAL DEL REGISTRO ARQUEOLÓGICO DEL CUARTEL SAN CARLOS

Generalmente se ha sostenido que los resultados de las investigaciones arqueológicas conforman un importante referente para evaluar o “falsear” las propuestas de la historia documental, cuyos errores tendenciosos o afirmaciones sesgadas son inevitables cuando se usa este tipo de fuentes como único criterio de autoridad para construir la historia de una sociedad determinada. Como sabemos, las informaciones contenidas en los documentos escritos –y particularmente los administrativos– fueron elaboradas en su momento para ser consideradas por los superiores jerárquicos del funcionario colonial, reflejando así toda la carga de subjetividad que animaba en ese momento al autor del manuscrito. Una vez leídos, tales documentos pasaron a engrosar los archivos y sólo vuelven a ver la luz del día, generalmente siglos o décadas más tarde, cuando un investigador los requiere para su trabajo científico. Éste debe hacer la exégesis de su contenido. Contrastar el documento con los hechos históricos desvelados por la arqueología, significa contrastarlo con los significados y los significantes de la realidad material que rodeaban al autor del documento.

La formación del registro arqueológico, por el contrario, refleja la rutina de la vida cotidiana; representa en general, sin tendencias ni sesgos, lo que realmente ocurrió, no lo que alguien “dijo que ocurrió”. No obstante, la objetividad en el relevo del registro también está expuesta a la subjetividad del arqueólogo/a que excava, analiza e interpreta el dato arqueológico. Sin embargo, cuando se combinan ambas percepciones, el dato documental y el registro arqueológico, en el estudio de un mismo hecho histórico, como es el caso del Cuartel San Carlos, con el estudio de las condiciones geomorfológicas de la parcela y el análisis estructural y arquitectónico del monumento, los resultados de la investigación, del diagnóstico, se expresan con un alto potencial de coincidencia para narrar con un mayor grado de veracidad lo que realmente ocurrió en el pasado.

Con base al registro arqueológico pudimos, pues, verificar el registro escrito sobre los eventos sociales que decía ocurrieron en el Cuartel San Carlos, analizar las técnicas utilizadas por el constructor para colocar las fundaciones del edificio, las alteraciones topográficas inducidas en la parcela, el uso de sus diferentes espacios, los materiales de construcción utilizados, las fases constructivas que atestiguan la historia de la construcción y de las modificaciones, y las eventuales fallas estructurales del monumento.

La historiografía tradicional nos ha transmitido una imagen pobre y distorsionada del ejército venezolano durante el siglo XIX, retratándolo tan sólo como una montonera desorganizada y amorfa. No obstante, la investigación arqueológica del Cuartel San Carlos nos indica que, al menos para finales de ese siglo, en esa instalación militar funcionaba un servicio de logística, intendencia y talleres artesanales que producían

diversos componentes tales como kepis, calzado, botones y posiblemente uniformes militares, forjas donde se producían o reparaban las antiguas bayonetas de zócate con hoja de sección triangular, armas cortantes y de otros tipos, balas de plomo y aparentemente cartuchos y pólvora para fusiles de avancarga. Asimismo, se beneficiaban las reses de ganado cuya carne era consumida por el personal militar, en tanto que a partir de los huesos planos de vacuno, se confeccionaban botones para el uniforme de los soldados; de igual manera ya existía, al parecer, un servicio médico-sanitario. Una conclusión similar podría obtenerse del análisis del registro arqueológico del Reducto San Pablo, cuya historia propiamente militar comienza alrededor de 1590 y finaliza en 1876 con la construcción del Teatro Municipal sobre los muros del antiguo Reducto (Vargas Arenas *et alii*. 1998: 220-236).

EL REGISTRO ARQUEOLÓGICO

De todas las áreas del cuartel, la cuadra Este fue la menos intervenida por las reformas estructurales que impuso su conversión en presidio militar, y siempre se le utilizó como dormitorio de tropa, localización de la cocina, el comedor, despacho de oficiales y enfermería.

Por la razón anterior, los materiales arqueológicos recuperados en las excavaciones del Cuartel San Carlos provienen principalmente de la basura acumulada en los sectores 1:1 y 1:3 de la cuadra Este, relacionados con la utilización del edificio durante las últimas décadas del siglo XIX y comienzos del siglo XX.

El patrón de deposición de la basura y de los rellenos asociados con las diferentes fases constructivas difiere notablemente del hallado en los sitios de habitación contemporáneos de la ciudad de Caracas (Sanoja *et alii*. 1998, Vargas

Arenas *et alii*. 1998). Las fases de creación del espacio interno habitado se caracterizan por la superposición inmediata de pisos prácticamente sin rellenos intermedios, salvo en algunos casos como en el vano del sector 1:1, donde fue necesario igualar el nivel del piso original del siglo XVIII con el del corredor que rodea al patio, utilizando arcilla amarilla mezclada con basura arqueológica.

Al existir dentro del cuartel una jerarquización tan acentuada de las áreas de actividad, la dispersión de la basura parece haber sido mínima en relación a otros sitios arqueológicos de la ciudad de Caracas. Sólo en el caso del sector 1. 3. 2, la bóveda subterránea posiblemente reabierto en 1898, y luego sellada hasta su excavación por nosotros en 1998, pudo hallarse un importante depósito de basura del siglo XIX. El piso original de tierra apisonada de dicha estructura, sobre el cual descansa el depósito del siglo XIX, representa al parecer otra fase de deposición que podría corresponder al breve período 1790-1812 de la era.

Contrariamente a lo que sucede en las viviendas de carácter familiar, las iglesias, hospitales y demás estructuras que hemos investigado hasta la fecha, el Cuartel San Carlos, como es obvio suponer, estuvo habitado por una comunidad de individuos mayoritariamente del sexo masculino, vinculados por relaciones sociales coyunturales, compulsivas e institucionalizadas. La vida cotidiana de una unidad militar, particularmente aquélla que habitó el cuartel San Carlos en el siglo XIX, parece haber sido muy simple: la uniformidad y la simplicidad del vestido, de la alimentación y la adquisición de bienes de uso personal eran no sólo producto de la disciplina militar, sino del estilo de vida castrense de un ejército que todavía a finales del siglo XIX no contaba con una organización profesional.

Se puede inferir que más que una formación militar regular, el ejército venezolano de finales del siglo XIX semejaba una especie de milicia armada con un armamento diverso. Los soldados y clases que integraban el contingente eran campesinos o trabajadores pobres reclutados o prácticamente secuestrados en las redadas que rutinariamente organizaban los “jefes civiles” en las zonas rurales y urbanas, sin distinción de edad, quienes permanecían generalmente en el servicio contra su voluntad, hasta que sus superiores decidían darles de baja.

Existe un relato literario, *Young Man in Caracas* (Ybarra, 1941), donde el autor narra la vida de su padre, quien fuese comandante de armas tanto del Reducto San Pablo como del Cuartel San Carlos en el siglo XIX. Según aquella narrativa, los despachos de oficiales subalternos se concedían de manera graciosa a personas de la clase media o alta, generalmente sin experiencia militar, quienes usualmente no pernoctaban en los cuarteles sino en sus casas de habitación, es decir, que las prácticas sociales de la reproducción de su vida cotidiana, posiblemente no aportaban mucha cantidad de basura a la formación del registro arqueológico. Los oficiales superiores –coroneles y generales– eran en su mayoría líderes de partidos políticos, empresarios, hacendados y similares que se atribuían el grado militar a conveniencia, los cuales tampoco hacían generalmente vida de cuartel. La mayor parte de aquella milicia eran pues los ciudadanos pobres, generalmente reclutados mediante levass forzosas. Algunos de estos soldados–por su experiencia práctica– llegaban a ser sargentos u oficiales subalternos que eran denominados “troperos”. Los mismos, gracias su dedicación al entrenamiento y al comando del contingente de tropa, llegaban a constituir la espina dorsal de la milicia e incluso a ser investidos a veces con rangos de

oficiales superiores. Como resultado de lo anterior, la comunidad de individuos que formaba la tropa, los soldados rasos, los suboficiales y los oficiales subalternos, eran generalmente campesinos desarraigados de sus campos o bien trabajadores que provenían de los sectores más pobres de las zonas urbanas. Sus hábitos de vida no experimentaron, aparentemente, un cambio cualitativo significativo dentro del cuartel con la vida castrense, salvo por las formalidades disciplinarias y la vida reclusa dentro de sus cuatro muros.

Los soldados rasos venezolanos, hasta bien entrado el siglo XX, como ya dijimos, siguieron siendo reclutados a la fuerza en las comunidades campesinas o en los sectores urbanos pobres, formados dentro de una “cultura de la pobreza” donde no era costumbre poseer otros efectos personales que los útiles de trabajo, la cobija de dormir y la poca ropa que se pudiese llevar encima. Las pertenencias personales que hubiesen podido ser utilizadas en la reproducción y mantenimiento de la vida individual o colectiva eran, pues, prácticamente inexistentes. La utilización y almacenamiento en los cuarteles militares de útiles de cocina o vajilla de mesa tales como escudillas, calderos, ollas de barro, cuchillos, cucharones y demás (objetos todos los cuales aparecen en el registro arqueológico), eran parte de la reproducción social de la vida cotidiana cuartelera donde todos participaban por igual. Por otra parte, el acopio y procesamiento de los alimentos, la disposición de la basura, el acopio, cuidado y reparación de las armas, municiones, la reposición de los uniformes, del calzado y similares estaban determinados por una rutina que se desarrollaba también en espacios sociales jerarquizados, en la mayor parte de la cual no participaban sino determinados grupos de soldados por vez.

El aprendizaje del manejo de las armas y de las tácticas vernáculas de la guerra de guerrillas había sido, sobre todo para los campesinos venezolanos del siglo XIX, como parte de una suerte de ceremonia de iniciación en la vida adulta. Pasar del “chopo `e piedra” o mosquete de pedernal a los rifles de avancarga y a los fusiles con cartucho metálico, norteamericanos (Winchester) o alemanes (Mauser modelo 70) de finales del siglo XIX, de las tácticas de combate basadas en el concepto del enfrentamiento personal utilizando armas blancas, de la táctica de “un tiro y al machete” a la del combate en formaciones tácticas, no fue aparentemente muy difícil para los campesinos formados habitualmente en una tradición guerrera como montoneros o milicianos. Sin embargo, la vida de cuartel –como parece indicar el registro arqueológico– no hizo sino reforzar la situación de pobreza personal de los soldados de tropa.

Los oficiales provenían, en su mayoría, de la pequeña burguesía urbana o de la gran burguesía comercial o latifundista. Esta diferencia de clase se observa en el registro arqueológico del Cuartel San Carlos en la existencia de un acceso diferencial a determinados bienes de consumo expresado vía la diferencia en el tipo de calzado (alpargatas para los soldados, botas y zapatos para los oficiales), de vestimenta (botones artesanales de hueso para los uniformes de la tropa, metálicos, para los oficiales), la atención sanitaria (medicinas importadas de Francia, al parecer para los oficiales), bebidas alcohólicas (cerveza, vino y champaña, también para los oficiales), etc. Todo lo anterior nos indica que la diferencia jerárquica militar estaba doblada al mismo tiempo por una diferenciación de clase que se debe haber manifestado asimismo en los hábitos culturales.

La mayor parte de la muestra excavada proviene de depósitos arqueológicos de finales del siglo XIX. Es muy probable que, desde años anteriores, ya existiese un servicio para evacuar la basura fuera del recinto del cuartel, o que ésta fuese quemada, lo cual redundaría en el volumen de la basura acumulada en el registro. La presencia de numerosos huesos del ganado vacuno consumido por la tropa que presentan indicaciones de haber sido sometidos al fuego, parece atestiguar tanto la presencia de dicha práctica como la posibilidad de que la carne de res hubiese sido cocida al fuego abierto.

LA IMPORTANCIA SIMBÓLICA DEL CUARTEL SAN CARLOS: 1839-1914

Una hipótesis que explicaría la construcción de una base militar capaz de albergar gran cantidad de tropa y pertrechos, traídos incluso desde fuera de la Capitanía General, sería la prevención de un conflicto abierto con las otras potencias europeas, las cuales ya habían penetrado en el mar Caribe. Otra hipótesis complementaria, que explicase la construcción de una instalación militar como el Cuartel San Carlos, a todas luces desproporcionada con las dimensiones de la ciudad de Caracas en el siglo XVIII, sería la contingencia de movimientos independentistas auspiciados por la clase mantuana, como efectivamente ocurrió entre finales del siglo XVIII y comienzos del siglo XIX.

El régimen colonial había favorecido desde el siglo XVIII la formación de milicias de blancos y de pardos (mestizos). Un regimiento de artilleros y zapadores veteranos y sus oficiales, perteneciente a dichas milicias, fallecieron el 26 de marzo de 1812 a causa del terremoto que azotó Caracas en dicha fecha y ocasionó el derrumbe de la estructura del Cuartel San Carlos.

Un estudio de la estratigrafía de los muros de tapia indica que solo quedó en pie la base de los mismos hasta una altura aproximada de 1.20 m. Ello indica que toneladas de bahareque de las paredes, que parecen haber tenido unos 8 m de altura, así como los techos de tejas, aplastaron la casi totalidad de la tropa acantonada en el cuartel. Estas pérdidas humanas incidieron en la caída de la Primera República en el mismo año de 1812, ya que el ejército patriota necesitaba soldados profesionales que pudiesen apuntalar la tropa bisoña que conformaba la mayoría del ejército patriota.

La restauración de las ruinas del Cuartel San Carlos se completó alrededor de 1839, cuando el gobierno venezolano tomó la decisión de comenzar a construir el núcleo de una milicia profesional. A partir de 1870, se inició la restauración definitiva del monumento. Aquella fecha marca el inicio de la era guzmancista y la consolidación del Estado liberal burgués cuando el cuartel, con el asesoramiento de una misión militar alemana, asumió el papel de una escuela para entrenar tropas profesionales de la rama de artillería, incorporando modernos cañones Krupp de campaña así como los nuevos fusiles alemanes Mauser (Omaña, 1978). Posteriormente, en el siglo XX, se convirtió en un centro de intendencia y armamento que albergaba una parte importante del parque militar nacional.

Entre 1900 y 1914, durante el gobierno del General Cipriano Castro e inicios de la dictadura del General Juan V. Gómez, ocurrió una notable innovación tecnológica: la introducción en Venezuela de elementos constructivos como el cemento inglés Portland usado en lugar de la argamasa, y el uso de cabillas y vigas de acero para la construcción de estructuras de cemento armado. Ello se reflejó en la modernización de diversas partes del cuartel. Una capa de pisos de cemento sobre la

cual se observan *graffitis* fechados en 1914, capa que sobrevivió hasta 1998, recubrió buena parte de los antiguos pisos de tierra apisonada, de baldosas de barro y de linóleo inglés que datan de finales del siglo XIX, como una cápsula que encerraba restos arqueológicos de la época.

La significación simbólica de estructuras monumentales como el Cuartel San Carlos, cuya vida física se transporta a través de diferentes tiempos históricos, se transforma, se resemantiza según las diversas coyunturas históricas en las cuales están insertas. De esta manera, en la primera mitad del siglo XX, el Cuartel San Carlos sirvió de apoyo del poder burgués constituido particularmente por las dictaduras militares de Juan Vicente Gómez y Marcos Pérez Jiménez. La distribución espacial de los diferentes ambientes fue alterada con la intervención del gran patio central, donde se construyeron, en los inicios de la segunda Guerra Mundial alrededor de 1941, bunkers de concreto armado, a prueba de bombas en previsión de bombardeos por parte de submarinos alemanes que ya habían intentado atacar la refinería de la isla de Curazao, propiedad de la antigua Standard Oil, así como el vecino Puerto de La Guaira.

A partir de 1961, cuando se inició la insurrección armada de la izquierda venezolana, civil y militar, contra la dictadura civil del Pacto de Punto Fijo (alianza entre la social democracia, partido Acción Democrática, y el social cristiano, partido Copei), el Cuartel San Carlos se convirtió en un presidio militar donde fueron aprisionados muchos líderes de izquierda, oficiales, soldados y guerrilleros de las Fuerzas Armadas de Liberación Nacional (FALN).

Durante aquel período, que concluyó con la desafectación definitiva del monumento en 1998, se produjeron fuertes intervenciones del edificio original del siglo XVIII, particularmente el

vaciado de pisos de concreto armado en la crujía occidental, donde se hallaba la mayoría de los calabozos, para prevenir la fuga de los detenidos políticos cavando túneles que condujeran hacia el exterior del cuartel. Ello sepultó gran cantidad de evidencias arqueológicas del siglo XIX y del siglo XX. Una pequeña parte de la misma pudo ser recuperada excavando las cloacas y sumideros que confluían en el patio central, donde se hallaron materiales de la vida cotidiana de los presos políticos de los años sesenta.

A MANERA DE CONCLUSIONES:

EL CUARTEL SAN CARLOS Y LA POLÍTICA MILITAR VENEZOLANA

En la Arqueología Social Latinoamericana se señala que la investigación social en general y la arqueológica en particular se ubican dentro de lo que Manuel Gándara denomina la Posición Teórica integrada por 4 áreas: ontológica, epistemológica, metodológica y valorativa; en esta última se encuentran los supuestos valorativos, ético-políticos, los cuales determinan los objetivos cognitivos de la posición teórica que se sostiene. En nuestro caso, sostenemos la posición teórica marxista, donde no sólo se defiende una posición política sino que también ésta se explicita. En las investigaciones arqueológicas marxistas venezolanas, esos objetivos se vinculan con las metas de aquellos grupos sociales, hasta el presente excluidos y dominados, que luchan en Venezuela por su liberación.

El Proyecto San Carlos desarrollado en el marco de estas conceptualizaciones es un estudio sectorial que alude los orígenes de la actual Fuerza Armada Nacional Bolivariana (FANB) la cual comenzó, desde mediados del siglo XVIII, a jugar un papel importante en la vida política, al igual que ocurrió en casi todos los países latinoamericanos cuando comenzó a consolidarse la sociedad colonial clasista. Desde el

siglo XIX, hasta el presente, la mayoría de los oficiales, clases tropa reclutada eran y siguen siendo de extracción social popular, ejemplo de lo cual era el Comandante Hugo Chávez. Por esa tradición, en la Venezuela bolivariana actual el ejército es el pueblo en armas: la burguesía no es la única que accede a puestos de comando, de hecho es una minoría. Las academias militares pre-revolucionarias fueron un mecanismo de ascenso social para servir a los intereses de la burguesía comercial. Hoy, las universidades y tecnológicos militares forman profesionales de origen popular con conciencia social, en los diversos campos de la tecnología y la ciencia militar de última generación.

En el caso particular de Venezuela, el ejército desempeñó a comienzos del siglo XIX un papel protagónico en la independencia de Suramérica. Posteriormente, a lo largo del siglo XIX, asumió el liderazgo tanto en la política nacional como en la creación del Estado liberal burgués. En el siglo XX, el ejército fue el factor estabilizador que permitió la creación del moderno Estado nacional, integrado a la burguesía nacional y sus partidos reformistas y de la mano con el poder imperial de las transnacionales petroleras estadounidenses y angloholandesas. Debido a su antigua tradición popular, desde finales del siglo XX y ya en el siglo XXI, la Fuerza Armada Nacional Bolivariana, bajo la inspiración del Comandante Hugo Chávez, ha devenido en el soporte de la Revolución Bolivariana y del sistema de gobierno cívico-militar, nacionalista y antiimperialista.

En el Cuartel San Carlos se concreta gran parte de aquella historia militar venezolana, desde el siglo XVIII hasta el siglo XX cuando finalmente fue desafectado como edificación castrense. El Proyecto San Carlos de Arqueología del

Capitalismo recogió también las evidencias materiales que expresan su función final como cárcel militar que albergó a muchos de los dirigentes y guerrilleros de izquierda entre 1962 y 1980 y –posteriormente– a los oficiales y soldados que acompañaron al Comandante Chávez en la insurrección militar del 4 de febrero de 1992 y los de la rebelión del componente de la aviación ocurrida en noviembre del mismo año.

II REFLEXIONES SOBRE LA HISTORIA SOCIAL DE LA CARACAS ORIGINARIA

Mario Sanoja Obediente

Esta segunda parte de la obra recoge una selección de nuestras notas publicadas en el el diario Últimas Noticias durante los años 2017 y 2018. En ellas desarrollamos un análisis socio-cultural somero de las fases de la transformación urbana de la ciudad y de la manera cómo ellas se reflejaron en la historia social de la población caraqueña desde el siglo XVI hasta el presente; pensamos que estas notas pudiesen servir de referencia a nuestros estudiantes y colaboradores para desarrollar proyectos sectoriales de investigación en esos temas.

Tratamos de mostrar igualmente las diferentes temáticas sociales, culturales y económicas que podrían ser investigadas y ampliadas para comprender científicamente en toda su extensión, aquel proceso que le dio a nuestra ciudad su fisonomía histórica presente, particularmente vinculada con los procesos libertarios e independentistas de América Latina desde el siglo XVIII y, particularmente, con el actual proceso revolucionario bolivariano del siglo XXI.

1. CARACAS: LUGAR CENTRAL DEL ESTADO COLONIAL

En la Historia, los hechos no ocurren como mutaciones, sino como la consecuencia de procesos dialécticos que transforman la cantidad en calidad. En el siglo XVIII Venezuela era, sin duda, una colonia del imperio español, pero su historia social era diferente; por esta causa, las instituciones coloniales impuestas sobre la sociedad venezolana –y la caraqueña en particular– fueron interpretadas por la clase dominante, los mantuanos, en términos de sus propios intereses personales. Caracas había comenzado un proceso de conurbación con las poblaciones de los valles de Aragua y la cuenca del lago de Valencia, los valles costeros de Barlovento, los llanos centrales

y las provincias del norte de Los Andes. El fundamento de aquel proceso de conurbación fue el desarrollo de una economía de plantación basada principalmente en el cultivo de la caña de azúcar, el café y el cacao, así como de hatos ganaderos que extendían la influencia caraqueña hasta la ribera norte del río Orinoco. De esta manera, Caracas buscaba integrar su condición de lugar central político-administrativo y comercial con otras economías de rango más limitado que habían surgido en su periferia integrando lo que podría llamarse una “economía mundo”, esto es, un sistema económico que concierne solo a un fragmento del mundo, capaz de proveer la mayoría de sus necesidades y cuyas relaciones internas del intercambio le confieren cierta unidad orgánica.

La base social mayoritaria de la sociedad urbana caraqueña, *el Bravo Pueblo*, estaba formada por grupos humanos vinculados a la etnia y al Señorío Caribe que había dominado la región centro norte de Venezuela hasta 1568, región que ahora conformaba el territorio de la Provincia de Caracas cuya influencia también se extendía hacia el oriente, región que había sido igualmente parte del Señorío Caribe. No podemos olvidar que, contrariamente a lo que establecía la historiografía tradicional, los pueblos caribes toromaimas no abandonaron Caracas sino que siguieron viviendo tanto en el área urbana como en los pueblos y aldeas de su periferia, mestizados luego con los negro-venezolanos y los blancos.

2. EL PROCESO FUNDACIONAL DE CARACAS

La ciudad de Caracas fue fundada, según la historia oficial, el 25 de julio de 1568. No podemos olvidar, sin embargo, que como lugar histórico, la presencia central del valle de los caracas

antecede en varios siglos a la fundación de Diego de Losada. Las fechas calibradas de C14 indican dos sigmas o 95% de probabilidades de que la fecha esté entre 1425 y 1665 d.C., y un sigma calibrado con 68% de probabilidades de que la fecha fundacional de Caracas se encuentre entre 1450 y 1640 de nuestra era. El valle de los caracas ya estaba habitado por pueblos de filiación caribe el año 1315 d.C., y formaba parte del Gran Señorío Caribe de la costa centro norte de Venezuela con vinculaciones culturales directas con los pueblos caribes que ocupaban los valles de Aragua y las tierras en torno al lago de Valencia. La dispersión de los incipientes centros urbanos existentes hasta mediados del siglo XVI, evidenció la necesidad de fundar un enclave urbano colonial en el estratégico valle de los caracas que permitiese coordinar el intercambio mercantil y las actividades económicas y fiscales entre las diferentes provincias de la naciente colonia, particularmente la organización del tráfico marítimo con las rutas ultramarinas que la conectaban con los otros dominios españoles. Para ello era necesario crear un espacio centralizado de poder que fuese, al mismo tiempo, un puerto marino, como forma de controlar la recaudación de rentas para la hacienda pública colonial. Los centros urbanos coloniales formaban una periferia cuyo centro, el valle de los caracas, estaba habitado y férreamente controlado por una confederación de tribus caribes que los invasores castellanos sólo lograron reducir a mediados del siglo XVI. Luego del abandono del puerto de Borburata, debido a la amenaza de los piratas ingleses, la posibilidad de tener un puerto como el de La Guaira, vinculado a una posible ciudad en el valle caraqueño y protegido por montañas que formaban una fortificación natural, se revelaron como los objetivos obligados de una futura campaña de conquista militar. Una primera campaña fue emprendida por Francisco Fajardo, quien el 4

de octubre de 1559 o de 1560 fundó el pueblo de San Francisco a orillas de la quebrada Catuchecua, sobre la planta de una antigua aldea toromaima. Las tribus caribes expulsaron posteriormente a Fajardo del valle y le tocó a Diego de Losada refundar dicho pueblo el 25 de julio de 1567, el día del apóstol Santiago, como Santiago de León de Caracas, que existía conjuntamente con la Villa del Collado o de Nuestra Señora de Caraballeda fundada por Fajardo sobre las costas del mar caribe.

3. CARACAS DESPUÉS DE LOSADA: EL BARRIO INDOHISPANO SAN MAURICIO

La pequeña villa-campamento o castro fundado por Losada, adoptó hacia finales del siglo XVI, el ritmo de crecimiento urbano que habría de convertirla hacia finales del siglo XVII en una verdadera ciudad. El pequeño enclave citadino comenzó a crecer espacialmente, aglutinando una variedad de grupos humanos étnica y culturalmente diversos. Uno de los barrios periféricos al enclave mencionado era el barrio de San Mauricio. Como ocurre con la construcción del espacio urbano de cualquier ciudad, el espacio urbano caraqueño comenzó su expansión colonizando las antiguas poblaciones caribes toromaimas que habitaban el valle de Caracas desde por lo menos el siglo XIII de la era cristiana. La elite invasora española que conquistó el valle en 1568, tenía necesidad de contar con una mano de obra indígena dedicada al servicio del campamento inicial creado por Diego de Losada, dedicada a servir a aquella reducida población europea como trabajadores domésticos, arrieros, peones, artesanos, agricultores, criadores de las aves de corral y del ganado traído de España. Estos trabajadores nativos habitaban en barrios

periféricos al campamento inicial. Uno de ellos era el de San Mauricio, localizado posiblemente en el espacio delimitado por las actuales esquinas de Carmelitas y Llaguno, el cual contaba originalmente con su propia ermita, la de San Mauricio. Esta vecindad con el núcleo de aborígenes toromaimas fomentaba así mismo un proceso de transculturación y de integración de la sociedad indohispana compuesta por una clase minoritaria dominante, los invasores españoles, y una clase mayoritaria dominada, la comunidad indígena que vivía en torno al campamento inicial fundado por Losada. El barrio de servicio estaba posiblemente atravesado por uno de los caminos que conducía hacia el litoral cruzando la planicie de Catia y el valle de Tacagua. Es posible igualmente que en aquel barrio se hallasen también los corrales donde se guardaban la recuas de burros, carretas y animales de tiro manejados por los arrieros indígenas así como los depósitos de mercancías que eran llevadas hacia o traídas desde el litoral u otros poblados vecinos. Estas mercancías transportadas a lomo de bestia, eran pechadas por el Cabildo con impuestos mayores a los que pagaban los latifundistas, quienes a su vez controlaban dicho cuerpo edilicio. Las recuas de mulas y de burros eran tan importantes como los camiones y gandolas actuales; transportaban carga pesada; costales de maíz o de yuca, cacao, jarras de leche, papelón, costales de algodón, quesos, vasijas de barro, cordelería, etc. Los arrieros indígenas tenían que ser expertos conocedores de los itinerarios, del acomodo de la carga en las enjalmas para aprovechar al máximo la capacidad de carga de las bestias. Gracias a estos trabajadores indígenas se mantenía el flujo de mercancías y el aprovisionamiento de los mercados de los cuales dependía la reproducción de la vida cotidiana caraqueña.

En otras experiencias urbanas que estudiamos anteriormente, tal como la Vieja Santo Tomé de Guayana, el núcleo fundacional fue también, como en Caracas, una aldea indígena caribe de la etnia guayana que databa posiblemente de alrededor de 500 d.C., de la cual se desgajó -hacia el inicio del siglo XVIII un poblado vecino habitado por criollos y/o peninsulares, quedando la aldea indígena original como una especie de barrio periférico que le daba servicio al nuevo barrio criollo. De la misma manera, como vemos, el enclave originario de Caracas tuvo un barrio de servicio donde habitaban los indios caribes toromaimas que prestaban servicios domésticos como arrieros, artesanos, peones, etc. Este barrio tuvo su propia iglesia dedicada a San Mauricio hasta que, finalmente, como ya hemos visto, dicho santo fue trasladado por orden del cabildo eclesiástico a la ermita de San Sebastián que fue erigida en la villa-campamento. El barrio, sin embargo, siguió existiendo, ubicado entre las actuales esquinas de Carmelitas y Llaguno, sobre la margen izquierda de la quebrada Los Padrones que desembocaba en el río Carauta. Este barrio garantizaba el acceso a la mano de obra nativa, al mismo tiempo que actuaba como un espacio para fomentar sus procesos de transculturación e integración a la sociedad indohispana en proceso de formación, como el germen de la sociedad de clases donde la mano de obra indígena o de negros estaría sometida a la oligarquía urbana que habitaba el vecino enclave criollo-peninsular. Es probable que el barrio de San Mauricio albergase también corrales para las bestias de carga como los burros, que servían para el transporte de mercancías hacia o desde el puerto de La Guaira. Por esta razón el cabildo caraqueño pechaba a estos “transportistas” con impuestos que llegaban a ser mayores que los que pagaban los latifundistas que integraban dicho cabildo.

4. EL PROBLEMA DEL AGUA Y EL CRECIMIENTO URBANO CARAQUEÑO: LA PRIMERA CAJA DE AGUA

El crecimiento urbano de la Caracas del siglo XVI, estuvo mediado en buena parte por la necesidad de resolver el problema del abastecimiento de agua para la población, mediante el trazado de una red de aducción que sólo pudo ser concretada hacia finales del siglo XVII. Hasta aquel momento, el déficit de agua sólo podía ser remediado mediante los *aguateros* –posiblemente de origen indígena– quienes llevaban el agua en burros desde el río Catuche para venderla a quienes la podían pagar, de manera similar a los actuales camiones cisternas que abastecen las zonas de Caracas, y de otras ciudades, que por una u otra razón se quedan sin el precioso líquido. Las familias que no podían pagar aquel servicio, enviaban de noche a las mujeres a cargar agua en botijas en el lejano curso del río Catuche, de manera similar a las mujeres y niños de los barrios pobres caraqueños que hasta hace poco iban a cargar latas y cubos de agua en tomas públicas, subiendo y bajando cerros o escalinatas, para resolver sus necesidades cotidianas. La ineficacia del abastecimiento de agua afectaba igualmente a diversas pequeñas empresas que dependían de la fuerza hidráulica, como era el caso de los molinos que procesaban el trigo que se cultivaba en Chacao y en otras poblaciones aledañas a Caracas. Otros molinos establecidos aguas arriba del Catuche requerían, para la molienda, de la utilización de un volumen importante de agua del río que se restaba al consumo general de la población. Durante el siglo XVI, la fuente de agua más accesible a las familias caraqueñas era el riachuelo o quebrada de Catuchecua que bajaba por la actual esquina de Veroes hacia las actuales esquinas de Torre-Gradillas y seguía luego su curso hacia las vegas del Guaire. Para captar el agua

de esta quebrada se construyó una pequeña caja de agua en el solar que hoy pertenece a la llamada Casa Mendoza, entre las actuales esquinas de Veroes y Jesuitas.

5. CARACAS: EL ORIGEN DEL SANCOCHO CRIOLLO

Los primeros invasores europeos separados por miles de kilómetros del territorio donde habían transcurrido las primeras décadas de sus vidas, lejos de sus seres queridos, a quienes posiblemente nunca más volverían a ver, deben haber sentido inicialmente un profundo sentimiento de soledad. Los cronistas generalmente aluden al carácter aventurero de aquellos invasores, pero, prácticamente ninguno arroja luz sobre el sentimiento de desarraigo cultural que deben haber experimentado aquellos hombres y mujeres, colocados en un escenario, en un paisaje tan radicalmente diferente al de su tierra de origen. Esta diferencia no residía sólo en el paisaje y en las gentes indígenas cuya presencia física era difícil de radicar en el imaginario de los invasores. La supervivencia física, la búsqueda diaria de alimentos y de cobijo, debió haber sido una de sus grandes preocupaciones.

La gastronomía es una de las formas básicas de aculturación en cualquier sociedad. Las primeras formas de vasijas culinarias halladas en los sitios residenciales caraqueños son particularmente cuencos o tazones de alfarería nativa o bien cuencos de mayólica sevillana, la denominada científicamente como *Columbia Plain*. Ésta, muy utilizada entonces en la región del Caribe Insular, formaba parte probablemente del bagaje original de los invasores. La naturaleza de aquellos tazones nos remite a considerar que el tipo principal de alimento que consumían los primeros invasores castellanos en Caracas

estaba constituido por pucheros y guisos o sancochos. Ya hacia mediados del siglo XVI, los españoles debían haber cambiado sus austeras tradiciones culinarias por las exquisiteces de la gastronomía aborigen: guisos de carne de venado, de aves o de pescado adobados con frutos de plantas americanas, mazorcas de maíz, tomates, ajíes, yuca, ocumo, ñame; las arepas de maíz molido sobre piedras planas o de maíz tierno convertido en cachapas y cocidas en budares de barro. Mezclados con los pisos de tierra de las primeras viviendas hallamos vértebras y huesos de bagres provenientes de los ríos y quebradas caraqueñas, huesos de conejos y de lapas, de váquiros o cochinos de monte y venados y de aves de regular tamaño cuya carne, guisada, asada o hervida, debió formar parte de la dieta cotidiana de aquellos caraqueños originarios.

6. CARACAS: LA PROPUESTA URBANA DE JUAN DE PIMENTEL

La construcción de un acueducto para la ciudad de Caracas necesitaba de una cuadrícula urbana tal como había propuesto Juan de Pimentel en el año 1578. Para finales del siglo XVII, ya se habían establecido los tres principales ejes viales norte-sur por donde bajaban los ductos que distribuían el agua: el primero, al oeste, bajaba por la actual esquina de Altagracia y finalizaba en el reducto San Pablo; el segundo, al este, bajaba por la actual esquina de Veroes hasta la actual esquina de Camejo; en el medio de ambos el tercer eje vial bajaba desde la actual Santa Capilla, donde se hallaba el asentamiento originario del castro o villa-campamento de Losada, hasta las actuales esquinas de San Francisco y Pajaritos. Este tercer eje podría corresponder con la denominada

“Calle del Medio” o “Camino Real” que se menciona en diversas actas del cabildo de Caracas. Este momento parece corresponder con lo que podríamos llamar la fase de consolidación de la fundación de la ciudad de Santiago de León de Caracas, cuando fue posible llevar a cabo los trabajos de acondicionamiento necesarios para poner en práctica la propuesta urbana de Pimentel: Nivelar el terreno quebrado para crear un verdadero valle para lo cual había que nivelar las pendientes, rellenar los zanjones y los cauces de antiguas quebradas, trabajos que facilitarían el trazado de las calles en ángulo recto y la construcción de edificios más sólidos en las nuevas parcelas que se estaban creando en el casco histórico de la ciudad. Como muestran nuestras excavaciones arqueológicas en la Escuela José Ángel Lamas, los edificios que habían formado la antigua villa-campamento de Losada, particularmente las capillas y ermitas, comenzaron a ser modificados en función de las nuevas edificaciones que habrían de convertirse en el centro de la ciudad: La Iglesia Catedral y la Plaza Mayor, convirtiéndose aquella en una manzana cuyo uso estaba vinculado con las estructuras del nuevo centro de la ciudad caraqueña propuesto originalmente por Juan de Pimentel.

7. CARACAS: CAPITAL PROVINCIAL

Como explicamos en notas anteriores, la villa-campamento fundada originalmente por Diego de Losada casi había desaparecido para finales del siglo XVII. Las rústicas viviendas fueron reemplazadas por nuevas estructuras de habitación comunicadas con la Plaza Mayor por un sendero con piso de argamasa, acordes con la creciente complejización de la vida

urbana caraqueña. Caracas comenzó a convertirse en el lugar central de la vida económica, política y social de la Provincia o Gobernación de Venezuela. Los mantuanos caraqueños, dueños de plantaciones en los feraces valles de Aragua, en la cuenca del lago de Valencia o en los valles costeros de Barlovento, de hatos ganaderos y comercios, exigían disponer de un espacio para acopiar y mercadear sus productos, teniendo la posibilidad de exportarlos al exterior vía el Puerto de la Guaira. La clase mantuana comenzó a desarrollar una economía de plantación basada principalmente en el cultivo de la caña de azúcar, el cacao, el añil, el tabaco y, posteriormente, el café y de hatos ganaderos que profundizaban las vinculaciones de la región caraqueña con la región de los llanos centrales que se extendían hasta las riberas del Orinoco. Desde finales del siglo XVII, comienza Caracas, en su condición de centro político-administrativo y comercial, a integrarse con otras economías regionales de rango más limitado conformando una especie de mercado “nacional”. Debido a su condición de ciudad-puerto, Caracas estaba también vinculada por el comercio con la naciente economía capitalista que se estaba gestando en Europa Occidental, antecedente de la Primera Revolución Industrial que ocurriría en el siglo XVIII. La cadena de producción y distribución de bienes tanto locales como importados de Europa u de otras colonias españolas, propició la consolidación de un sector de intermediarios y comerciantes, de trabajadores asalariados y artesanos, de especialistas en el transporte de mercancías, papeles y personas, la producción de servicios personales, etc., que recayó en el sector mayoritario de indios y mestizos. Los negros y negras esclavizados siguieron obligados a entregar al amo su fuerza de trabajo a cambio de comida, techo y vestido.

8. CARACAS: DE LA IGLESIA DE SAN SEBASTIÁN A LA SANTA CAPILLA; 1595-1870

Todas las viejas ciudades crecen conservando la traza de su diseño urbano, que es expresión, espacialmente materializada, de su vida cotidiana. La vida cotidiana caraqueña de los siglos XVI y XVII tuvo un referente espacial que sirvió como punto central de la vida de los habitantes: la iglesia. Es por eso que, como veremos, el lugar ocupado por ella permanece estable a través de los siglos. La segunda ermita de la ciudad fue levantada en 1595, con muros de tapia, que arrancan de una verdugada de ladrillo, levantados sobre sillares confeccionados con grandes rocas naturales y apuntalados con contrafuertes colocados en cada uno de los ángulos. Ya para 1590 y 1597 existían tejares en Caracas, proceso de manufactura para el cual se debe haber aprovechado, –seguramente– los saberes y las experiencias de las alfareras indígenas. La planta de esta segunda ermita era, al parecer, rectangular, de 5x10 m (50 m²). Se trataba posiblemente de una edificación con techo a dos aguas. En el lugar que debía ocupar el altar mayor se había emplazado, al parecer, una cruz de madera. El piso estaba empedrado con guijarros de río. Un muro de tapia separaba el presbiterio de la sacristía, que servía seguramente de residencia de los curas, donde se guardaban los ornamentos, el aceite, las ostias, el vino de consagrar, el incienso, los hábitos, etc. En el piso de la sacristía se recuperó también una gran cantidad de loza doméstica de factura criolla, y huesos de mamíferos y de pescados, lo que parece demostrar que la sacristía se utilizaba también para cocinar y consumir las comidas. El atrio de la ermita estaba marcado por una gradería construida con lajas planas de piedra que continuaba con un piso empedrado hacia lo que debe haber sido la plaza de la pequeña villa, que servía tal vez de mercado o como espacio para los juegos de “toros y cañas”.

Nuestras investigaciones arqueológicas permiten indicar que la segunda ermita caraqueña fue destruida, parcial o totalmente, por un terremoto que habría sobrevenido en Caracas el año 1641. Al excavar el rellano de la puerta que comunicaba el presbiterio con la posible sacristía, notamos la distorsión que presentaban los ladrillos que la conformaban. Algunos estaban girados en un ángulo noroeste-suroeste, indicando muy posiblemente la orientación de las ondas telúricas, en tanto que otros estaban fracturados. En la excavación del piso de la ermita se localizaron fragmentos de mayólica sevillana Azul sobre Azul, cuya data de manufactura es de 1550-1630, y un sistema de percusión con pedernal de un mosquete. La fecha inicial de fabricación de este objeto en Francia se ubica entre 1550 y 1643, desplazando los antiguos arcabuces de mecha. Esta datación relativa tiende a confirmar la fecha de destrucción del monumento en 1641. El edificio de la nueva ermita, puesta bajo la advocación de San Sebastián y San Mauricio, se levantó sobre los cimientos de la anterior. Tenía muros de tapia; un presbiterio rectangular de mayores dimensiones, al menos de 80 ó 100 m², indicando que la población original de Caracas, en un siglo, debía haber aumentado alrededor de un tercio. Es posible que tuviese igualmente una sacristía, cuyos cimientos fueron destruidos con la construcción de la avenida Urdaneta cuando se le añadió a la Santa Capilla un anexo sobre su fachada sur, cuyas medidas corresponden *grosso modo* con el faltante de la iglesia II. La planta de la nueva iglesia tenía un piso de guijarros de río cubierto por una capa de tierra negra muy compacta que servía de soporte a un piso de argamasa. El techo a dos aguas descansaba sobre pilastras de madera que sostenían la cumbrera, colocadas sobre zapatas

de ladrillos tramados de 80x80cm. La base de cada viga de madera estaba protegida externamente por un refuerzo de ladrillos. La distancia entre cada viga era de 2.30 m.

La tercera iglesia fue demolida hacia el año 1734 para construir la cuarta iglesia, San Mauricio la cual, a diferencia de las anteriores, tenía tres naves. Durante la era guzmancista, esta iglesia fue demolida y sobre sus cimientos se edificó en 1870 la actual Santa Capilla. Debajo de esta, los muros de San Mauricio, recubiertos con arena, todavía existían en 1993. Al terminar de construirse en 1674 el edificio de la actual Iglesia Catedral así como la Plaza Mayor y el acueducto caraqueño, se creó un nuevo espacio urbano jerarquizado en torno a estas estructuras.

9. EL CONVENTO DE SAN FRANCISCO

Unas de las edificaciones más relevantes del casco histórico de Caracas son la actual Iglesia de San Francisco y el Palacio de las Academias, que fuesen anteriormente sedes del Convento de San Francisco y de la Universidad Central de Venezuela respectivamente. En la propuesta urbana de Pimentel de 1578, ya existía una parcela reservada para dicha iglesia y su convento; a juzgar por nuestras investigaciones arqueológicas dicha parcela parece haber sido originalmente también el asiento de una aldea o vivienda caribe toromaima. Una fecha de radiocarbón calibrada, Beta 95018, reveló una antigüedad para dicha vivienda de 620 ± 90 años antes del presente, posiblemente 1450 años d.C. La estructura del convento parece haber sido originalmente, al igual que las otras viviendas caraqueñas de ese momento, un caney con techo de palma o paja localizado sobre la parte alta de una barranca, la terraza alta del Guaire correspondiente a las antiguas esquinas de Pajaritos y La Palma. En 1587 los frailes

franciscanos contrataron la edificación de la nueva iglesia, posiblemente de tapia, la cual estaba ya terminada para inicios del siglo XVII. Es interesante notar que desde los inicios, los franciscanos parecen haber desarrollado actividades comerciales cuyas ganancias les permitían sufragar los gastos que ocasionaban el mantenimiento de la iglesia y el convento. Una de las actividades descolantes era, al parecer, la venta al detal de la carne de res. Todavía para 1883, los planos del convento, luego Universidad Central de Venezuela, indican la presencia de un “corral de la universidad”, utilizado seguramente para colocar las reses que eran traídas desde fuera de Caracas para ser beneficiadas y su carne vendida en el mercado de la plaza mayor. La excavación arqueológica del viejo convento puso al descubierto una gran aglomeración de huesos de vacuno que habían sido beneficiadas y destazada utilizando posiblemente machetes. La presencia de numerosos huesos de pescados, váquiros, cerdos y venados, asociados con grandes calderos de barro y budares, parecen indicar que el convento también tenía negocios de comida: preparación de chicharrones, carne asada, casabe, arepas, etc. donde participaban posiblemente mujeres caribes toromaimas. La identificación de los huesos de pescados y de escamas parece indicar que se trataba de bagres que todavía existían en río Caroata o en el Guaire. Algunos topónimos que aun se conservaban en la parroquia San Juan, la esquina de Pescador, podrían aludir a la presencia de personas o grupos de pescadores que se dedicaban a la pesca en los remansos del Caroata. Algunos fragmentos de alfarería caribe pintada de rojo, así como cuentas tubulares y discoidales de hueso similares a las utilizadas en los “quiteros” (sartas) aborígenes, halladas en las excavaciones arqueológicas, aluden a las que eran manufacturadas en diversos asentamientos caribes de la cuenca del lago de Valencia.

10. EL CONVENTO DE SAN FRANCISCO Y LA GASTRONOMÍA CARAQUEÑA ORIGINARIA

Al igual que las otras edificaciones de la ciudad de Caracas, la estructura originaria del el antiguo Convento de San Francisco era también un caney o una vivienda techada posiblemente con palma, localizada en lo alto de la barranca que formaba el límite sur de la terraza alta de río Guaire. El gobernador Luis de Rojas edificó en 1587 para los frailes franciscanos una vivienda, posiblemente de tapia, que remplazaba aquel antiguo caney o bohío. Ese lugar había sido previamente el asentamiento de una anterior vivienda caribe, cuya antigüedad es de 620 años +/- antes del presente, y podría corresponder con fechas iniciales de 1315, 1345 y 1420 años después de Cristo, que parecen indicar también la fecha de la gran expansión de la etnia caribe hacia el litoral centro-oriental de Venezuela. Un fogón localizado en el espacio donde se hallaba asentada la vivienda que servía de convento, contenía un gran caldero de barro similar a los metálicos que se utilizan hoy día para cocinar chicharrones, un gran budare para cocer tortas de casabe, una olla de barro de manufactura indígena que contenía huesos de pescado, asociados con una vasija de loza sevillana, lo cual nos da una idea del mestizaje tecnológico y cultural que caracterizaba la gastronomía de los frailes franciscanos. La presencia de poblaciones caribes está atestiguada por fragmentos de vasijas, diversas cuentas de collar similares a las obtenidas en muchos otros sitios arqueológicos caraqueños. Los restos de comida incluyen huesos de aves de gran tamaño, huesos de venados y de váquiros (*Tayassu tajacu*) y de lapas (*Dasyprocta agoutí*), lo cual nos da una idea del tipo de fauna silvestre que habitaba el valle de Caracas para finales del siglo XVI y de la actividad de caza que tenía como finalidad

la procura de proteínas para la dieta diaria de los frailes. La presencia de huesos y escamas de peces indican que la ingesta diaria de los habitantes del convento también incluía diversas especies de bagre que se pescaban, posiblemente, en ríos como el Caroata y el Guaire. Para siglos posteriores, el siglo XVIII, cuando ya el convento de San Francisco tenía una estructura sólida, como ya hemos dicho, en el patio trasero que daba hacia la pendiente que continuaba hasta las vegas del Guaire, existía al parecer un corral de ganado y un matadero de reses. Las ganancias obtenidas por el beneficio y la venta de carne de vacuno y de porcino constituían una de las fuentes de ingresos que compensaba los gastos que suponía el mantenimiento de la Orden.

La historia de Caracas tiende a olvidar el papel protagonista que jugaron las poblaciones caribes en el mantenimiento de la vida cotidiana de la población de la ciudad. Las mujeres indígenas caraqueñas fabricaban la vajilla utilitaria que se utilizaba en la cocina, mientras los hombres cazaban la fauna silvestre y pescaban en los ríos caraqueños los pescados que completaban la dieta diaria de los habitantes. Las tradiciones gastronómicas indígenas calaron muy hondo en los peninsulares y en criollos y llegaron a ser un componente importante de la cultura de mesa caraqueña.

11. EL CABILDO CARAQUEÑO Y EL CONTROL POLÍTICO PROVINCIAL

Así como el Consulado contribuyó a colocar bajo la autoridad caraqueña todas las otras provincias de la Capitanía General, tanto en lo militar como en lo económico, y al Intendente de Caracas como autoridad metropolitana, el Cabildo caraqueño, convertido en el órgano del poder de la nobleza

criolla sirvió, a partir del siglo XVII, para consolidar tanto su propiedad territorial agraria en el ámbito de la provincia como control de la propiedad territorial urbana. En este último renglón destaca, como hemos planteado en notas anteriores, la construcción en 1675 de un verdadero sistema de aducción de agua financiado por los mantuanos caraqueños y por la Iglesia Católica, el cual les permitió la apropiación de un bien de interés común que era sobre todo una forma de controlar políticamente la vida cotidiana de la comunidad caraqueña. El proceso de distribución, refleja la manera cómo actúan las leyes sociales. Así como en los siglos XVII y XVIII la nobleza mantuana utilizó la distribución del agua como un recurso estratégico para excluir a las personas de la clase no elitesca del disfrute del mismo, la burguesía caraqueña ha utilizado en distintos momentos de los siglos XX y XXI, su control sobre la distribución de bienes y servicios de primera necesidad para imponer su dominio político sobre la población y el Estado nacional venezolano. De aquella manera, el Cabildo favoreció el reforzamiento de la desigualdad social imponiendo medidas restrictivas, particularmente en la capacidad diferencial para el acceso a los cargos capitulares. Aunque la provisión de dichos cargos que permitían la injerencia en la gestión de los asuntos locales y regionales se hacía en subasta pública, sólo aquellos que tenían dinero podían esperar adjudicárselos, es decir, los miembros de la clase mantuana caraqueña. La hegemonía de del Cabildo caraqueño sobre los otros cabildos de la Provincia de Caracas quedó sancionada mediante Real Cédula del 2 de abril de 1676, en tanto que otra Real Cédula del 18 de septiembre de 1676 otorgaba a los alcaldes caraqueños el privilegio de ejercer el gobierno de la provincia cuando estuviese vacante la gobernación.

12. EL PRIMER ACUEDUCTO CARAQUEÑO: 1675

Como parte de nuestra excavación en la Escuela de Música José Ángel Lamas, pudimos estudiar arqueológicamente el perfil del cauce de la quebrada Catuchecuaio todavía visible en un corte estratigráfico practicado en el estacionamiento de la tienda Korda Modas, ubicada en la esquina de Veroes. Dicho estacionamiento se hallaba inundado por el agua que todavía fluía del cauce de dicha quebrada, de manera que pudimos notar que el mismo presentaba antiguas señales de azolvamiento y de obstrucción debido a botes de basura y escombros que deben haber disminuido su caudal de agua: ¡antigua costumbre de los caraqueños! Por aquella razón, en 1675 el Cabildo de Caracas propuso construir conductos subterráneos de cal y canto para llevar el agua directamente del río Catuche, así como una serie de pilas que permitiesen a la gente común aprovisionarse de líquido. Se ordenó, igualmente, construir una nueva caja de agua que pudiese represar una mayor cantidad de agua. Es probable que el nuevo reservorio se hubiese construido entre las actuales esquinas de Mercedes y Caja de Agua, unos doscientos metros al norte de la antigua tanquilla localizada en la actual Casa Mendoza. El diseño final del acueducto parece haber contemplado varios ductos que llevaban el agua hacia el sur; uno de ellos pasaba, posiblemente, por frente a la iglesia de Altagracia y llegaba hasta el Hospital Real cuyas ruinas las hallamos debajo del Teatro Municipal. Localizamos en la excavación de una tanquilla de Cantv, otro ducto superpuesto al curso del Catuchecuaio que bajaba hacia el sur por la actual esquina de Gradillas donde pudimos ubicar parte de su estructura de mampostería. Es posible que tal ducto terminase en la actual esquina de El Chorro. Como es posible observar hoy día, en esa esquina que marca en inicio de la pronunciada

pendiente donde termina la terraza alta del río Guaire, el chorro de agua sobrante debe haber formado una pequeña cascada para luego dirigirse hacia las orillas del Guaire pasando por las actuales esquinas de Bárcenas y Río, donde se hallaba la hacienda de la familia Bolívar. Los principales beneficiarios del nuevo acueducto fueron, pues, las viviendas de los mantuanos, las iglesias y los conventos que recibían agua directamente mediante una red de ductos transversales. Al interior de las viviendas, cada ducto se bifurcaba en forma de “Y” formando un patrón dendrítico que permitía llevar el agua a cada sector específico de las mismas.

III. LA CARACAS DEL SIGLO XVIII

La construcción de la Catedral de Caracas en 1674 y de la Plaza Mayor, hoy plaza Bolívar, y del primer acueducto, marcan el inicio de la primera reforma urbana inspirada en la propuesta de ciudad cuadriculada que hiciese Juan de Pimentel en 1578. La distribución de los solares fuera de la villa-campamento o castro levantado por Losada, sobre una antigua aldea toromaima que fue posiblemente también el asiento del fundo San Francisco establecido por Francisco Fajardo, era quizás muy dispersa. Para poder construir un acueducto que resolviese el problema del agua en Caracas captando el agua del Catuche, como finalmente decidió el Cabildo de la ciudad, era necesario reordenar los solares dentro de un espacio jerarquizado y cuadriculado como había propuesto Juan de Pimentel en el siglo XVI, como efectivamente se hizo. Dicha reforma permitió construir la red subterránea de conductos de mampostería que bajaban a lo largo de las calles principales, de los cuales salían las derivaciones que llevaban el agua a los solares de las familias acomodadas y a las pilas donde se surtía el pueblo llano. Aquella red de conductos o parte de la misma, parece haber continuado en uso hasta finales del siglo XIX, como atestiguan nuestras investigaciones arqueológicas en el casco urbano de Caracas.

1. EL ESTADO COLONIAL CARAQUEÑO: SIGLO XVIII (1)

La historiografía burguesa, de sesgo muy hispanista, ha tendido a considerar la existencia del proceso histórico estatal caraqueño antes de la Declaración de la Independencia el 5 de julio, como la simple extensión formal del centro imperial español. En el sistema capitalista, donde existe una relación de dominación y dependencia entre el Estado metropolitano y su periferia, ésta

tiende a organizarse no solamente como colonias, sino como Estados coloniales inducidos o conquistados cuya condición es de atraso material a favor del todo más desarrollado del sistema, el Estado metropolitano y a una declinación o estancamiento del todo menos desarrollado, la periferia. Esta relación dialéctica se origina por la distribución desigual de la riqueza que caracteriza a las situaciones coloniales o neocoloniales bajo el capitalismo. El progreso del todo más desarrollado de una economía es el reverso del menos desarrollado, lo que explica la declinación del imperio español desde el momento en que el Bravo Pueblo lanzó su grito de Independencia en Caracas. En este caso, ya para el siglo XVIII, los derechos de uso de la tierra, el control de la fuerza de trabajo y la producción agropecuaria que constituía la base del sistema económico, estaban restringidos a los miembros de las oligarquías sociales de la Provincia, cuyo núcleo agro-exportador más orgánico se hallaba en el binomio urbano-portuario Caracas-La Guaira, matizado por las características sociohistóricas del modo de vida colonial caraqueño, de la cultura y el sentimiento de etnicidad que comenzaba a manifestarse en esta formación clasista colonial. A través de las disposiciones administrativas tomadas por el Cabildo de Caracas, se concretó la expresión legal del poder de la oligarquía mantuana criolla sobre los “blancos de orilla” o pobres, los mestizos, indios y negros que formaban la clase dominada o subordinada. La estructura autoritaria del Estado colonial caraqueño nació antes que se formara una verdadera sociedad civil, basada en acuerdos y pactos entre los distintos actores sociales, que hubiesen podido reglamentar una vida social en común. Ello influyó en el proceso de toma de conciencia de la clase dominada de pardos, blancos pobres, negros libres o esclavos e indígenas de la Provincia de Caracas que condujo a rebelarse en 1814 contra la dominación de los criollos mantuanos.

2. EL ESTADO COLONIAL CARAQUEÑO, SIGLO XVIII (2)

El Estado colonial caraqueño alude a una sociedad periférica al Estado metropolitano español, en la cual los derechos de uso de la tierra, el control de la fuerza de trabajo y la producción agropecuaria, artesanal o industrial que constituyen la base del sistema económico, estaban restringidos a los miembros de los linajes u oligarquías sociales que se constituyeron a partir del núcleo inicial de conquistadores y colonizadores hispánicos. El Estado colonial caraqueño es impuesto legalmente como un desdoblamiento, como una representación jurídica del Estado Metropolitano. Sin embargo su expresión local, concreta, dependerá de las características del modo de vida colonial que desarrolle cada sociedad. Por ello, aunque se trate de ciudades coloniales o expresiones estatales en diferentes partes de hispanoamérica, el absolutismo característico del Estado metropolitano español tenía instituciones jurídicas que podían intervenir y regular la administración y la vida de sociedades virreinales como fue el caso de México, Colombia, Perú y Argentina, donde las poblaciones humanas estaban más concentradas y organizadas. En el caso de las Capitanías Generales, como sucedió con Venezuela, la administración colonial funcionaba de manera más laxa. En la Provincia de Caracas, la ciudad devino el centro de una red de satélites periféricos locales que canalizaban la extracción del *superavit* económico producido en cada uno de aquellos. El binomio urbano Caracas-La Guaira estaba articulado instrumentalmente con otros centros urbanos importantes como Valencia, Puerto Cabello, San Sebastián, San Carlos, Calabozo, etc. Gracias a las reformas inducidas por Carlos III sobre la política comercial de Indias, para finales del siglo XVIII la Provincia de Caracas ya había logrado consolidar en las Antillas no españolas un

mercado importante para sus productos aparte de sus mercados tradicionales en España y la Nueva España (México). Ello tuvo una gran importancia para los procesos independentistas que avanzarían los mantuanos caraqueños entre 1800 y 1810, ya que para ese período los pueblos y aldeas de la Provincia de Caracas se habían integrado como una extensa región geohistórica, como un sistema urbano interconectado. Tan eficiente era esta estructuración geo-territorial, que su forma de organización básica ha sobrevivido prácticamente sin cambios hasta la década de los años treinta del siglo pasado, cuando su estructura territorial fue modificada por el *boom* petrolero que alteró toda la estructura social, cultural, demográfica, económica y política heredada de la Colonia.

3. EL CUARTEL SAN CARLOS DE CARACAS: 1943

Para ir a mi escuela Jesús Muñoz Tébar el año de 1943, localizada entre las esquinas de Piñango y Torrero, yo tenía que caminar desde la esquina de Torrero, en La Pastora y bajar hacia el centro de Caracas, pasando frente al Cuartel San Carlos. En el ángulo este de su fachada había un viejo cañón del siglo XIX y, en la puerta del edificio, una hilera de soldaditos sentados en un largo banco de madera, formación que después supe se llamaba “la prevención”. Muy lejos estaba entonces de mi mente imaginar que cincuenta años más tarde me correspondería iniciar un proyecto arqueológico en dicho cuartel. Fundado en 1780, el Cuartel San Carlos fue la primera edificación urbana construida con fines exclusivamente militares. Destruído por el terremoto de 1812, la ruina de la enorme estructura comenzó a ser reconstruida a mediados del siglo XIX. En ese mismo siglo, se convirtió en la sede de la artillería venezolana, equipada

todavía con los antiguos cañones de avancarga. No es exagerado decir que el San Carlos fue el germen de la actual Fuerza Armada Nacional Bolivariana. Nuestras investigaciones pusieron de relieve la existencia de talleres de intendencia para fabricar uniformes, botones de hueso, kepis con visera de cuero, zapatos y alpargatas. La arqueología muestra cómo fue evolucionando el armamento desde los antiguos fusiles de chispa y las bayonetas inglesas hasta los winchester, los revólveres colt y, finalmente, hacia 1890, los mauseres alemanes modelo 70, con sus largas bayonetas tipo sable. En esa misma época se introdujeron los cañones de campaña Krupp. En el patio central del cuartel pudimos relevar la presencia de orificios donde se colocaban las brújulas utilizadas para guiar el tiro durante las prácticas hacia un punto que se denominaba “el tiro al blanco”, actual emplazamiento de ese barrio popular. Leyendo las crónicas escritas podemos saber que el batallón estaba integrado, en su mayoría, por pobres campesinos o trabajadores reclutados a la fuerza. Dentro de esa masa humana destacaban quienes posteriormente habrían de ser nombrados sargentos troperos. La alta oficialidad provenía en su mayor parte de la burguesía caraqueña, salvo algunos que habían recibido formación profesional. A partir de 1890, el San Carlos albergó una juventud militar profesional que comenzó a desarrollar el servicio de armamento y se constituyó en la espina dorsal del ejército venezolano. A partir de mediados del siglo XX, los avatares de la historia convirtieron el viejo edificio colonial en prisión militar y cárcel para los políticos civiles que se alzaron en armas contra el régimen adecopeyano de la IV República. Más de dos siglos de historia nacional están representados en el viejo caserón desahogado que bien podría convertirse en un museo de la historia cívico militar contemporánea de Venezuela.

4. CARACAS CAPITAL DE LA CAPITANÍA GENERAL DE VENEZUELA

Para finales del siglo XVIII, Caracas ya se había convertido en un espacio central comercial, político-administrativo, religioso, cultural, etc., lo cual determinaba su jerarquía sobre las otras provincias y mercados regionales de su periferia, así como su capacidad para controlar los recursos del mercado y el crecimiento de las fuerzas productivas. La Provincia de Caracas ya constituía, en nuestra opinión, lo que podríamos llamar un Estado colonial, condición que se concreta en la creación del Consulado de Caracas. El Consulado, fundado en 1793, era una especie de corporación, una Fedecámaras de la época, que tenía como finalidad crear y promover la riqueza en la Capitanía General, particularmente a través del fomento de la agricultura, el adelanto industrial y la expansión del comercio. El logro general de la política económica del Consulado, consistió en legitimar la preeminencia política de la oligarquía terrateniente agroexportadora caraqueña sobre los comerciantes y mercaderes locales y sobre –quizás– las de Maracaibo y Guayana que competían con la de Caracas para mantener su autonomía política y económica. El Consulado proporcionó a la oligarquía caraqueña una herramienta para crearse un gobierno propio, cuyos integrantes eran escogidos por los criollos mantuanos entre la gente de su misma clase en un acto público. Esta circunstancia contribuyó a colocar bajo la autoridad caraqueña todas las otras provincias tanto en lo militar como en lo económico y al Intendente de Caracas como autoridad metropolitana. Era posiblemente, el primer bosquejo del Estado nacional que sería decretado en 1811 bajo la guía, precisamente, de los mantuanos caraqueños. Desde el punto de vista formal Venezuela era en el siglo XVIII una colonia del

imperio español, pero desde la óptica del proceso sociohistórico venezolano, la sociedad caraqueña, en particular, era un pueblo mestizo, criollo, que daba su propia interpretación a las instituciones políticas que le habían sido impuestas por el Estado colonial español.

5. LA PLAZA MAYOR DE CARACAS

La decisión del Cabildo de Caracas de construir una Plaza Mayor frente al edificio de la Catedral de Caracas que estaba todavía en obras en 1674, señala el nacimiento del centro político, cultural y comercial de la ciudad de Caracas. Hasta entonces el comercio privado se ejercía directamente, por la mayor parte, entre el productor, el bodeguero y el consumidor o a través de vendedores ambulantes, casi todos de origen indígena, que ofertaban sus productos de casa en casa, actuando como el eslabón entre el campo y la ciudad. En el nuevo ordenamiento, la Plaza Mayor se transformó en el lugar central del nuevo territorio urbano y de la cadena de distribución de bienes de consumo cotidiano. A lo largo de esa cadena de distribución pasaban diferentes productos locales: granos, hortalizas, quesos, leche, carne, aves de corral, pescado fresco o salado, telas, chinchorros, cacharros de barro y loza importada, sal, papelón, cestos, sebo para hacer velas o utilizarlos como lubricante, botijuelas de aceite, de aguardiente, zapatos, “ropa perulera” (faldellines, faldas, rebozos, blusas, cintas etc.) que formaban parte de la vida cotidiana de los caraqueños/as. La construcción de la Plaza Mayor dotó a la ciudad de un espacio público abierto para las ferias y los mercados semanales. En este espacio público no solamente se encontraban los productores con los consumidores sino los productores y los

comerciantes entre sí, actuando como una primitiva bolsa de valores. Había una gran participación popular en el mercado de oferta y demanda tanto de bienes perecederos como de bienes de lujo cuyo precio final era fijado por el regateo entre el comerciante y el consumidor. En la Plaza Mayor se ofertaban igualmente comidas: arepas, empanadas, guisos de diferente clase, se jugaban juegos de azar, corridas de toros, peleas de gallo y se ofertaba quizás también dinero. La Plaza era también el lugar donde se ahorcaba a los delincuentes, lo cual era un espectáculo muy concurrido. Simbólica y materialmente, cristalizaba la diferenciación entre el espacio social producido por la burguesía mantuana y el espacio social concedido a la clase dominada.

6. SIGLO XVII: LA PROPIEDAD DE LA TIERRA CARAQUEÑA

Desde los inicios de la ciudad, el pequeño grupo de “padres fundadores” de la villa-campamento de Losada parece haber monopolizado durante 40 años la propiedad de la tierra urbana caraqueña. A inicios del siglo XVII instituciones como la Iglesia y algunos criollos poderosos que se habían enriquecido con la explotación de plantaciones y hatos ganaderos, comenzaron a reclamar tierras en propiedad dentro del espacio urbano caraqueño. En el caso de la Iglesia, ésta tenía como objetivo adquirir propiedades inmobiliarias cuyas rentas le permitieran financiar el traslado de la iglesia Catedral desde Coro hacia Caracas. De la misma manera, los plantadores y hateros que conformaban inicialmente la clase social hegemónica, comenzaron a construir su nicho de poder urbano. Ello tuvo que ver con el auge que comenzaron a experimentar desde el siglo

XVII, en el comercio mundial, bienes como las melazas que se empleaban para la producción de rones, el azúcar, el cacao, el tabaco y los cueros de ganado. El despegue de la Primera Revolución Industrial necesitaba abundancia de materias primas como los cueros, a partir de los cuales se confeccionaban las correas de rodamiento que transmitían el movimiento circular en las máquinas industriales de entonces. Ese comercio produjo una importante acumulación de capital fijo y de capital dinerario en la clase terrateniente, cuyas explotaciones agropecuarias se habían consolidado en torno al espacio urbano caraqueño, particularmente en los feraces valles de la cuenca del lago de Valencia. Ser dueños de solares en Caracas implicaba también la posibilidad de controlar el Cabildo y el poder político de toda la provincia, desplazando quizás a los “padres fundadores”, gente honorable, pero sin muchos medios de fortuna. Aquella segunda generación “de amos del valle” que era, por el contrario, propietaria de un importante poder económico, como fue el caso de la familia Bolívar, ya se había apropiado para finales del siglo XVIII de los solares con mayor valor económico dentro del casco histórico caraqueño.

7. LA OLIGARQUÍA CARAQUEÑA Y LA GUERRA DE INDEPENDENCIA

Para comienzos del siglo XIX, la oligarquía mantuana caraqueña había tomado conciencia de su gran poder económico, así como de las limitaciones que imponía la Compañía Guipuzcuana a su proceso de acumulación capitalista. Ello la hizo consciente de la posibilidad y de la necesidad de transformar el Estado colonial caraqueño –que ya existía *de facto*– en un *Estado Nacional de jure*. Debido a la concentración de riqueza que

existía en la Provincia, la oligarquía pudo constituirse como un Estado colonial caraqueño que se asumía como un poder hegemónico sobre las otras provincias que conformaban la Capitanía General de Venezuela. Como secuela de la invasión francesa al reino de España y el derrocamiento de la monarquía española, aquella oligarquía asumió en 1810 la dirección de la Junta Suprema de Venezuela, se declaró a Caracas como la capital de la nueva nación integrada por las provincias de Caracas, Barinas, Barcelona, Mérida, Trujillo, Cumaná y Margarita; las de Coro, Maracaibo y Guayana, no se sumaron en ese momento al pacto federal. Esta coyuntura le dio un carácter cruento y destructivo a la Guerra de Independencia, ya que las acciones bélicas ocurrieron mayormente en el territorio de la Provincia de Caracas. En 1810, el discurso político de los mantuanos caraqueños no extendía la autenticidad de la identidad venezolana hacia las y los indios, las y los pardos, las y los esclavizados negros y sus descendientes. Por esta razón la gesta emancipadora fue vista inicialmente por aquellos, como una empresa de los mantuanos caraqueños que se rebelaban contra España y los españoles peninsulares para fundar su propia república, un nuevo Estado que representase los intereses de la clase mantuana caraqueña. Fue por esta circunstancia que la Guerra de Independencia iniciada por los patriotas caraqueños se peleó al principio contra una revolución social *que no tenía nada que ver con el rey de España ni con el realismo*. Los mestizos, zambos, negros e indios que seguían a sus jefes mantuanos, se enfrentaban a sus iguales que seguían a Boves. En ambos casos, marchando por caminos enfrentados, el Bravo Pueblo Venezolano combatía fundamentalmente por alcanzar la libertad social que le habían confiscado por siglos los criollos caraqueños.

IV. CARACAS, SIGLO XIX

El siglo XIX caraqueño contempló el desvanecimiento definitivo del espacio urbano de la villa-campamento fundada por Losada, como producto de la reforma urbana iniciada hacia finales del siglo XVII y la puesta en efecto de la propuesta de ciudad cuadriculada que hiciese en el siglo XVI, Juan de Pimentel.

Uno de los aspectos fundamentales de este siglo, es la reforma modernista que puso en práctica Guzmán Blanco. Esta reforma representó el intento de poner al día tanto la cultura de la sociedad como la estructura física de la urbe caraqueña, en función del modelo europeo, en particular el parisino. Esta puesta al día también alteró en gran medida no sólo la materialidad urbana sino también las formas sociales caraqueñas, estimulando el desarrollo y la definición de la estructura de las clases sociales y su sujeción a las formas culturales imperiales. Ello trajo consigo también el fortalecimiento del neocolonialismo y la apertura de la economía nacional al capital extranjero, particularmente el estadounidense.

1. LA PROVINCIA DE CARACAS: TERRITORIO ESTRATÉGICO

Para los inicios de la Guerra de Independencia, el territorio de la Provincia de Caracas se extendía desde el litoral caribe hasta la ribera izquierda del río Orinoco. La mayor parte de la actividad bélica tuvo como principal escenario, precisamente, aquella región de los Llanos Centrales donde se hallaban los hatos ganaderos que formaban parte de la riqueza acumulada por la oligarquía caraqueña. Como ninguno de los ejércitos enfrentados por el control de la Provincia poseía una logística propia, los extensos rebaños de ganado vacuno y caballar así

como los sembradíos de yuca y de maíz convertían a los Llanos Centrales en una importante reserva estratégica de recursos de subsistencia disponible todo el año. De la misma manera, proporcionaban contingentes de combatientes entrenados en los fundamentos de la táctica militar: negros, zambos y mulatos, los llaneros, excelentes jinetes que poseían una gran resistencia física, diestros en el manejo de las armas blancas, rapidez de desplazamiento, capacidad para sobrevivir dentro de condiciones extremas de carencia de alimentos y animados por una gran lealtad a sus caudillos o jefes, primero a José Tomás Boves y luego a José Antonio Páez. Aquellas características fueron decisivas en las victorias logradas por Boves hasta el año 1814 y –posteriormente– al triunfo de la causa independentista liderada por los caraqueños. Aquellas inmensas llanuras centrales representaban –asimismo– la primera línea defensiva de la Provincia de Guayana que, hasta 1818, había sido la reserva estratégica de fuerza de trabajo, capitales dinerarios, producción agropecuaria, artesanal y metalúrgica en la cual se apoyaba el régimen colonial español para mantener el control del territorio venezolano. Por esa razón se libraron tantas e importantes batallas en sitios como La Puerta, estado Aragua, que era la entrada desde el norte a los llanos de Guárico, Apure y Monagas y el acceso desde el sur hacia los fértiles valles aragüeños donde se concentraban los grandes latifundios que eran propiedad de la clase mantuana caraqueña.

2. EL MARTIRIO DE CARACAS

Después de 1814, la actividad bélica de la Guerra de Independencia se trasladó hacia el sur del Orinoco. La victoriosa campaña de Guayana permitió a El Libertador Simón Bolívar

construir un espacio territorial que sirviese de apoyo político a la República. La ciudad de Angostura fue designada en esa coyuntura la capital de la República, desechándose Santo Tomé, la antigua capital provincial de Guayana. La actividad bélica de la gesta independentista se proyectó hacia el sur para liberar a Colombia, Ecuador, Perú y culminar con la fundación de Bolivia. Caracas, mientras tanto, permaneció bajo el yugo colonial hasta la victoria definitiva de la República en Carabobo el año 1821, cuando fue liberada por el ejército patriota. La ciudad devino la capital del Departamento Venezuela, formando parte de la Gran Colombia.

Después del terremoto de 1812, buena parte de las construcciones caraqueñas había permanecido en ruinas o estaban seriamente dañadas. La guerra colonial se había ensañado particularmente con la población caraqueña y una parte importante de la misma había perecido en los combates, asesinada por las huestes de Boves, dispersadas sobre toda la geografía de la región centro oriental de Venezuela o enviada al exilio en las Antillas e incluso hacia México. Las pérdidas en vidas humanas y en bienes, tanto en la Provincia como en la ciudad de Caracas, representaron un pasivo social y material difícil de superar por la destrucción del aparato productivo, particularmente en los grandes latifundios y la mano de obra campesina, que había sido el sostén de la economía regional. El transporte desde los llanos o desde el oriente de Venezuela de insumos como la carne y la sal o de productos como el café, el algodón, el cacao, el añil, los cueros de reses y la carne salada, destinados a ser exportados hacia las Antillas y Europa a través del puerto de La Guaira, sólo podía efectuarse a lomo de mula o por la vía acuática. En 1830, luego de la separación de la Gran Colombia y la creación de la República de Venezuela, en este país desprovisto

de todo desarrollo industrial, la burguesía caraqueña importadora, exportadora y usurera, se transformó en la clase social dominante, capaz de controlar al Estado e imponer su hegemonía política y cultural al resto de la población venezolana.

3. CARACAS Y LOS INICIOS DEL ESTADO NACIONAL VENEZOLANO

La designación de Caracas como capital de la Capitanía General de Venezuela y asiento de las principales instituciones políticas, representaba una delegación, como un desdoblamiento del poder metropolitano español que constituyó –de hecho– lo que hemos considerado como un Estado colonial burocrático provincial el cual integraba un sistema territorial de provincias, regiones y cabildos tutelado por la Provincia de Caracas. La formación de este Estado precedió necesariamente a su definición nacional; este hecho histórico condicionó y todavía continúa gravitando sobre la forma de participación sociopolítica de determinadas regiones venezolanas, particularmente las provincias de: Maracaibo, Coro y Guayana que no se plegaron al proceso histórico de independencia nacional que se abrió entre 1810 y 1812. Dichas regiones se habían planteado procesos de consolidación territorial, políticos y económicos alternativos al proyecto hegemónico que había preparado la elite mantuana caraqueña. En el caso de Guayana, la Orden Capuchina Catalana había iniciado desde finales del siglo XVIII, el desarrollo de un proyecto capitalista industrialista fundamentado en la agricultura, la ganadería, la minería del hierro y del oro, la metalurgia y la producción artesanal de bienes de consumo, capaz de producir una fuerte acumulación corporativa de capitales que fue luego fundamental para el establecimiento de

una base territorial estable para la República de Venezuela en Guayana. La Provincia de Maracaibo era, para el siglo XIX, el centro de un vasto circuito productivo y mercantil que integraba el norte de Colombia, la región andina venezolana y Las Antillas. Caracas era el centro de un vasto sistema agroexportador y de un mercado regional que abarcaba la región centro oriental de Venezuela, vinculado a la red trasatlántica de Sevilla, las Antillas Mayores y la fachada atlántico-mediterránea. Su punto débil era la extrema desigualdad social. Mientras que la minoría mantuana, el 0,5% de la población general, quería independizarse de España, el 99,5% de la misma quería, por el contrario, liberarse de la opresión de los mantuanos.

4. LA CARACAS DE GUZMÁN BLANCO. 1870

Como consecuencia del terrible terremoto de 1812, buena parte de las edificaciones de la ciudad de Caracas fueron destruidas. El año 1870, marca el inicio de su renovación urbana. Los avatares de la Guerra de Independencia y la pobreza general de recursos que siguió el final de la contienda, retardaron el proceso de reconstrucción. Según nuestras investigaciones arqueológicas, viviendas domésticas como la casa de Luisa Cáceres de Arismendi, ubicada en el centro de Caracas, sobre cuyos muros se construyó la actual Escuela Superior de Música José Ángel Lamas, fue restaurada alrededor de 1825. Esta fecha pudimos establecerla con base al hallazgo de una moneda de la época durante la excavación arqueológica de un relleno próximo a la fachada sur de la vivienda, la cual miraba hacia la Plaza Mayor. En aquel entonces, cuando los albañiles terminaban una obra acostumbraban el ritual de arrojar una moneda en el relleno del piso.

Una fase de restauración del Cuartel San Carlos, cuyas paredes de tapia se derrumbaron en 1812, ocurrió hacia mediados del siglo XIX con la finalidad de adaptarlo a las necesidades militares. En 1898, ocurrió una nueva fase de restauración datada por una moneda que fue arrojada en un relleno de la cuadra este de dicho cuartel. Todavía en 1870, las calles caraqueñas eran estrechas como en los tiempos coloniales y eran visibles aún las ruinas de muchas viviendas. Las calles eran de tierra en la periferia y empedradas hacia el centro de la ciudad; el centro de la calzada tenía una especie de canal para permitir la escorrentía de las aguas de lluvia. La mayor parte de las edificaciones eran de un solo piso, encaladas de blanco o pintadas con colores vivos, con techos de tejas rojas. Las casas de la gente de clase media tenían una, dos o tres ventanas, dependiendo del estatus económico de la familia. La puerta de la calle daba a un *zaguán* o vestíbulo, el cual conducía a un patio central, alrededor del cual se hallaban las habitaciones y el comedor. La cocina, localizada en la parte trasera de la vivienda junto con el baño, formaban el entorno familiar más íntimo.

5. LA REFORMA GUZMANCISTA DE CARACAS

Las formas históricas y la estructura del urbanismo han estado siempre determinadas por las formas de propiedad y el valor de la tierra sobre la cual se asientan las edificaciones que albergan a las comunidades humanas. El espacio urbano no constituye sólo una simple suma de lugares y localizaciones sino representa la compleja trama de las relaciones de poder y de las relaciones sociales de producción que se establecen entre los miembros de una comunidad en un momento histórico determinado. El año 1675 es un hito que marca la consolidación de la traza urbana caraqueña, particularmente el régimen de propiedad territorial y de

los recursos naturales estratégicos como el agua. La construcción de la primera red de acueductos obligó al rediseño de la retícula urbana; de la misma manera que la construcción del edificio de la Catedral, el diseño de la Plaza Mayor y de la Cárcel Pública representaron los referentes materiales de la arquitectura del poder colonial que duró hasta finales del siglo XIX. Las sociedades humanas son fenómenos socio-espaciales porque la vida social crea y necesariamente modifica el paisaje. El surgimiento del régimen republicano en 1830 no se había expresado simbólicamente en el espacio urbano. Por esa razón, bajo el gobierno de Guzmán Blanco, la Plaza Mayor se convierte entonces en el espacio central dominado por la figura de Simón Bolívar; los restos mortales de El Libertador dejan de estar subordinados al dominio de Iglesia para ocupar su espacio protagónico en el recién construido Panteón Nacional. Los grandes conventos y ciertos templos que ocupaban extensas porciones del espacio urbano central fueron destruidos o restaurados para dar paso a las edificaciones republicanas: el Congreso Federal, el Palacio de Gobierno, la Universidad Central, la Biblioteca Nacional, la Academia de la Lengua y el Teatro Guzmán Blanco, actual Teatro Municipal.

6. GUZMÁN Y EL RENACER DE CARACAS

En 1830, disuelta la Gran Colombia, Caracas se convirtió en la capital de la República de Venezuela. Para esos años, la ciudad era una urbe de pequeño tamaño, todavía agobiada por las secuelas del terremoto ocurrido en 1812. La población era escasa, con un alto índice de morbilidad infantil que frenaba su crecimiento vegetativo, con un nivel muy bajo de salud e higiene pública y un elevado grado de analfabetismo. La desigualdad

social se manifestaba en la existencia de una minoría letrada conformada por pequeños sectores de la burguesía comercial y latifundista y de la burocracia gubernamental, interesada en la música, la ópera, el teatro y los libros, que no tenía interés alguno en extender lo que llaman la “cultura culta” a los venezolanos y venezolanas que conformaban la abrumadora mayoría de la población venezolana y caraqueña en particular, generando así la existencia de una fractura clasista abismal entre la Caracas rica y la Caracas pobre, hecho que habría de propiciar más adelante situaciones de violencia social. El espacio urbano caraqueño había permanecido anclado a la ciudad del siglo XVIII, encajonada entre el río Guaire, el río Caroata y el río Anauco, anclada a la cuadrícula histórica dominada por la Iglesia Catedral, la Plaza Mayor, que fungía también como mercado público, el circo de toros, espacio para las fiestas populares y el cadalso para ajusticiar criminales o prisioneros políticos, así como a la extensa parcela ocupada por la iglesia y el Convento de San Francisco y por el convento de las Monjas Concepciones que sería utilizada luego como sede del Congreso Nacional. Dado que la ciudad fue construida sobre las estribaciones del Waraira Repano, la comunicación entre los diversos espacios territoriales que conformarían la gran urbe se veía dificultada por la falta de puentes que permitiesen a los transeúntes vadear los profundos zanjones y quebradas que cruzaban a Caracas de norte a sur, o los ríos que como el Guaire y el Caroata la atravesaban de oeste a este, sin hablar de la inexistencia de transportes públicos para desplazarse, no sólo en el reducido casco urbano, sino hacia las parroquias foráneas. El aislamiento interno de la población caraqueña se repetía en todos los estados municipios y cantones de la Venezuela que no hallaba todavía la ruta para transformarse en un verdadero Estado Nacional.

7. LA CARACAS DE GUZMÁN: RESCATE DE LA IMAGEN DE BOLÍVAR

Luego de la muerte de El Libertador Simón Bolívar el 27 de diciembre de 1830 y de la disolución de la Gran Colombia, el sueño del Libertador Simón Bolívar, los restos mortales del más grande hombre de América fueron sepultados en la Catedral de Santa Marta. Simón Bolívar en su testamento, manifestó su deseo de ser sepultado en Caracas, su ciudad natal, deseo que se hizo realidad 12 años más tarde cuando sus despojos mortales fueron repatriados a Venezuela. En 1842 fueron colocados en el panteón de la familia Bolívar en la Iglesia Catedral de Caracas. El reconocimiento de la figura de Simón Bolívar aparece como el tema central de la reforma urbana conocida como la Caracas de Guzmán, particularmente con la construcción de la Plaza Bolívar en el espacio antiguamente ocupado por la Plaza Mayor. Como recordaremos, la construcción de esta plaza, rodeada de arcadas, fue decretada por el Cabildo de Caracas como resultado de la construcción del edificio de la Catedral de Caracas. Originalmente la plaza había funcionado como espacio para diversas actividades tales como mercado, circo de toros y cadalso para ajusticiar criminales. En 1841, año del traslado a Caracas de los restos de El Libertador, la Plaza Mayor pasó a denominarse Plaza Bolívar, proscribiéndose posteriormente el uso de dicho espacio como mercado y ordenándose la demolición de la antiguas arcadas que lo circundaban. En 1872, Guzmán Blanco decidió su remodelación total dotándola con hermosos jardines y fuentes de agua y colocando en el centro de la plaza la estatua ecuestre en bronce de El Libertador –que hoy podemos contemplar y reverenciar– obra del escultor italiano Adamo Tadolini. El año 1874, el presidente Guzmán decretó la remodelación de

la antigua ermita de La Trinidad, que se transformó así en el Panteón Nacional, lugar que habría de ser, desde 1876, el sitio de reposo definitivo de los restos mortales de El Libertador Simón Bolívar. En 1879, el bolívar se decretó como moneda nacional; en el reverso, la moneda muestra la efigie de Bolívar diseñada por el grabador francés Albert Desirée Barre y en el anverso el escudo de armas de la República de Venezuela.

8. PARROQUIAS Y LA NOMENCLATURA URBANA

La nomenclatura urbana caraqueña todavía conservaba para 1878, el sistema de direcciones basado en los nombres de las esquinas. Las direcciones no tomaban en cuenta los nombres de las calles. Guzmán intentó también modernizar ese aspecto de la ciudad, introduciendo una nomenclatura lógica para las calles, adoptando el que estaba en uso para entonces en Nueva York, el cual daba a cada calle un número y una dirección, teniendo como punto central de referencia la Plaza Bolívar. Los caraqueños y caraqueñas hicieron caso omiso de la nueva nomenclatura y continuaron utilizando el antiguo sistema de las esquinas. Las denominaciones de las mismas se referían al nombre de ciertos edificios o al de las familias que los habían ocupado en algún momento, como por ejemplo la esquina de Torre (Catedral), El Chorro, las Gradillas, Santa Capilla, la esquina de El Conde (Ibarra), la esquina de Las Monjas, Cuartel Viejo, la esquina de El Cristo, esquina de Santa Teresa, Las Peláez, Las Carmelitas, Padre Sierra, etc. En otros casos, se referían al nombre de determinadas personalidades asociadas con la esquina: Doctor González, Doctor Paul, Isleños. Otras aludían a la asociación de nombres poco usuales como Horno Negro, Viento, Paraíso, La Pelota, Desamparados, Gobernador a El Muerto, Cristo a Rosario, La Gorda,

Mercaderes, Peligro a Pela el Ojo, etc. La Caracas de 1870 estaba integrada por seis parroquias: Catedral, la más extensa, Altagracia, La Candelaria, Santa Rosalía, San Pablo y San Juan. Según el primer censo nacional, Caracas contaba con 6.437 casas y estaba habitada por una población de 48.897 habitantes. Las parroquias del oeste, Altagracia, San Pablo y San Juan, tenían una población que representaba el 57.3% del total de la ciudad, en tanto que las parroquias del este, Catedral, Santa Rosalía y Candelaria sumaban el 42.7 de la población caraqueña. La parte central de la ciudad no había cambiado mucho desde la época colonial. El abastecimiento de agua para quienes no vivían en el casco central, habitado por las grandes familias mantuanas, se efectuaba mediante 22 fuentes públicas, mostrando así el nivel de desigualdad social existente en la Caracas de finales del siglo XIX.

9. LA CARACAS DE GUZMÁN: EL EDIFICIO DE EL CAPITOLIO

Hasta las décadas finales del siglo XIX, las instituciones políticas fundamentales del Estado venezolano habían estado funcionando en sedes improvisadas, lo cual les restaba majestad a sus acciones. Así, desde 1842, en el Congreso de la República tenía su sede en algunos locales que le habían sido concedidos en el antiguo convento de San Francisco, compartidos con la que devendría posteriormente la Universidad Central de Venezuela. Guzmán, estuvo consciente de la necesidad de dotar al Congreso de la República de una sede apropiada que al mismo tiempo sirviese como espacio oficial para otros órganos del Estado tales como la Corte Federal. El 11 de septiembre de 1872 se decretó la construcción del Capitolio Federal, un edificio integrado por cuatro componentes. Al sur del mismo se hallarían los hemiciclos

donde funcionarían las cámaras legislativas: la del Senado al oeste y la de Diputados al este. Otras secciones de la edificación fueron habilitadas como sede del Ejecutivo Nacional y de la Alta Corte Federal respectivamente. La construcción del edificio se llevó a cabo entre septiembre de 1872 y diciembre de 1877 a un costo de cuatro millones de bolívars utilizando materiales de construcción nacionales, aunque algunos de ellos como los cristales de los ventanales así como del mobiliario fueron traídos desde París. La construcción de la obra también fue acompañada por la remodelación de las calles aledañas tales como una plaza que separaba El Capitolio de la fachada del antiguo convento de San Francisco. Ésta, decorada con un estilo pseudogótico muy particular, pasaría a ser la sede de la Universidad Central de Venezuela. Al oeste de la Universidad, se construyó otro edificio que alojaría en 1875 la Gran Exposición Nacional, el cual serviría para mostrar la producción venezolana de bienes de consumo en aquella época.

10. LA CARACAS AFRANCESADA

La burguesía caraqueña de la era guzmancista, como veremos en adelante, trataba de imitar y seguir los estilos de vida europeos. Pero este hecho no ocurría solamente en Venezuela, ya que la influencia cultural de Europa era también muy fuerte en toda la América Latina. Ya desde las primeras décadas del siglo XIX, la acumulación de riquezas en las manos de las clases altas era utilizada en buena parte para financiar importaciones suntuarias y construir lujosas casas de habitación, mientras que los gobiernos, como fue el caso de Guzmán Blanco, construían boulevares y lujosos edificios públicos siguiendo los cánones arquitectónicos europeos; la burguesía, consumía vinos franceses, muebles ingleses, vajillas

de Sevres, etc.; los intelectuales y políticos, por su parte, absorbían el pensamiento positivista así como las ideas de progreso emanadas del pensamiento evolucionista social en boga en Europa, el cual buscaba legitimar la primacía colonial de las potencias europeas, particularmente de Francia, Inglaterra y Alemania. Simultáneamente, la influencia francesa, que era también muy fuerte en países como México y Argentina al igual que en Caracas, afectaba no solamente los estilos de vida lujosos sino los valores sociales de las clases altas y medias, permeando hacia la vida política, hacia los intelectuales y los científicos mediante la ideología del positivismo. Era tal su ansia de sentirse francés que el Presidente Guzmán Blanco gobernaba desde París, dejando en Caracas un encargado. En Bogotá, al igual que en Brasil, las clases altas hablaban francés, la educación francesa era el modelo a seguir, el vestido y los objetos de lujo venían de Francia. Hasta los uniformes militares eran copiados de los del ejército francés. Pero en Caracas la influencia francesa era más fuerte en las clases altas que en otros países de América Latina e incluso penetraba en las clases populares. Parecía existir una magia simpática según la cual si una persona se vestía a la francesa, tomaba vino francés, comía quesos franceses y aceptaba la civilización francesa, se convertiría en un francés o una francesa. El éxito social se asociaba a la identificación con patrones culturales externos tal como ocurriría después, en la era petrolera, con la cultura estadounidense mayamera.

11. CARACAS Y EL MODERNISMO GUZMANCISTA

El modernismo guzmancista, como observaremos, era fundamentalmente imitativo. En las décadas finales del siglo

XIX, París era el epítome de la modernidad; por tanto, si se quería modernizar a Caracas, ésta debía parecerse a París. Los guzmancistas de la clase alta querían imponer en la ciudad una manifestación superficial de la modernidad francesa, particularmente a nivel tecnológico, mejorando el aspecto físico de la ciudad, introduciendo los artículos de lujo y los refinamientos parisinos. La clase alta caraqueña pensaba que si aceptaban el estilo de vida francés, se convertiría en franceses: la ropa francesa, los quesos y el vino, las teorías educativas francesas, la arquitectura, los sistemas de comunicación (el cable francés). Pero en verdad, si bien querían vivir como franceses, no querían trabajar como tales. La modernidad francesa era un complejo de ideas e instituciones orgánicamente relacionadas con la estructura de la sociedad. Si los caraqueños de clase alta se querían parecer a París, tendrían que aceptar la introducción de las ideas radicales que se estaban desarrollando en Europa tales como el socialismo y el sindicalismo. Pero en verdad, sólo estaban interesados en la idea decimonónica del progreso social en tanto ésta no cambiase lo sustancial de la sociedad, de la política, de la economía y las estructuras ideológicas que les habían permitido hacerse dueños del poder y llevar una vida placentera y de lujo a costa de apropiarse del trabajo de la clase media y las clases populares. Cuando en 1895 los trabajadores se unieron por primera vez para exigir comida y trabajo, asumiendo su conciencia de clase, se desencadenó la represión policial y la prensa conservadora tronó contra el socialismo, al cual calificaban como una ignominia y una vergüenza para la sociedad. La clase alta caraqueña creía en la modernidad, siempre y cuando ella no amenazara su hegemonía sobre la sociedad venezolana.

12. LA NUEVA CLASE COMERCIAL Y LA MODERNIZACIÓN GUZMANCISTA

El aspecto más visible del proceso guzmancista de modernización de Caracas, fue la innovación tecnológica. Esta innovación ocurrió particularmente en la infraestructura de servicios útiles para los inversionistas y para una nueva clase de hombres de negocios, tales como la introducción del servicio telefónico, el telégrafo y el cable internacional. Los ferrocarriles tuvieron una importancia relativa ya que nunca llegaron a constituir una verdadera red estructurada a nivel nacional, por lo cual tuvieron poca incidencia en el desarrollo socioeconómico. En relación al crecimiento físico de la ciudad, el cambio se manifestó en los boulevares construidos alrededor del edificio del Capitolio Federal; luego de unas cuantas manzanas que marcaban la aparición de los suburbios de la ciudad, aparecían nuevos edificios públicos y las fachadas renovadas de algunos otros edificios. Sobresalían la nueva arquitectura del Palacio de Miraflores, la de la villa de Santa Inés, el parque del Calvario y la construcción del nuevo barrio residencial de la alta burguesía caraqueña: El Paraíso. En términos políticos, el guzmancismo consolidó la centralidad del poder en Caracas. Este período se caracterizó por la penetración en la nación y en Caracas, del capital extranjero y el liberalismo económico que practicaba la oligarquía gubernamental guzmancista. No existía, sin embargo, una estructura capitalista local propiamente dicha: el primer banco que realmente funcionó fue creado hacia finales del siglo XIX. La modernización social introdujo pocos cambios, excepto la construcción de la urbanización El Paraíso hacia finales del siglo XIX, expresión territorial de la nueva estructura clasista caraqueña, la cual marcó la consolidación de una nueva elite social que se incorporó a la antigua clase alta latifundista.

La concepción de las viviendas de aquel nuevo suburbio financiado y construido por la iniciativa privada de una nueva clase comercial, representaba una ruptura con el pasado urbano colonial caraqueño. Los palacetes de El Paraíso rompieron con la tradición de casas con patio central que pasaron a ser ocupadas por personas de una clase media emergente que no podían construir mansiones coloniales como las del centro de Caracas, pero que sí podían alquilar aquellas abandonadas por los burgueses que se habían mudado a El Paraíso.

13. CARACAS 1895: LA PARROQUIA EL PARAÍSO Y LA SOCIEDAD DE CLASES

La fundación de la parroquia El Paraíso como un suburbio de clase alta, entre 1895 y 1904, fue la continuación del proceso de modernización urbana que se inició con la Caracas guzmanista. Hasta ese momento dominaba todavía en la ciudad el clásico patrón residencial colonial de las elites sociales latinoamericanas, que consistía en construir sus viviendas cerca de la plaza central de la ciudad y donde se localizaba el centro del poder político. En Estados Unidos y en Europa, la tendencia residencial era, por el contrario, habitar en las zonas suburbanas. Una manifestación de esas influencias en la mentalidad de la clase alta caraqueña fue el primer movimiento migratorio de dicha clase para crear una zona residencial suburbana como El Paraíso y no volver más al viejo centro colonial, dejando las antiguas viviendas disponibles para otros usos sociales. El estilo euroamericano de las viviendas pasó de las casas señoriales coloniales de fachada simple y patios centrales, a los chalets con hermosas verandas y corredores techados alrededor de las viviendas, villas y palacetes. Construcciones ejemplares de este período son Villa

Zoila, construida en 1903 por el presidente Cipriano Castro en honor a su esposa Zoila Rosa de Castro, y el palacete de la familia Boulton, Quinta Las Acacias, que se comenzó a construir en 1901. El Paraíso albergó también instituciones educativas como el Colegio San José de Tarbes y el Instituto Pedagógico Nacional, así como también instituciones deportivas como el Estadio del Paraíso dedicado al fútbol y al atletismo, en un ambiente urbano de plazas, parques y amplias avenidas arboladas, muy diferente a las de la antigua Caracas Colonial.

14. 1890: LA CLASE MEDIA CARAQUEÑA (1)

El proceso de modernización urbana de Caracas que fue promovido por el presidente Guzmán Blanco, no se limitó solamente a inducir cambios en la materialidad de la traza urbana, sino también a estimular cambios notorios en la estructura de clases. El afrancesamiento de la burguesía caraqueña fue parte de un fenómeno cultural más extenso que se produjo de manera simultánea en muchos países de América Latina, quizás como un hito histórico que marcó la fase final del coloniaje español. Si bien los vínculos políticos, en nuestro caso, se rompieron en 1823, la impronta de la cultura hispana comenzó a borrarse hacia finales del siglo XIX, cuando Venezuela comenzó a ser neocolonizada por la cultura de los imperios europeos. Los valores sociales patriarcales de la burguesía, como hemos visto, aceptaban como normal que un hombre tuviese una o más familias producto de uniones concubinarias con mujeres de clase baja, “café con leche o negras”. Los hijos e hijas de dichas uniones, que no podían ser aceptados abiertamente en los hogares burgueses, ingresaban en una situación social privilegiada que les facilitaba, entre

otras cosas, el acceso al estudio, a la burocracia, al ejército, a los negocios del padre, convirtiéndose en parte de una clase media que trataba de copiar a la burguesía. Según el censo de 1891, la clase media caraqueña se estaba transformando en una clase ocupacional integrada por hombres con profesiones liberales, comerciantes, empleados públicos, maestros, fotógrafos, telegrafistas y artistas: músicos, cantantes, escultores, pintores, etc., entre otros oficios. La actividad profesional, comercial o política llegó a producir un proceso importante de acumulación de capital en determinados sectores de la clase media. Quizás por eso, en las parroquias caraqueñas de clase media como La Pastora y San José, se podían ver, hasta 1945, en una misma cuadra, hermosas casas con jardines en el frente alternando con casas menos ostentosas, de una o dos ventanas donde vivían familias de militares, de bodegueros, de empleados públicos o de comercios junto a casas de vecindad habitadas por gente pobre, reproduciendo la desigualdad social del sistema de clases dominado por la burguesía, por la llamada “gente decente” caraqueña.

15. CARACAS DE GUZMÁN: LA CLASE MEDIA CARAQUEÑA (2)

Hacia finales del siglo XIX comenzó a diseñarse el proceso de formación clasista de la sociedad caraqueña. La clase media emergente quería a toda costa parecerse a la clase alta, pero solamente lograba imitarla ya que carecía de suficiente dinero, de la sofisticación y el estilo de vida de aquella clase. Era posible ascender de la clase baja a la clase media si podía adquirirse un cierto capital, un nivel educativo, y aceptar un cambio de valores sociales (como por ejemplo aceptar el matrimonio legal),

lo que implicaba un cambio de estilo general de vida. Al parecer, parte de las personas de clase media provenían de hijos/as ilegítimos/as de los hombres de clase alta casados que habían formado familia con mujeres de clases bajas. La importancia que tenían los lazos familiares en la vida social caraqueña de clase alta impedían que la progenie ilegítima fuese relegada a la clase baja, pero, al mismo tiempo se dificultaba su aceptación en aquella clase. El estatus ocupacional de las personas de clase media fluctuaba entre empleados públicos, profesionales, comerciantes fotógrafos, artistas, artesanos enfermeras, maestros de escuela, telegrafistas, etc. El estilo de vida, la cultura clase mediera se expresaba también en el tipo de vivienda, el vestido y la comida que consumían las personas, diferente al de la de clase alta o la baja. Para los viajeros extranjeros que escribían sus impresiones sobre la sociedad caraqueña, era interesante comentar sobre el estilo de vida de la clase alta o sobre la pintoresca cultura de la clase baja que representaba el 90% de la fuerza de trabajo. La clase media, que no era ni pintoresca ni prominente, era generalmente ignorada.

16. 1891: EL ESTATUS ECONÓMICO DE LA CLASE MEDIA CARAQUEÑA

En estos tiempos de crisis económica y de guerra económica, es interesante echar una mirada hacia el pasado y conocer cuánto ganaban nuestros ancestros de la clase media y cuánto gastaban en comprar la comida diaria. El Censo Nacional de 1891, permite hacer una definición económica y ocupacional de la incipiente clase media caraqueña de finales del siglo XIX. La mayoría de los clasemedieros de entonces, se desempeñaban como empleados públicos. Tomando como referencia los

salarios que devengaban mensualmente los empleados del Concejo Municipal de Caracas, vemos que los peor pagados eran los maestros de las escuelas municipales: 112 Bs. Los mejor pagados eran los inspectores de mercados (400 Bs) y los contabilistas (500 Bs). Un buen salario promedio para una persona de clase media se situaba alrededor de (400 Bs) mensuales. De ese salario, 120 Bs. se destinaban al pago de alquileres de la vivienda, la compra de las botellas de kerosén para las lámparas que iluminaban la vivienda y los gastos en el colegio de los niños y niñas. El gasto del “diario” invertido en la compra de alimentos era de alrededor de Bs. 5, suficiente cantidad para adquirir lo necesario para el desayuno, el almuerzo y la cena. Un kilo de carne costaba 0,80 Bs.; un kilo de huesos y pellejos para el hervido: Bs 0,25; una libra de arroz: Bs. 0,30; dos libras de caraotas negras: Bs. 0,70; sal, pimienta, ajo y cebolla: Bs. 0,90; un par de huevos: Bs. 0,25; un kilo de papas: Bs. 0,30; aceite y vinagre: Bs. 0,25; pasta: Bs. 0,25; café: Bs. 0,15. Si sumamos el costo del alquiler de la vivienda y el gasto mensual en comida podemos obtener una inversión mensual de Bs. 270, monto que sólo podían pagar los empleados privilegiados. Por esa razón, la mayoría de las familias de clase media se veían obligadas a llevar sus objetos más preciados a las casas de empeño, para obtener una suma de dinero que les permitiese mostrar que no eran pobres y así “guardar” las apariencias ante los demás.

17. EL GUZMANCISMO: PROGRESO O IMITACIÓN

El concepto modernizador guzmancista introyectado en el imaginario de la sociedad caraqueña, era en buena parte imitativo. Para los caraqueños y caraqueñas, sobre todo los

de clase alta que vivían la parte final del siglo XIX, París era la representación viva de la modernidad. Los caraqueños y caraqueñas de clase alta creían vivir al estilo francés, pero Venezuela como un todo no trabajaba al estilo francés. Por eso, la modernidad caraqueña no podría desligarse del atraso que vivía el resto del país, situación que hacía remisos a los eventuales inversionistas extranjeros que podían invertir dinero e introducir nuevas empresas y métodos de trabajo. Para aquel momento, Venezuela no era considerada como poseedora de importantes recursos naturales como Bolivia que tenía estaño, o Perú que poseía el guano o nitratos y cobre como Chile, o trigo y ganado como Argentina y Uruguay o café como Brasil. Para solventar esas limitaciones, Guzmán ofreció a los inversionistas extranjeros jugosos contratos e instauró la centralización del poder en su persona. Sin embargo, la limitación más grave era la falta de educación y de preparación del pueblo venezolano para hacer frente a las tecnologías importadas de Europa para instalar ferrocarriles, tranvías eléctricos, iluminación de las calles, etc. Mientras mayor era la apariencia de modernidad en Caracas, mayor era la dependencia de Venezuela del resto del mundo. El progreso caraqueño se concentraba particularmente en las cuadras del centro de la ciudad donde vivían entonces las grandes familias burguesas y se concentraba el comercio. Fuera de esta área, servicios básicos como cloacas, agua corriente, iluminación, etc., no recibían mucha atención pública: Venezuela en el siglo XIX era todavía muy pobre para mantener un programa de modernización, así fuese en Caracas, porque carecía de capitales, y de la organización cultural y social de la población necesaria para lograr tales fines. Habría que esperar el auge petrolero y de su cultura del petróleo del siglo XX, para que la clase

media recién consolidada, particularmente el sector comercial importador ahora estrechamente vinculado a cultura y la economía imperial estadounidense, asumiese el control de la política nacional a través de partidos policlasistas reformistas como Acción Democrática, Unión Republicana Democrática y Copei. Estos partidos, aliados luego con el sector de oficiales profesionales clase media del ejército venezolano, la llamada “juventud militar”, la organización patronal Fedecámaras, desplazaron mediante el golpe militar del 18 de Octubre de 1945 las antiguas elites políticas culturalmente afrancesadas que habían constituido el bloque hegemónico de la sociedad venezolana desde el siglo XIX.

18. LAS PULPERÍAS CARAQUEÑAS

Hasta mediados del siglo XX existieron en Caracas fondos de comercio que expendían una gran diversidad de bienes destinados al consumo diario, accesibles a todos aquellos que los podían pagar. Las pulperías, como se les conocía, se hallaban localizadas generalmente en las esquinas de cada manzana, particularmente aquellas donde dominaba la población clase media. Un pulpero podía llegar a ofrecer bienes tan disímiles como alimentos en general, jamón de pierna, chorizos, quesos, mantequilla, casabe, alimentos enlatados, carne seca, papelón, azúcar moscabada, etc. En uno de los ángulos de las pulperías más grandes, había especie de botillerías donde se vendían licores al detal, particularmente caña blanca, ron, aguardientes preparados con hierbas y frutas maceradas y vinos españoles o franceses. Los pulperos eran comerciantes muy integrados con la comunidad parroquial; usualmente le fiaban a las familias

que no tenían efectivo para pagar las compras y les daban “ñapas”-regalos- a los clientes. Era usual que uno pidiera, una vez terminada la compra, una “ñapa” de queso o de papelón. Cuando la familia no tenía dinero, usualmente enviaban a un niño con la lista de pedidos al pulpero y él le decía: “...aquí le manda mi mamá la lista para que se la apunte”, usualmente una locha de caraotas, una locha de maíz pilado, una locha de mantequilla, medio de arroz, medio de queso, medio de mantequilla, etc. La compra diaria de una familia de clase media, no sobrepasaba los cinco bolívares, incluyendo, si era posible, dos bolívares de carne. El pulpero también daba créditos o “fiados,” para lo cual llevaba un cuaderno donde apuntaba la deuda que acumulaba cada familia, deuda que debía ser cancelada, sin intereses, por lo menos cada mes. Como las pulperías se hallaban localizadas en cada esquina de la manzana, el pulpero se relacionaba con una clientela regular que habitaba en la misma cuadra. En muchos casos, la familia del pulpero formaba parte de grupo de vecinos, por lo cual la pulpería y el pulpero mismo eran el centro de todos los chismes locales y el centro social de reunión de los vecinos.

19. GEOGRAFÍA ANTIGUA DEL BARRIO LA PASTORA

Mario Sanoja Obediente

Después del terremoto de 1812 que destruyó buena parte del casco histórico de la Caracas colonial, las familias damnificadas comenzaron el desarrollo urbano de un amplio sector de la escarpa sur del Waraira Repano al norte de la ciudad de Caracas, dando origen a una barriada de gente clase media. Esta parte estaba caracterizada por una extensa terraza fluvial,

la terraza superior del río Guaire donde se forma la cuenca de la quebrada Tinajitas o Quita Calzón, afluente del río Caroata que corría paralelo a la actual avenida Sucre. En la esquina de Tajamar podía apreciar, en mi niñez, la profundidad que debió haber tenido el cauce de aquella quebrada, rellena posiblemente hacia finales del siglo XIX para construir un amplio boulevard en pendiente delineado por las esquinas de Tajamar, Natividad y San Pascual, el cual empalmaba con la calle que subía hacia la Puerta de Caracas. Todavía en 1945 se podía ver cómo el profundo cauce de la quebrada Tinajitas o Quita Calzón se dirigía hacia el suroeste, curso marcado por las esquinas de Zapatero, Concordia, las Delicias, El Porvenir y Tinajitas por donde los muchachos de mi época descendíamos hasta llegar a la avenida Sucre para encontrarnos con las muchachas catieras. Al oeste de Tajamar, otra acusada pendiente demarcada por las esquinas de Mi Resuello, San Ruperto, Perú, Cristo al Revés y Vuelta del Casquillo comunicaba La Pastora con Catia pasando por los barrios de Manicomio y Lídice. Esa parte alta del suroeste de la parroquia La Pastora está dominada por una amplia cornisa donde existen las esquinas de San Ruperto, San Fernando, Centro y San Cristóbal que finalizaban en el abrupto farallón de Pagüita y el piedemonte formado por las esquinas de Agua Salud y Monte Piedad. Otra quebrada, Los Padrones, corría paralela a la de Tinajitas. Sobre la misma se construyó en 1775 el antiguo puente Carlos III y, más recientemente, el Puente Miraflores. Vestigios del cauce de dicha quebrada son las abruptas pendientes de las esquinas Los Amadores, Pineda, Cuartel Viejo, donde estuvo mi primera escuela, la Escuela Federal República del Brasil y Llaguno-Camino Nuevo donde estuvo mi segunda escuela, la Escuela Federal Jesús Muñoz Tébar. La quebrada finalizaba en

la actual plaza de El Silencio donde se unía con el río Caroata que descendía rumbo al sur a desembocar en El Guaire. Los referentes geohistóricos, como veremos, definían las subculturas caraqueñas. El torturado relieve del Barrio La Pastora se convirtió durante el siglo XX en el hogar de un pueblo que tenía una sorprendente alegría y musicalidad, de lo cual nos ocuparemos en una futura nota, alegría que fue cantada y alabada con las guarachas y los boleros que le compuso a Caracas y a La Pastora en particular, el famoso músico Billo Frómata.

20. MI PARROQUIA NATAL: SAN AGUSTÍN

Mario Sanoja Obediente

San Agustín del Sur es una parroquia donde el florecimiento y la práctica colectiva, particularmente de la música y la plástica, constituyen en la actualidad el elemento distintivo de la vida cotidiana local. La parroquia San Agustín constituía hasta inicios del siglo XX un área de sabanas donde se asentaban diversas haciendas que rodeaban a la ciudad de Caracas. En una de ellas, conocida como La Yerbera, se construyó posteriormente el estadio de beisbol del equipo Cervecería Caracas, cuna del moderno beisbol profesional venezolano. La parte sur de la parroquia está ocupada por un ramal de colinas del sistema montañoso de la Costa, que encierra con el Waraira Repano las sabanas de la ribera izquierda del Guaire que constituyen propiamente el llamado valle de Caracas. En aquellas montañas de San Agustín se asentaron las primeras barriadas populares de Caracas a finales del siglo XIX y a principios del siglo XX, conocidas luego como La Charneca, Hornos de Cal y El Mamón, cuyos pobladores eran inmigrantes rurales provenientes principalmente de los estados Miranda y Nueva Esparta. En 1917 se abrió el Nuevo Circo de

Caracas, una plaza de toros que luego funcionaría también como escenario de eventos musicales, políticos y culturales. En 1876 bajo el gobierno de Guzmán Blanco, se levantó un Puente de Hierro que cruzaba el río Guaire y se comenzó a constituir en la margen derecha de dicho río, San Agustín del Sur, a lo largo de la Calle Real de San Agustín, un área de viviendas estables organizadas en “pasajes” o especies de callejones peatonales numerados del 1 al 12, habitados por familias clase media. En 1920, por iniciativa privada se comenzó la construcción de la urbanización clase media El Conde en San Agustín del Norte cerca del Nuevo Circo. En 1970, se inició en la misma zona la construcción del vasto complejo urbanístico de Parque Central para familias clase media. En la urbanización denominada El Conde nació yo el 12 de septiembre de 1934, entre las esquinas de Junín y Zea. Esta es mi fecha real de nacimiento. Mi fecha oficial es 12 de octubre de 1934, debido a que yo nací luego de una racha de cuatro mujeres y mi padre, alegre por tener finalmente un hijo varón, se emparandó hasta el mes siguiente y me presentó en la Jefatura Civil un 12 de octubre de 1934. San Agustín continuó vinculada a mi familia. Mi hermana Sonia Sanoja, famosa internacionalmente como bailarina y coreógrafa de la Danza Moderna, estudió con Grichka Holguín en la Escuela de Danza de La Charneca. Más tarde, mi hijo Carlos Sanoja Vargas, hoy famoso músico jazzista, graduado en la Berklee School of Music, tocaría con el Afinque de Marín. Un amigo suyo, francés saxofonista de su banda de jazz que hoy vive en Marsella con su familia, habitaba en Marín y se casó con una chica del barrio, hoy ciudadana francesa. El carácter creativo de la población de San Agustín va de la mano con un profundo sentido de identidad parroquial que la destacan en el conjunto cultural caraqueño. Hoy día la gente, sobre todo la del sur de la parroquia, es profundamente chavista y revolucionaria.

21. CONSUMISMO Y RACISMO EN LA CARACAS DE GUZMÁN

La era política de Guzmán Blanco duró desde 1870 hasta 1887, pero los cambios que ella indujo en la cultura caraqueña se prolongaron hasta inicios del siglo XX, constituyendo el fundamento ideológico de la cultura del petróleo que se materializa a partir de 1935. La conducta afrancesada de la burguesía y de la clase media se reflejaba en el consumo suntuario de finas telas importadas de Francia y Europa en general. Las mujeres de la alta burguesía eran las principales consumidoras que utilizaban las telas para hacerse vistosos trajes con diseñadores y costureros franceses residenciados en Caracas, quienes cobraban altos precios por su trabajo. El buen vestir era considerado como un atributo de la clase burguesa. Para complacer el gusto de sus esposas e hijas y cumplir con las obligaciones sociales de la familia, los maridos tenían que hipotecar a veces sus propiedades o empeñar sus bienes en el llamado Monte de Piedad, las casas de empeño de la época. A tales casas de empeño llegaban todo tipo de objetos utilizados por la clase alta caraqueña: lujosos y grandes pianos, los ornamentos de ostentosos juegos de comedor, juegos de relucientes cubiertos de plata, relojes de plata, brazaletes de diamantes, collares de perlas, anillos de compromiso y hasta medallas de la sagrada imagen con sus cadenas de oro que una vez llegaron a rodear el fino cuello de una burguesa caraqueña. En el primer trimestre de 1905, las casas de empeño llegaron a pagar Bs. 73.134 solamente a cambio del empeño de joyas. El consumismo de la burguesía iba de la mano con un racismo acentuado que presumía que tanto la “gente de clase alta” como los grandes comerciantes eran casi “blancos puros”, en un país

racialmente mestizo como Venezuela. Las personas, particularmente las mujeres, con una piel “café con leche” eran poco toleradas socialmente. Los hombres con piel más leche que café que gozaban de una buena posición en el gobierno, eran tolerados, siempre y cuando no llevaran a sus esposas a las reuniones sociales. Los esposos de clase alta eran normalmente cuasibígamos, con una mujer e hijos “naturales” café o café con leche que se mantenían tolerados, pero alejados de la familia burguesa.

22. LA CARACAS DE GUZMÁN: LA MÚSICA DE LOS POBRES

Mario Sanoja Obediente

La miseria de los barrios pobres caraqueños era complementada con una actitud alegre de los hombres y mujeres que vivían en aquellas condiciones extremas, usualmente en ranchos con paredes de bahareque o de adobes con techo de palma. Los inmigrantes italianos participaban en las fiestas de la gente pobre donde tocaban sus acordeones y bailaban sus tarantelas, proporcionando mucha alegría a los y las participantes. La música era uno de los grandes placeres de la gente pobre. Incluso escenificaban su versión particular de las óperas que se montaban en el Teatro Municipal, utilizando los instrumentos musicales criollos. Algo similar ocurría con el Teatro del Maderero, donde se escenificaban obras de teatro picarescas conocidas como Las Jerusalemes, descritas por el humorista venezolano Nicanor Bolet Peraza, donde fungían como actores pulperos, vendedoras de empanadas, cocineras, obreros y artesanos y similares de la localidad. Para las fiestas algunos participantes llevaban guitarras, cuatros, arpas y maracas en tanto que

los cantantes improvisaban versos donde se hacía burla de algunos de los presentes. Los bailes más graciosos y alegres eran el joropo, el baile nacional, así como la *perica*, la *cochina* y el *papelón* que eran ritmos bailables muy parecidos a las guasas o merengues caraqueños. La música popular también incorporaba los ritmos de tambor negro-venezolanos desarrollados por los antiguos esclavizados barloventeños, particularmente en parroquias como la de San Juan. La música popular, la música creada e interpretada por la gente popular era rítmica y melódicamente compleja e innovadora. Los domingos, la gente de todas las clases sociales atendía la retreta en la Plaza Bolívar. Los sábados y los domingos, una vez que la gente de clase alta se retiraba de los restaurantes de Puente de Hierro, la gente popular, *la gente de bronce*, invadía los salones, bailando y bebiendo hasta la fatiga. Según mis recuerdos de infancia, mi padre me llevaba todos los domingos a la retreta de la Plaza Bolívar. Su director, Pedro Elías Gutierrez, era llanero como mi padre, músico y compadre. Algunos domingos al finalizar la retreta, mi padre y unos amigos se retiraban a una cervercería que quedaba frente a la plaza para “humedecer” las palabras o cenaban en un conocido restaurant ubicado en la esquina de Monjas, ángulo suroeste de la Plaza Bolívar.

23. LA CARACAS DE GUZMÁN: LA VIDA DE LA GENTE POBRE

La diferencia cultural entre la gran burguesía caraqueña, la pequeña burguesía o clase media y la clase popular se expresaba también en el atuendo y en el estilo de vida general. La gente de la clase popular, según los cronistas de la época,

destacaba tanto por su limpieza en el vestir como en sus viviendas. En los hombres el traje dominguero era impecablemente de color blanco compuesto por un pantalón y una camisa que se llevaba fuera del pantalón o una chaqueta de dril blanco, un sombrero de panamá y alpargatas o sandalias de cuero. Los niños y niñas, hasta que llegaban a la edad de ocho años, andaban desnudos y descalzos. Las niñas, al pasar de esa edad, vestían batas amplias; los varones, al llegar a la edad de 8 ó 10 años, se vestían con pantalones de dril blanco que llegaban hasta las rodillas, esperando llegar a los quince años de edad para alargárselos. En ese momento se cumplía lo que llamamos los antropólogos/as el rito de pasaje a la edad adulta, simbolizado por el alargamiento de los pantalones. Las mujeres se vestían con batas flotantes y largas, de mangas cortas y manufacturadas con telas de colores vivos y se cubrían la cabeza con largos mantos. El maquillaje de las mujeres, que eran mayormente de piel oscura o negra, consistía en el uso de polvos de arroz con los cuales cubrían el rostro y los brazos. El color ceniciento de la piel contrastaba con el rojo exagerado y brillante del pigmento que utilizaba para pintarse los labios y el colorete que se colocaba sobre las mejillas. La vivienda de la clase popular evidenciaba también la diferencia de estatus social entre aquellas familias que vivían en pequeñas casas con patio, muy estrechas, con una sola ventana y los que vivían en “casas de vecindad” o en ranchos. En la parte trasera de las casas estaba el gallinero, la cocina, el “excusado de hoyo” y el pequeño espacio cerrado que la gente utilizaba para darse el “baño de totuma”, es decir, la mitad de una calabaza utilizada para rociarse el cuerpo con agua.

24. 1888. LA POBREZA EN LA CARACAS DE GUZMÁN

La vida de los venezolanos y las venezolanas, particularmente de la mayoría pobre, estuvo caracterizada en el siglo XIX y luego durante el siglo XX, por policarencias sociales y sanitarias. En el siglo XIX el analfabetismo, el hambre y las enfermedades epidémicas como el paludismo y el cólera morbo diezmaban a la población venezolana. Según la opinión de los viajeros de la época, para finales del siglo XIX la vida en Caracas no era fácil, pero era singularmente dura para las clases populares. Entre la clase trabajadora se podía observar la miseria y las duras condiciones de vida, particularmente la dificultad de ganarse el sustento para vivir. La entrada a Caracas, vía el ferrocarril que venía de la Guaira y cruzaba a través de Catia y Agua Salud, mostraba una serie de aldeas con casas de techo de palma y paredes de adobe o bahareque localizadas en la profundidad de las hondonadas o en la pendiente de los cerros. Las calles era sucias y en ellas se mezclaban bandadas de niños desnudos o vestidos con harapos corriendo junto con gallinas, perros y cochinos que comían de los desechos que formaban grandes montañas de basura. El color de las casa era amarillento, tostadas por el intenso sol. Grandes polvaredas se levantaban en las calles, afectando los pulmones de las personas y cubriendo de polvo el interior de las viviendas. Las personas pobres que vivían en las parroquias céntricas caraqueñas y no podían darse el lujo de pagar el alquiler de una vivienda, habitaban en casas de vecindad, estrechos callejones divididos en cuartos o “piezas” donde vivían hacinadas familias completas en condiciones insalubres, generalmente una mujer y sus hijos quienes generalmente trabajaban a domicilio como lavanderas, planchadoras, servicios de adentro o como trabajadoras asalariadas en fábricas o negocios diversos.

25. CARACAS DE GUZMÁN: LAS HIJAS DE LA NOCHE Y DE LA POBREZA

En la periferia del esplendor de la sociedad caraqueña de finales del siglo XIX habitaban las mujeres que se dedicaban a la prostitución. Generalmente se trataba de jóvenes de condición humilde, sin educación formal, acuciadas por la injusticia social, que habían sido seducidas y luego abandonadas por un hombre y luego expulsadas del grupo familiar. En una sociedad patriarcal y prejuiciada como la caraqueña, una joven en esas condiciones difícilmente podía encontrar un trabajo honesto que le permitiera sobrevivir en su soledad. La triste “vida alegre” era la salida más fácil para muchas de esas jóvenes. Unas salían a recorrer las calles desde las primeras horas de la noche, buscando clientes a quienes posteriormente llevaban al burdel o casa de citas que les servía tanto de lugar de trabajo como de vivienda. Algunos burdeles más sofisticados mostraban a los pasantes el cuerpo de las muchachas a través de las ventanas de la casa. En algunas barriadas como sucedía en Catia, una de las llamadas “zonas de lenocinio” más conocida era la antigua Calle Real donde, hasta los años 40 del siglo XX los burdeles coexistían con las casas de familias, pero mostrando en su fachada un bombillo rojo que la identificaba como burdel o casa de citas. Por el contrario, las familias honestas identificaban su vivienda con un cartelito que rezaba: Casa de Familia. Los burdeles o *ma-biles*, como también se les llamaba, estaban dispersos por toda la ciudad. Las prostitutas, aún las jóvenes, mostraban un rostro envejecido prematuramente y un cuerpo azotado por enfermedades que iban desde las venéreas hasta la tuberculosis. Los “cuartos” donde vivían y trabajaban eran pequeños, de paredes desnudas, con imágenes de santos colocadas sobre una repisa alumbrada con velas; el mobiliario era un catre o un colchón,

una mesita de noche, dos sillas, una jarra de agua, un aguamanil y una ponchera de peltre para lavarse. El administrador del burdel era conocido como “el cabrón” o la “madama”, si era mujer. Todos los sirvientes eran homosexuales que cocinaban o salían a hacer el mercado. Generalmente los verdaderos dueños de la “cadenas” de burdeles eran hombres de la clase alta –quienes supuestamente provenían de familias honorables– quienes hacían fortunas explotando la miseria de aquellas mujeres pobres que la miseria forzaba a prostituirse.

26. NEMOTECNIA DE LAS ESQUINAS CARAQUEÑAS

Mario Sanoja Obediente

El territorio de la vieja Caracas estaba organizado desde el siglo XVII en cuadras que tenían 100 m por lado. La planta de la ciudad era una extensa retícula. La razón de dicha estructura territorial era poder organizar linealmente las redes de distribución del agua potable, las redes para evacuar las excretas y las aguas de lluvia. Dentro de la retícula urbana, cada esquina integraba los cuatro ángulos de las cuatro cuadrículas que coincidían en el mismo. Ello creó un sistema nemotécnico que sustentaba la memoria y la identidad histórica territorial de las y los caraqueños. Cada esquina tenía un nombre, un topónimo que correspondía a un personaje local, a una referencia material, a un hecho notable sucedido en el mismo, etc. Como la sucesión de esquinas en sentido norte sur o este oeste era constante, permitía a los peatones orientarse en sus caminatas para llegar a algún sitio mediante el aprendizaje nemotécnico del itinerario de esquinas en una dirección u otra. Si yo, por ejemplo, quería llegar a la esquina donde estaba mi escuela, sencillamente caminaba desde Dr. González

a Ceiba en sentido este; en dicha esquina doblaba una cuadra hacia el sur, esquina de Paraíso, donde doblaba a la izquierda siguiente hacia las esquinas de Pineda y Cuartel Viejo, donde se hallaba mi escuela. Cuando más tarde ingresé al Liceo Fermín Toro, sabía que tenía que caminar de Dr. González a Ceiba, de Ceiba en dirección sur hasta la esquina Paraíso y seguir derecho hasta la esquina de Miraflores donde se halla el Palacio Presidencial; de allí tomaba a la izquierda hasta la Esquina de Bolero; torcía allí a la derecha para bajar la empinada pendiente que me llevaba a la esquina de Camino Nuevo y seguir bajando hacia el sur hasta la esquina de Solís (donde fabricaban el famoso pan de Solís) y de allí hasta la próxima, Marcos Parra. Si quería acompañar hasta su casa a mi bella noviecita sanjuanera del salón 1A del Liceo Fermín Toro, caminábamos hacia el sur, a lo largo del Bloque 1 del Silencio, hasta la esquina de Angelitos, luego la de Jesús y finalmente la Plaza San Juan. En esa época, el padre de mi adorada, era un inmigrante italiano, comunista, zapatero remendón. Tenía su taller en el zaguán de la casa y como oficial de zapatería a un joven flaco y espigado que, con el tiempo, llegaría a ser secretario del buró político del Partido Comunista de Venezuela. Cuando yo iba por la noche a llevarle a mi padre, telegrafista, una vianda de comida para la cena, al llegar a la esquina de Miraflores doblaba hacia el este y atravesaba las esquinas de Bolero, Llaguno (donde estuvo la casa del Conde de Llaguno) y Carmelitas (donde estuvo un antiguo convento) hasta llegar a la de Santa Capilla. Allí se encontraba el vetusto caserón que servía de sede al Telégrafo Federal de Venezuela donde trabajaba mi padre. Allí me entretenía montando en las bicicletas que utilizaban los repartidores de telegramas, hasta que a las 10 de la noche cuando mi padre y yo rehacíamos juntos el

camino de regreso a casa. Cada caminata era un recordatorio de la historia local de la vieja Caracas.

27. GUZMÁN: LA MODERNIZACIÓN DE LAS UNIONES MATRIMONIALES

El proceso de modernización de la sociedad caraqueña que comenzó con la era guzmancista, ha sido referido generalmente a la actualización en la tecnología y a la infraestructura de servicios particularmente asociadas con los negocios tales como la red de teléfonos, la red telegráfica, el cable internacional y los ferrocarriles. En el caso del crecimiento urbano, el cambio infraestructural se manifestó en la construcción de boulevares alrededor de los grandes edificios federales, la construcción de un parque en la colina de El Calvario y la remodelación de fachadas de edificaciones importantes como la del convento de San Francisco que pasó a ser la sede la Universidad Central de Venezuela. Sin embargo, uno de los cambios menos celebrados es el ocurrido en el modelo de relaciones matrimoniales. Guzmán Blanco decretó en 1873 la instauración del matrimonio civil; con este decreto no solo se reducía el poder de la Iglesia Católica sino que también se institucionalizaba la intervención gubernamental en la vida cotidiana, reduciendo la alta tasa de ilegitimidad en las uniones maritales que existía para ese entonces. La instauración del matrimonio civil tuvo poca receptividad en las clases populares, aunque por el contrario tuvo más aceptación en la clase media. En 1874, los matrimonios civiles alcanzaban en esta clase una tasa de 40% y en 1908 llegaban a un 70% del total de las uniones matrimoniales. El matrimonio civil se fue convirtiendo en un componente importante de la cultura de la clase media. La

práctica de “sacarse” una muchacha y ponerse a vivir con ella en concubinato era considerada como un indicador cultural de la clase popular. De la misma manera, los hijos habidos en las uniones concubinarias eran considerados como “hijos naturales” que no llevaban generalmente el apellido del padre sino el de la madre. A partir de entonces ser “hijo o hija natural” en la clase media caraqueña, pasó a ser considerado como un estigma social.

28. LA CARACAS DE GUZMÁN: LOS INMIGRANTES DE ENTONCES (1895)

A finales del siglo XIX, la inmigración italiana estaba integrada principalmente por artesanos, vendedores ambulantes, músicos y demás provenientes del sur de Italia, quienes tocaban acordeón y erraban por las calles de la ciudad buscando trabajo. Los más buscados eran los acordeonistas que tocaban sus tarantelas con brío y animaban las fiestas en los barrios populares. Muchos adolescentes italianos se dedicaban al oficio callejero de lustrar zapatos en tanto que otros, adultos, se dedicaban a la venta de mercancías de puerta en puerta llevando sus productos en grandes cestas, particularmente los llamados “peroleros” que se dedicaban a la fabricación artesanal de envases de latón: embudos, cafeteras, ollas, lámparas rudimentarias, bacinillas, pocillos, etc., de donde viene quizás el dicho caraqueño: “más caliente que cachimbo ‘e lata”. Los italianos también practicaban el oficio callejero de amolar cuchillos y tijeras, anunciando su oficio mediante una especie de armónica que emitía sonidos muy peculiares. Por otra parte, en Caracas vivían también miles de isleños o canarios que se dedicaban a vender leche fresca y carbón de leña a domicilio. Ambas eran mercancías estratégicas, ya

que las amas de casa caraqueñas cocinaban con carbón de leña y no tenían posibilidad de obtener fácilmente leche fresca en las bodegas o lecherías. De igual manera los canarios se dedicaban a la venta callejera de frutas y verduras mediante carretas tiradas por mulas, convertidas en anaqueles para exponer los productos. En el comienzo de la calle real de Sabana Grande, frente a La Previsora, existió un amplio espacio, hoy transformado en gran edificio de apartamentos, donde los canarios fabricaban carbón de leña y guardaban sus animales de tiro. Hasta los años 40 del siglo XX, era visible en La Pastora la figura rechoncha y corpulenta del carbonero canario levantando con sus enormes manos costales de carbón de leña para depositarlos en la cocina de las viviendas, previo el saludo familiar: “¿cómo están los parientes?”

29. LA CULTURA DE LA POBREZA DEL OESTE CARAQUEÑO

Mario Sanoja Obediente

La cultura de la pobreza surgió como una estrategia de supervivencia en un sector de la sociedad del oeste caraqueño, marginado del estilo de vida opulento que comenzó a desarrollarse a partir de la consolidación de la economía rentista y su contraparte la cultura petrolera. Las relaciones sociales solidarias barriales fueron la principal defensa de aquellas poblaciones pobres contra sus rudas condiciones de existencia “en el cerro”: difícil acceso a la vivienda, ausencia de agua corriente, de luz eléctrica, de condiciones sanitarias... Personalmente tuve la suerte de poder apreciar de primera mano, durante la década de los años 40 del pasado siglo el significado de la solidaridad y reciprocidad humana entre iguales: compartir lo poco que se tenía era la seguridad de que lo que dabas hoy, en caso de necesidad, te sería retribuido mañana.

Las migraciones campesinas de mediados del siglo pasado tuvieron como destino los nuevos urbanismos construidos por la dictadura perezjimenista en el oeste de Caracas, particularmente el 23 de Enero (llamado antiguamente “2 de Diciembre”). Como estudiante de antropología y sociología de la UCV participé en 1956 en un proyecto de investigación cultural en dicho urbanismo para determinar los procesos de “aculturación” de la población “migrante” a las nuevas condiciones de vida en los superbloques (se trataba de campesinos/as que abandonaban las zonas rurales del campo y se iban a la ciudad buscando mejores condiciones de vida). Como no fueron preparados para aquel cambio cultural tan profundo, los migrantes campesinos estaban totalmente desorientados en su vida cotidiana. En las viviendas campesinas la gente hacía sus necesidades fisiológicas “en el monte” o bien en letrinas ubicadas en un pequeño rancho en el patio trasero, donde también había una lata de agua y una *totuma* (recipiente de calabaza) para bañarse. Estos rituales eran considerados como poco higiénicos y como parte de la vida íntima de cada persona, por lo cual no era bien visto hacerlos dentro de un apartamento. Muchas personas escogían defecar en la oscuras escaleras donde la gente poco transitaba y convertir los baños (wc+ducha) en gallineros o cuarto de trastos viejos. Igualmente, los rituales de cocina que tenían en la vivienda campesina un espacio reservado, ahora habría que hacerlos en un espacio lleno de humo y olor a fritangas donde la gente convivía y dormía. Ya para esas fechas, cuando la motocicleta comenzó a convertirse en instrumento de la vida cotidiana de la familia, los pocos que poseían una la subían en el ascensor hasta su piso y la “aparcaban” a la entrada del apartamento. Comenzaba la saga del 23 hacia la construcción de una poderosa cultura popular caraqueña y libertaria.

30. LOS “TURCOS” CARAQUEÑOS EN LA ERA DE GUZMÁN

Mario Sanoja Obediente

El estilo de vida de la Caracas guzmancista atrajo migrantes de distintos orígenes. Un grupo importante procedía de Palestina, particularmente del Líbano, el cual se apoderó del comercio en pequeña escala, incluyendo pulperías, y de las pequeñas industrias. Una de las razones que explica este proceso era el sentimiento de solidaridad que existía entre estos inmigrantes; aquellos que habían logrado hacer cierta fortuna, ayudaban a los otros a establecerse con préstamos de bajo interés sin más garantía que la palabra del que recibía el préstamo, a cambio de concesiones personales. Los libaneses, llamados “turcos” eran también vendedores ambulantes. Como pude verlos todavía en mi infancia, armados con una maleta que era una quincalla ambulante, repleta de cortes de telas importadas, cepillos dentales, libros escolares, rosarios, mantelería, etc. iban de puerta en puerta ofreciendo su mercancía, a señoras como mi madre todavía en 1940: “barchanta gompra tela buena bonita y barata”, pagadera mensual o semanalmente en dos o tres bolívars. Cuando una pobre “barchanta” no pagaba la suma estipulada, el vendedor la perseguía a todas partes, lo cual quedó como tema de un viejo merengue caraqueño: “ahí va la niña, ahí va, sin darse cuenta antes que lleva su turco atrás”. Cuando una persona le debía dinero a otra, el humor popular decía que llevaba su turco atrás. Los “turcos” eran fanáticos de los “centavos”. Llevaban sus cajas o maletas llenas de novedades incluso a las puertas de las iglesias. Vendían cualquier cosa, a cualquier hora. Las familias libanesas que vivían cerca de mi casa en el Callejón Carmona, se apiñaban en estrechos cuartos de viejas mansiones. Solíamos ir a ver las bellas adolescentes de

ojos claros, tocadas las cabezas con pañoletas, quienes riendo nos enseñaban malas palabras en árabe: “¡Hara, hara!” Las mujeres, desde niñas, eran protegidas para entregarlas vírgenes en matrimonio al finalizar la infancia, como garantía para las alianzas comerciales entre familias. Los hombres iban generalmente muy mal vestidos, usualmente con ropa y zapatos de segunda mano. Trabajaban sin cesar para acumular riqueza, viviendo económicamente, sin dispendio. Ello les permitió a varios transformarse con el tiempo en banqueros, comerciantes e industriales cuya progenie logró mezclarse con las grandes familias caraqueñas.

31. EL NACIMIENTO DE LA CULTURA CATIERA

La cultura, como la definimos en la obra de Iraida Vargas Arenas y Mario Sanoja *Historia, Identidad y Poder*, resume la totalidad de la actividad creadora, los modos de ser de todos los individuos de una sociedad concreta como producto de su historia. Incluso podemos hablar de la cultura que comparten los mismos miembros de una clase social, también de una cultura de aquellos que viven dentro de condiciones de pobreza, así como también podemos hablar de una cultura burguesa, la que tiende a identificarse solamente con una de las dimensiones de la cultura: las Bellas Artes. Cuando nombramos a la cultura catiera del oeste de Caracas, nos referimos a un modo específico de ser, de existir una comunidad dentro de la ciudad. Esta comunidad y su modo de ser comenzaron a gestarse, por lo menos, desde el siglo XIX cuando –luego del terremoto de 1812– buena parte de la población caraqueña sobreviviente comenzó a colonizar las sabanas que se hallaban sobre la escarpa sur del Waraira Repano. La Calle Real de

Catia, posteriormente renombrada Avenida Sucre, formaba parte de un camino que iba del centro de Caracas y continuaba hacia el litoral guaireño al mismo tiempo que constituía un eje urbano –paralelo al río Caroata– donde se concentraba buena parte de la población de la explanada de Catia. Dicho camino bajaba bordeando los valles como El Topo, Tacagua y Guaracarumbo hasta el puerto de La Guaira. Hacia mediados del siglo XIX, Catia era una ranchería periférica al núcleo urbano de Caracas, donde comenzaban a estructurarse barrios como Agua Salud y Alcabala de Catia, y centros artesanales para la producción de tejas, ladrillos, la curtiembre de cueros, aprovechando las aguas de la laguna de Catia, actual plaza de Catia, y posteriormente textilerías o hilanderías. En 1845 se terminó la carretera norte (trazado de la actual carretera Caracas-La Guaira), complementada luego con el ferrocarril Caracas-La Guaira, inaugurado en 1863. El ferrocarril tenía su estación central en Caño Amarillo, de donde salía otra estratégica vía férrea que comunicaba a Caracas con Antímano, Los Teques, Maracay y Valencia. Gracias a esta ubicación geoestratégica, hacia finales del siglo XIX Catia se estaba transformando en un enclave comercial-industrial por el cual circulaban las mercancías desembarcadas o a ser embarcadas en el puerto de La Guaira. La población catiera era en buena parte proletaria, mestiza o negra, con un componente exógeno minoritario. Su cultura, muy dinámica, estaba muy matizada por el carácter comercial-industrial de la naciente parroquia, donde destacaba particularmente una fuerte inclinación por la práctica de un deporte de origen gringo como el beisbol. Como decíamos en notas anteriores ésta es la base originaria que sirve de sustento a la poderosa cultura urbana que surge luego de la creación del núcleo urbano del 23 de Enero, construido en el antiguo barrio de Agua Salud.

32. 1890. LAS CASAS DE LA BURGUESÍA CARAQUEÑA Y SU CONVERSIÓN EN ESCUELAS PÚBLICAS

Mario Sanoja Obediente

Durante la primera mitad del siglo XX, la necesidad de contar con locales amplios que albergasen la creciente población estudiantil en escuelas primarias y en los liceos, consecuencia de la democratización de las políticas educativas, obligó al gobierno nacional a utilizar, para aquellos fines, las antiguas mansiones del centro de Caracas que habían sido abandonadas por sus dueños, las familias de la alta burguesía que migraban hacia el este de la ciudad para colonizar nuevos espacios urbanos. Para finales del siglo XIX y comienzos del XX años, las casas donde habitaban los miembros de la burguesía caraqueña se hallaban ubicadas, preferentemente, alrededor de la Plaza Bolívar, parroquia Catedral, en la parroquia Altagracia, en la parroquia Santa Rosalía y a lo largo de la calle Real de la parroquia La Candelaria. La distribución de la planta de la enorme mansión de la esquina de Cuartel Viejo, Catedral, donde funcionó hasta 1942 mi escuela primaria República del Brasil, vivienda que nos permite imaginar cómo habría sido durante sus años de esplendor. Al atravesar el arco del zaguán de mi escuela, el visitante llegaba a un gran patio con palmeras y rosales, jazmines, magnolias y matas de naranja, y en el centro una imponente y barroca fuente de bronce que expelía chorros de agua a través de diferentes caños. En las viviendas originales, el acabado de los muebles y en particular de los de las habitaciones era tan suntuoso y caro como los que existían en casas similares de los ricos de Nueva York o de Londres, de donde aquel mobiliario provenía. Alrededor del patio había amplios corredores cubiertos, pavimentados a veces con baldosas de mármol, cubiertas a su vez con alfombras persas. La

sala de la vivienda estaba usualmente amoblada con mecedoras, divanes turcos y cómodas butacas. En las paredes colgaban cuadros y grabados; colgando sobre una consola se colocaban grandes espejos, cuyos bordes dorados estaban adornados con rebuscadas figuras de ángeles. Uno similar conservamos hoy día en nuestra casa.

Una de las costumbres de la época, según las fuentes escritas del siglo XIX, era el uso del llamado aceite de Macassar usado para darle brillo a la cabellera de las personas. En nuestras excavaciones arqueológicas practicadas en la vivienda que fue de Luisa Cáceres de Arismendi cuyos restos se hallan bajo la actual Escuela Superior de Música José Ángel Lamas, recuperamos pequeñas botellas que tenían en relieve la marca Macassar, comprobando así la concordancia del dato arqueológico con el dato histórico documental. Para evitar que el aceite manchara la tela del respaldar o el brazo de los sofaes o butacas, los brazos y el cabezal de aquellos muebles de la sala eran recubiertos con pañitos tejidos denominados “*antimacassar*” para proteger la cubierta del mueble del roce con la piel o el pelo de la persona, costumbre que perduró en ciertas familias caraqueñas hasta la primera mitad del siglo XX. En ambos lados del sofá y de las butacas se colocaban escupideras de porcelana o de bronce, que respondían a un hábito inveterado sobre todo entre la población masculina popular caraqueña de entonces, de mascar la pasta de tabaco llamada *chimó*; en muchas oficinas públicas, hasta mediados del siglo XX se usaban igualmente escupideras, pero de peltre blanco. Había mesas sobre las cuales se colocaban figurinas y *bibelots* de loza, alrededor de una lámpara de kerosén que se encendía si fallaba la luz eléctrica. Esta costumbre de usar lámparas de kerosén, marca Coleman en la eventualidad que fallase la luz eléctrica, perduró hasta mediados del siglo XX.

En la sala de muchas casas, había un piano donde usualmente tocaban los niños o los señores de la casa; el amor por la música era visto como un signo de distinción. El corredor que bordeaba al patio central de las casas de la alta burguesía comunicaba con los amplios dormitorios y el comedor, la biblioteca y el salón de billar donde jugaban los caballeros. En un segundo patio se hallaba la cocina, la lavandería y las habitaciones de los sirvientes. Las visitas raramente pasaban de la sala al interior de la casa excepto si eran invitadas a hacerlo, forma de proteger la intimidad familiar de las miradas indiscretas. Muchos de los caserones del centro de Caracas abandonados por las familias de la alta burguesía, sufrieron el cambio de uso que los convirtió en sedes de escuelas primarias públicas o privadas sin sufrir una remodelación que las adaptase a la nueva función. De esta manera, la localización del primer grado de mi Escuela República del Brasil, donde yo estudié, se localizaba en la enorme sala comedor de la vieja mansión; el segundo grado, en la extensa sala de cuatro ventanas de la vivienda. En mi escuela Jesús Muñoz Tébar, el corredor aledaño a aquella enorme sala de recibo, albergaba la tarima de madera para los actos culturales. Mi cuarto grado ocupaba la importante sala comedor de la vieja mansión que conservaba todavía su romanilla con vitrales coloreados la cual la separaba del patio principal; una ventanilla comunicaba el comedor con la cocina aledaña, para entonces convertida en venta de golosinas para las y los alumnos. Las antiguas habitaciones de la servidumbre, en el segundo patio, pasaron a ser la sede del sexto grado. Un altillo construido sobre el antiguo comedor, ahora cuarto grado, servía de residencia al Br. Rojas, director de la escuela y a su familia.

33. CARACAS DE GUZMÁN: DISEÑO DE LA VIVIENDA CLASE MEDIA

Hablar de nuestra ciudad siempre evoca sentimientos encontrados, particularmente entre aquellos caraqueños y caraqueñas, que hoy son mayoría, quienes nunca llegaron a disfrutar la fase final de la tranquila ciudad que comenzó a ser reconstruida en el siglo XIX, luego que el terremoto de 1812 destruyese buena parte de la urbe. A partir de entonces, el proceso de reconstrucción de Caracas puso énfasis en el desarrollo urbano de las sabanas que existían al norte de la ciudad. Allí crecieron entonces barrios o parroquias como La Pastora y San José que albergaron la simiente de la futura clase media caraqueña. Todavía a inicios de la década de los años cuarenta del pasado siglo se conservaban viviendas de una sola planta que fueron parte de las originarias de La Pastora: una fachada simple con una ventana sin barrotes y un alero, un patio lleno de materos, un ala de la casa donde estaban las habitaciones, luego el comedor y la cocina y finalmente el baño. Debido a la escasez de agua que afectaba a la urbe en el siglo XIX, lo que dificultaba el uso de las regaderas en las duchas, frente a la puerta del baño existía a veces un espacio abierto donde la persona podía bañarse, sentada en una silla, utilizando una *totuma* o *pichagua* (la mitad de una calabaza) para mojarse el cuerpo antes de secarse al sol.

La utilización masiva de barrotes de hierro para las ventanas parece ser un elemento constructivo de finales del siglo XIX o comienzos del XX y podría indicar el surgimiento de una cierta inseguridad urbana; ello demandaba la existencia de herreros y talleres de herrería en un número suficiente como para satisfacer la demanda. Todo esto nos llevaría a considerar la vivienda caraqueña de finales del XIX y comienzos del XX, como indicador del surgimiento de la mentalidad de la naciente clase media caraqueña.

La necesidad de diseñar nuevas fachadas para la clase media en crecimiento, llevó a desarrollar los conceptos como “sala” y “recibo”, los cuales muestran un proceso de jerarquización de las relaciones de la familia con el entorno de dentro y de fuera de la vivienda: la ventana de la “sala” representaba el vínculo público con el mundo exterior, en tanto que “el recibo” acogía las manifestaciones íntimas de la vida familiar como por ejemplo los noviazgos. A lo interno, la vivienda tenía una estructura espacial que jerarquizaba linealmente las funciones de la vida cotidiana; luego del recibo y la sala venía el patio sobre el cual se abrían las habitaciones. Luego una romanilla de madera decorada con diseños en vidrios coloreados, separaba aquella área del comedor. Luego del comedor podían venir un segundo patio y habitaciones auxiliares o de servicio, el área de cocina y finalmente el baño. En ciertos casos como en La Pastora, aquella área comunicaba mediante una puerta con un corral poblado de vegetación salvaje. En el segundo patio a veces se construía un tanque para el agua, el cual permitía conservar el líquido vital y recoger agua de lluvia en caso de sequías prolongadas, las cuales eran comunes en aquellos tiempos. Este concepto de diseño interior de la vivienda clase media, parece haber influido en el de los edificios de apartamentos que comenzaron a ser construidos en Caracas alrededor de mediados del siglo XX, siguiendo las pautas que implantó el arquitecto Villanueva en la Urbanización El Silencio. En la década de los años cuarenta del pasado siglo algunas familias comenzaron a utilizar la sala para instalar pequeños negocios y las ventanas como vitrinas para mostrar las mercancías. Posteriormente, hacia finales de siglo, muchas de las antiguas ventanas fueron modificadas para convertirlas en puertas de locales comerciales.

34. CARACAS GUZMANCISTA: CASÁNDOSE EN CARACAS

Los ritos de cortejo y los matrimonios poco cambiaron desde la Caracas guzmacista hasta mediados del siglo XX, cuando se instaló con fuerza en nuestra sociedad la cultura del petróleo. En las familias de clase alta, donde se practicaba una endogamia entre las familias de alcurnia, los muchachos y las muchachas se conocían desde niños, participaban en fiestas, se veían en la retreta dominical en la plaza Bolívar, en la misa y en las procesiones de Semana Santa. El joven atraído por la mujer de sus sueños, le enviaría a su Dulcinea una postal mostrando un corazón sangrante flechado por Cupido, un poema, una carta confesando su amor y suplicando que le enviase un mechón de sus cabellos. La enamorada le enviaría una carta diciéndole; “lo pensaré”. El enamorado rondaría la ventana de la amada hasta entablar una conversación con ella y conseguir que lo dejase pasar para adentro y hablar con su padre para pedir su mano. Si era aceptado, sentaban al pretendiente y a la pretendida en el recibo, usualmente en duros e incómodos muebles de caoba llamados de “paleta”, no como novio sino como amigo, vigilados por una chaperona hasta que se concretara la ceremonia y festejo de intercambio de aros de compromiso. Tanto en las familias de clase alta como en las de clase media, el próximo paso era el matrimonio civil y el religioso. En las clases populares un hombre podía cortejar a la mujer de sus sueños, de forma más casual. Tanto en el siglo XIX como a inicios del XX, se practicaba usualmente la unión consensual entre hombres y mujeres que decidían vivir juntos como marido y mujer. Las parejas tenían más posibilidad de romper su unión, particularmente si la mujer consideraba que ella le daría al hombre el derecho de maltratarla o si el hombre se cansaba de vivir con su compañera. Las uniones consensuales, menos sujetas a tensiones, generalmente eran más duraderas.

35. LA MÚSICA EN LA CARACAS DE GUZMÁN

El baile y la música en general, siempre ha sido una de las actividades recreativas más importante de los venezolanos de todas las clases sociales, particularmente de los caraqueños y caraqueñas. En Caracas existió para aquella época una relativa abundancia de pianos, tanto en los hogares de la alta burguesía como en los de la clase media. A las mujeres sólo se les permitía entonces aprender los rudimentos de la lectura y la escritura, por lo cual no permanecían mucho tiempo en las escuelas primarias. Por esta razón, muchas jóvenes se dedicaban a tomar lecciones particulares de música y piano en sus hogares y animaban las veladas familiares. Algunas familias de la clase alta crearon centros de reunión familiar dedicados al arte donde actuaban desde los conjuntos infantiles, pasando por los tenores y sopranos hasta los y las que tocaban instrumentos de viento, los violines y las guitarras y mandolinas. Durante la época de Guzmán, cualquier dama o caballero se sentía animado a componer su “musiquita”, un valse o una canción de amor para ofrecerla a sus amigos y amigas y recibir de ellos y ellas elogios y reconocimiento. Ese amor por la música llevo al surgimiento de verdaderos genios y genias artísticas como Reinaldo Hanh y Teresa Carreño. Hahn, famoso compositor nacido en Caracas en 1876, sus padres los llevaron a vivir en París desde muy niño, de donde nunca más regresó. Conocido como el más parisino de los parisinos, sin embargo nunca se olvidó de su Caracas natal. Teresa Carreño, caraqueña, creció en París en el seno de una familia muy criolla, con lazos muy fuertes con la cultura de la clase alta caraqueña. Teresa es una de nuestros más altos exponentes musicales, admirada por Liszt, Rossini, Grieg, Tchaikovsky, entre muchos otros. A su muerte en 1917, su último deseo fue el de ser enterrada en Caracas: fue cumplido en 1938.

36. CARACAS DE GUZMÁN: MODERNIDAD Y MEDIOS DE COMUNICACIÓN

El estudio arqueológico de la Caracas de fines del XIX nos revela la influencia comercial de los países europeos sobre la vida cotidiana de la burguesía caraqueña. Ello se manifiesta principalmente en el consumo de bienes terminados tales como vajillas de Sevres, cristalería, alimentos enlatados, cubiertos de mesa, vinos franceses (Saint Emilion), cervezas inglesas marca Patent, medicinas francesas patentadas, ropa, calzado, entre muchos otros bienes. Estos contactos comerciales, si bien tocaban a una parte limitada de la población urbana caraqueña, no incidían en la conciencia que tenía la gente común sobre su lugar en el mundo. El desarrollo de las comunicaciones internacionales a través del cable francés y de las redes telegráficas y telefónicas no solamente comenzó a poner en contacto a sectores de la población nacional que hasta entonces habían vivido sin saber los unos de los otros, y aumentó el nivel de conciencia de los caraqueños y los venezolanos en general, sobre el mundo exterior. Ello, a su vez, comenzó a incidir sobre el área de negocios, ya que los comerciantes caraqueños podían comunicarse en breve plazo y hacer transacciones comerciales con los de otros países. Las noticias sobre el acontecer mundial comenzaban a ser conocidas en tiempo real, no después de semanas y meses de haberse producido los eventos. Los actores comerciales y financieros exteriores comenzaron a interesarse por invertir en Venezuela, ya que podían conocer, prevenir y tratar de incidir sobre los sucesos políticos venezolanos y proteger así con antelación sus intereses. Si bien ello significó un adelanto tecnológico, aumentó la dependencia de Venezuela de las potencias capitalistas europeas así como de Estados Unidos. Un elemento tecnológico relevante fue la introducción de las

máquinas de escribir que aceleró la comunicación de mensajes telegráficos y, en general, la correspondencia escrita entre casas de comercio. El desarrollo de los medios de comunicación facilitó asimismo la capacidad del capitalismo desarrollado para influir en nuestros procesos políticos internos a través del manejo de las elites financieras y comerciales para derrocar al presidente Cipriano Castro, crear una matriz de opinión negativa sobre su persona y finalmente armar el bloqueo naval contra Venezuela.

37. CARACAS DE GUZMÁN: LA EXPOSICIÓN NACIONAL DE VENEZUELA

El 23 de agosto de 1883 fue inaugurada en Caracas la Exposición Nacional de Venezuela, organizada por el sabio Adolfo Ernst para conmemorar el primer centenario del nacimiento de El Libertador Simón Bolívar. Para alojar dicha exposición, se construyó un local ad-hoc en la actual esquina de La Bolsa, anexo al viejo edificio de la Universidad Central de Venezuela.

El análisis de los contenidos de la Exposición Nacional de Venezuela en 1883 (Ernst, III: 1983), refleja de manera muy acertada el nivel de desarrollo de las fuerzas productivas que había alcanzado la sociedad venezolana en el último tercio del siglo XIX: un mínimo sector productivo industrial o artesanal localizado en los grandes centros urbanos como Caracas, Valencia y Maracaibo, un gran sector productivo artesanal y doméstico, y un sector extractivo o recolector de materias primas vegetales y animales. La exposición presentaba al público un inventario general de la producción de bienes terminados, producción de bienes artesanales a nivel doméstico así como de materias primas vegetales, animales y minerales.

La exposición de bienes artesanales terminados representaba las características ya expuestas de la fuerza laboral y de los centros productivos. La mayor parte del catálogo de la exposición estaba dedicada a los productos de agro-exportación como el café, el cacao, el tabaco, el algodón, la caña de azúcar; a las diversas variedades de frijol, quinchoncho, arvejas, tapiramos, quimbombó, yuca y muchos otros alimentos; a los diversos tipos de madera exportable y sus derivados como la goma y el caucho; a las materias tintóreas como el dividive, etc. Otro renglón importante estuvo dedicado a la muestra de maquinaria importada, particularmente la dedicada a la producción del café y de la caña de azúcar. Un sector igualmente representado fue el de la importante producción de bienes artesanales para la vida cotidiana, tales como libros y encuadernación de libros, zapatos, telas, cigarros, chinchorros, hamacas, escobas, bolsos, cuerdas, cestas, bastones, ropa, tejidos de aguja y bordados, alfarería artesanal para uso doméstico, etc.

La exposición reveló también la persistencia de formas de trabajo y producción de bienes artesanales que se vinculaban a los antiguos obrajes indígenas de los siglos XVI y XVII, que estudiamos en 1961, como era la producción de telas de dril blanco y de color provenientes del estado Lara, en “... cortes de 5 metros de largo y 63 cm de ancho... al precio de 10 bolívares...” Estas telas eran tejidas en las comunidades indígenas criollizadas de Quíbor y El Tocuyo, utilizando un tipo de telar horizontal con lizos y pedales introducido en el siglo XVI, que eran reminiscencia, a su vez, de los utilizados en Europa durante la Edad Media (Sanoja, 1979b: 45-55).

La Exposición Nacional de Venezuela, réplica local de las Exposiciones Universales que se celebraron en París en la

segunda mitad del siglo XIX, nos refleja también la materialidad del quiebre histórico que se estaba produciendo en nuestro país con la finalización de los modos de vida coloniales -cuya base era fundamentalmente agrícola y rural- y su fase epigonal de naturaleza mercantil-importadora que comprometía particularmente a la burguesía urbana en ascenso, cuyo imaginario estaba capturado por la ideología consumista del capitalismo europeo y estadounidense.

V. LA CARACAS DEL SIGLO XX

La Caracas de principios del siglo XX representa un tiempo histórico de transición entre el pasado colonial hispano y la modernidad neocolonial gringa que nos trajo la explotación petrolera y la cultura rentista del petróleo. El desarrollismo que animó la dictadura de Marcos Pérez Jiménez entre 1948 y 1958, destruyó buena parte de la cultura material caraqueña acumulada desde siglos anteriores, así como de la cultura ideológica, estimulando una subjetividad marcada por los valores éticos del capitalismo, particularmente el individualismo, el autodesprecio como pueblo, la sumisión ante los valores del *american way of life* que mercantilizaron todos los componentes de la vida cotidiana de los venezolanos y de los caraqueños en particular. El desarrollismo que animaba la ideología de la dictadura de Marcos Pérez Jiménez puso en marcha en Caracas un brutal proceso de modernización urbana que destruyó buena parte de la traza urbana y con ella muchos de los hábitos, las tradiciones culturales y la memoria histórica de la sociedad caraqueña que se habían conservado hasta mediados del siglo XX. A partir de entonces se inició un proceso diverso de búsqueda de una nueva cultura y una historia de la vida cotidiana caraqueña que todavía está en proceso de construcción.

1. CARACAS, 1906:

PRIMERAS ORGANIZACIONES CIUDADANAS

Las primeras formas de organización ciudadana en Caracas comenzaron a aparecer hacia finales del siglo XIX, algunas de ellas dedicadas a paliar los sufrimientos y las dificultades por las que atravesaba, particularmente, la clase más pobre cuyas desdichas no finalizaban con la muerte de la persona. En los servicios funerarios se representaba de manera más dramática

la desigualdad social y la diferencia cultural entre clases sociales; los cuerpos de los difuntos pobres tenían que ser transportados muchas veces en parihuelas llevadas en hombros por sus amigos. El cortejo del difunto ejecutaba una especie de danza, dando pasos rápidos y cortos hacia adelante, hacia atrás y hacia los lados. *El objeto de la misma era confundir al alma del difunto para que no pudiese hallar el camino de regreso a su casa y volver parar espantar a los vivos.* Una vez que arribaban a alguno de los cementerios que existían en Caracas, el cuerpo finalmente descansaba en uno de los rincones apartados del cementerio en una fosa excavada de manera descuidada, mientras que un sacerdote llegaba, de prisa, a pronunciar unas breves palabras sobre la tumba del difunto ya que tenía otros entierros que atender. Cuando fuimos a enterrar a mi padre en el Cementerio General del Sur en 1948, se encontró en el fondo de la fosa recién excavada, el esqueleto de un difunto que había sido simplemente enterrado sin urna y arrojado al fondo de la excavación, posiblemente un antiguo pobre de solemnidad. Si el cuerpo era de un difunto rico, por el contrario, era conducido en una urna y transportado en una elegante carroza fúnebre tirada por caballos. Los deudos y los amigos viajaban también en coches con caballos, formando un largo cortejo que llevaba al difunto hasta su reposo en una fosa excavada limpiamente en el panteón familiar, mientras que un sacerdote rezaba con toda dedicación un responso por el alma del difunto. Para tratar de prevenir ese trato diferencial hacia los difuntos, se organizaron sociedades mutuales a las cuales pertenecían también ciudadanos de la clase pobre, que tenían como finalidad estimular la ayuda mutua entre las personas en el caso de sobrevenir una tragedia familiar.

2. LOS TRANVÍAS CARAQUEÑOS

Los primeros tranvías caraqueños estaban tirados por un par de mulas o por un caballo. Se trataba de pequeños vehículos abiertos que transportaban veinte pasajeros. No fue sino hasta 1906 que los intereses extranjeros decidieron invertir sus capitales en la construcción de un sistema de tranvías eléctricos para la ciudad de Caracas, cuando ya otras ciudades de América Latina como Buenos Aires, contaban con sistemas de tranvías eléctricos desde hacía una década. Se trató de un sistema construido por empresas inglesas; los coches del tranvía eran limpios y estaban bien mantenidos. El costo del servicio era de *una locha* (12,5 céntimos) en 1943. El personal del tranvía, vestido con un uniforme militar de color gris, contaba con un conductor que viajaba en la parte delantera del coche manipulando dos palancas; una con la mano izquierda que regulaba la velocidad, que se medía en puntos, y otra con la mano derecha que servía para frenar las ruedas. Otro hombre recolectaba el dinero y le daba un ticket al viajero que decía: transporte, seguro, limpio y rápido. Para proporcionar la fuerza al tranvía, se diseñó un tendido eléctrico urbano paralelo al de los rieles por donde aquel se movía. La electricidad era captada por una percha montada sobre el techo del coche la cual terminaba en una polea que rodaba sobre el cable eléctrico captando la electricidad que animaba el sistema. Una cuerda pendía del extremo de la percha y servía para que el ayudante del conductor, que era también el colector del dinero del pasaje, pudiese invertir la percha cuando el tranvía debía cambiar de dirección. Cuando ello ocurría el conductor se pasaba al otro extremo del coche donde existía otro sistema de palancas similar para manejar el tranvía en sentido contrario. Cada vez que se aproximaba un cruce de esquinas, el conductor presionaba con el

pie un botón que se hallaba en el piso, el cual hacía sonar repetidas veces una campana: ¡clan clan, clan clan!, para advertir a los otros vehículos o transeúntes. El espaldar de los asientos de madera, podía girarse hacia atrás o hacia adelante cuando el carro llegaba al final de la línea en el sentido que marcaba la dirección de regreso. En el asiento trasero había una caja con arena que se utilizaba para regarla sobre los rieles en los trayectos con mayor pendiente como por ejemplo la subida de San Ruperto, en La Pastora. Para 1908, Caracas ya contaba con un excelente servicio de transporte público que unía el centro de la ciudad con las diferentes parroquias, gracias a una compleja red de rieles, parte de la cual todavía es visible en ciertas calles de la parroquia La Candelaria. Para mediados del siglo XX se introdujeron los llamados trolleybuses, autobuses movidos también por electricidad, pero que usaban neumáticos. Ello les permitía moverse en las calles sin las limitaciones de los rieles que obstaculizaban el desplazamiento de los tranvías.

3. ETNOGRAFÍA PASTOREÑA, FIESTAS CASAMENTERAS. 1943

Una costumbre social pastoreña de la década de los años 40 del pasado siglo era el “picoteo”, baile amenizado con un “pick up” (toca-discos), para propiciar el ritual casamentero. En tan austera sociedad poseer un “pick up” y discos de músicaailable era un lujo. El dueño era invitado obligado a las fiestas del barrio: sin él no habría fiesta porque no habría música. La preparación del festejo era tarea de las muchachas de la cuadra; reunían los discos de la Billo’s: guarachas, boleros, pasodobles, etc., que existían en la cuadra, y el joropo Alma Llanera con el cual finalizaba la fiesta. Preparaban lo comestible: los pasapalos: tequeños

caseros; ruedas de pan cuadrado cortadas en cuadritos untados con una mezcla de diablito, mantequilla y queso amarillo rallado o con mayonesa colocando encima trocitos de anchoa, de jamón o ensalada rusa; preparaban un plato hondo donde se colocaban pepitonas en jugo de limón; en navidad ruedas de pan de jamón. Los hombres se encargaban de organizar lo “bebestible”, generalmente ron Santa Teresa mezclado con pepsicola (cuba libre) para los hombres y ponche crema para las mujeres. En otras oportunidades, pedían a la Cervecería Caracas, un sífon de cerveza enviado a domicilio, colocado en un medio barril lleno de panelas de hielo. El baile se llevaba a cabo en el patio o en la sala, si la casa era suficientemente grande. A lo largo de las paredes se colocaban generalmente sillas donde se sentaban las muchachas, esperando sus galanes, mientras estos se reunían en las esquinas de la habitación para “inspeccionar el ganado”. A prudente distancia se sentaban los padres, con un ojo puesto en las hijas para evitar que algún “fresco” bailara pegado, “rucaneando” el vientre de la muchacha. Comenzado el baile, se iban definiendo las parejas. Algunas comenzaban a bailar más seguido que otras y se corría el murmullo: fulanita tiene una conquista. Luego, al correr los días, la conquista de fulanita le hacía la visita parado en la ventana de la casa, hasta el día en que el padre, previo permiso, le permitía pasar al recibo, antesala amoblada con duros muebles de madera o “paleta”. La finalidad, era que el novio, sentado en tan incómodo mobiliario, acortara la duración del noviazgo, se casara o se fuera a buscar otra novia. Cuando el noviazgo tenía éxito, los niños más pequeños fungíamos como vigilantes o “gorro” de la pareja para evitar que se besaran. Cuando el romance era serio, los novios se sentaban en el sofá o pasaban a muebles más cómodos en la sala. Entonces se abrían las ventanas que daban a la calle y el noviazgo ya era

públicamente oficial. La vida cotidiana era entonces muy conservadora y rigurosa. Los antiguos valores sociales resistieron hasta cierto momento, los embates de la cultura consumista que trajo el auge petrolero de mediados de siglo. La vida cotidiana del barrio caraqueño perdió entonces la ingenuidad, el romanticismo y la poética que habían caracterizado nuestra sociedad caraqueña decimonónica.

4. LA DIVERSIDAD CULTURAL Y POLÍTICA DE CARACAS

Para entender lo que sucede actualmente en Venezuela, debemos conocer la historia urbana reciente de Caracas y, particularmente, del Municipio Chacao donde se filmó la trama de una supuesta rebelión popular contra el gobierno democrático del Presidente Nicolás Maduro, así como la de su contrafigura, el Municipio Libertador.

Hasta bien entrado el siglo XX, la ubicación de Chacao, lejos del viejo centro histórico caraqueño, estimuló la autoconciencia de clase, predominantemente clasemediera tradicional, de la población caraqueña que migró hacia el noreste caraqueño desde mediados del pasado siglo; unido a lo anterior llegaron nuevos contingentes de inmigrantes europeos, particularmente italianos, portugueses y españoles, quienes formaron una fuerza de trabajo especializada en el ramo de la construcción de edificios. Este mestizaje cultural se expresó con un estilo de vida diferente al caraqueño tradicional; la fuerte autoconciencia de clase se unió al racismo y al fascismo importado de Europa por muchos de los inmigrantes que allá habían sido clase popular o pequeña burguesía, asumiendo un estilo de vida que intentaba replicar el de las modernas urbes de Italia, creando un ambiente cotidiano muy europeo,

individualista, totalmente opuesto a la forma comunitaria que había caracterizado a la sociedad tradicional del occidente caraqueño. A partir de los años sesenta del siglo pasado, el noreste de Caracas devino un paradigma de la modernidad. Las empresas privadas, la banca, las embajadas y consulados, e instituciones políticas o culturales del Estado abrieron oficinas en Chacao y Altamira. Podríamos decir que en el este caraqueño la subjetividad de su población era y sigue estando muy influida y determinada por las políticas culturales intervencionistas de Estados Unidos y la Unión Europea, por lo cual buena parte de la misma, intoxicada también por la guerra mediática, perdió de cierta manera, muchos elementos básicos de su identidad nacional.

El oeste de Caracas fue impactado desde mediados del siglo pasado por migraciones internas campesinas provocadas por la crisis social que se desbordó con la caída del dictador Pérez Jiménez en 1958. La construcción de nuevos urbanismos como el 23 de Enero y Casalta aglutinaron una importante masa de población cuya identidad cultural, a diferencia de la del este de Caracas, estaba centrada en los valores tradicionales de la sociedad venezolana. Así como en el este surgieron movimientos fascistoides con un modo de vida extranjerizante, en el oeste, en Catia, surgieron movimientos culturales y políticos inspirados en la izquierda radical. Estos movimientos progresistas y radicales abren el camino a nuevas formas de organización social cimentadas en el Poder Popular, los consejos comunales, las comunas urbanas y periurbanas, la agricultura urbana y la acción transformadora de las diversas misiones sociales, que elevan y forjan la conciencia política revolucionaria de grandes sectores de la sociedad catiera. Misiones sociales como “Barrio Nuevo, Barrio Tricolor”, mejoran la base material del estilo

de vida barrial popular y fortalecen la identidad cultural, la conciencia de clase de dicha población dentro la ideología del socialismo chavista. No es casual que así como Chacao es el escenario de filmación de la violencia fascistoide, las grandes avenidas del oeste de Caracas, bajo el liderazgo de una alcaldesa humanista se han convertido en una red nodal de alegría cuyo centro es la Plaza Bolívar, recuperada por el chavismo como espacio insignia, de la Revolución Bolivariana.

5. MI CARACAS DE 1952

Mario Sanoja Obediente

Hasta mediados del siglo XX, porciones sustanciales de la superficie de Caracas y sus alrededores conservaban testimonios de la traza urbana y agrícola colonial. Una impactante experiencia a este respecto la recibí cuando, recién salido del bachillerato en 1952, ingresé al área de la Ciudad Universitaria en construcción, para a inscribirme orgullosamente como alumno de la Universidad Central de Venezuela. No imaginaba entonces que ese recinto académico habría de albergar, por casi 60 años, mi vida de estudiante y luego de profesor universitario. Durante mi primer día “universitario” me detuve en una colina donde estaba en construcción una compleja estructura que sería, tiempo después, la sede del Rectorado y del Aula Magna. Erguido sobre el borde de la colina divisé hasta perderse en la lejanía, un extenso tablón de caña de azúcar que formaba parte de la antigua hacienda Ybarra. La Facultad de Economía y Ciencias Sociales, localizada en una residencia universitaria, colindaba en su fachada norte con el extenso galpón que había servido de sede al trapiche donde se molía la caña de azúcar producida en la hacienda y también a los alambiques donde se

manufacturaban el azúcar y las melazas, el aguardiente blanco y el ron. En 1952, los “exóticos” compañeros de la Escuela de Arquitectura, donde destacaba el joven Fruto Vivas, habían convertido El Trapiche en un espacio académico cuya rústica estructura de zinc contrastaba con la novedosa residencia estudiantil que albergaba a nuestra facultad de Ciencias Económicas y Sociales (FACES). Los tablones de caña habrían de sobrevivir varios años más hasta el momento en que se decidió construir nuevas facultades como la de Ingeniería y otros edificios para la Escuela Técnica Industrial y el Hospital Universitario que abrieron la “colonización” urbana de Los Rosales y la Roca Tarpeya. La fachada norte del área ucevista que linda con la actual Plaza Venezuela estaba definida por la carretera Caracas-Petare que atravesaba el pueblo de Sabana Grande. Al inicio de esta población había un enorme terreno vacío, donde todavía se fabricaba carbón de leña y servía simultáneamente como albergue de recuas de los burros que transportaban las hortalizas cultivadas en las huertas del Waraira Repano. La estrecha Calle Real de Sabana Grande comenzaba a cambiar su perspectiva urbana, pero conservaba todavía las estructuras de antiguas bodegas que sobrevivían del siglo XIX. Chacaíto era una alcabala que marcaba el inicio del estado Miranda. Sólo había una ruta de autobuses que hacía el trayecto Petare-Los Teques. Aunque no existía una ruta turística, viajar en el autobús Petare-Los Teques era visualizar la sucesión de paisajes agrícolas y urbanos de aquella Caracas que se desvanecía bajo el impacto del rentismo petrolero. Paralela a Sabana Grande corría la línea del tren Caracas-Santa Lucía, hoy avenida Libertador; podíamos ver a las 6 de la mañana, la vestusta locomotora de carbón arrastrando vagones de carga y de pasajeros como si fuese una estampa de la desvaída Caracas del siglo XIX.

6. LAS MIGRACIONES CAMPESINAS HACIA EL OESTE DE CARACAS: LA PARROQUIA 23 DE ENERO

El siglo XX trajo consigo el desarrollo de la industria petrolera en Venezuela y la quiebra definitiva del modelo económico que habíamos heredado de la formación colonial hispana. El latifundio, forma de producción característica de tal formación social entró en crisis: la producción de los principales rubros de exportación, el café y el cacao descendió súbitamente al iniciarse la década de los años 30 del pasado siglo, en tanto que la curva de la producción petrolera se elevó exponencialmente. Ello determinó, correlativamente, un aumento del desempleo en las masas campesinas venezolanas, proceso que se resolvió por una agudización de las migraciones humanas desde el campo hacia Caracas. En 1926, la población rural representaba el 85% del total nacional, es decir, Venezuela tenía todavía una importante población campesina. Para 1936, dicha población había descendido rápidamente al 65%, en 1941 al 60%, en 1950 al 46% y en 1961 al 38%. Buena parte de esa masa de migrantes buscó resolver su vida en Caracas; mientras que en el este de la ciudad la mayoría de las tierras planas estaban ocupadas por extensos latifundios privados, los cuales fueron urbanizados para dar viviendas a la naciente clase media, en el oeste y el sureste de Caracas, zonas de sabana seca, la masa de migrantes tenía las posibilidades de colonizar tierras planas o en pendiente que eran del dominio público. En Catia, muchos de esos migrantes fundaron rancharías en zonas como Agua Salud y Monte Piedad que constituían como una periferia cercana al desarrollo urbano clase media que había sido emprendido sobre el territorio del antiguo barrio El Silencio por el gobierno del general Medina Angarita. En 1950, durante la dictadura de Pérez Jiménez, los habitantes

de aquellas rancherías fueron desalojados violentamente para destinar el área a un megaconjunto habitacional integrado por grandes superbloques de viviendas, el cual pasaría a ser conocido como 2 de Diciembre en honor a la fecha de ascenso al poder del dictador. Nos tocó en 1956, todavía estudiante ucevista de antropología, ser testigo del acceso progresivo de aquella creciente masa campesina en los entonces cavernosos espacios del 23, buena parte de los cuales se hallaban todavía deshabitados. A raíz del derrocamiento de la dictadura en 1958, la migración de familias campesinas sin vivienda y sin trabajo desbordó los espacios urbanos caraqueños, particularmente el que pasó a llamarse desde entonces el 23 de Enero y obligó al gobierno provisional del vicealmirante Wolfgang Larrazábal a instrumentar el Plan de Obras Extraordinarias (POE) destinado a proporcionar empleos precarios a los hombres y mujeres desempleados. Por sus características urbanas, el 23 se convirtió en lo que llaman los gringos un *melting pot*, un recipiente donde se mezclaron las tradiciones culturales y étnicas características de la antigua formación social venezolana desplazada por la cultura del petróleo y las introducidas por ésta, creando una nueva forma cultural dentro de la cultura catiera tradicional. La población del 23 desarrolló así una expresión dialectal del español que se hablaba en Caracas, reconocido como el dialecto caraqueño-“malandro”, virtualmente incomprensible para los otros usuarios. Como ejemplos: pirrieles/zapatos; canastilla/ropa: comida/papa; novia(o)/vistilla, levante; noviazgo/sebo, sebo trancao, ensebarse; mujer, hombre/jeba, chama/chamo; niño/chamín; apuro/atore; pure, puretos, viejos/padres; relación sexual/empierne empier-narse; policía/tombo; revólver/fuca; patrulla policial/rufa, etc. Al mismo tiempo se crearon diversos movimientos sociales radicales de izquierda o antisistema que convirtieron al 23 en un

baluarte rebelde contra el sistema político de la IV República que fue combatido a sangre y fuego por las fuerzas de la democracia representativa del punto fijismo, hasta que triunfó la Revolución Bolivariana en 1998 y se transformó en un centro revolucionario urbano. El llamado “dialecto malandro” del 23 se incorporó desde entonces al español caraqueño.

7. IDEOLOGÍA DEL NEO-URBANISMO DEL SURESTE DE CARACAS

Si algo está impregnado de ideología, eso es el urbanismo. La manera como los seres humanos conciben la producción del espacio social está directamente mediada por los valores culturales y sociales de aquellos sectores sociales que dominan la concreción de los espacios donde transcurre la vida cotidiana de las personas. Cada formación social impulsó modelos de desarrollo urbano que tenían como finalidad la reproducción de la ideología de la sociedad dada. La formación capitalista diseñó un modelo de ciudad donde los edificios que representan el poder, la religión y el poder político y económico conforman el centro del todo urbano. Esa representación espacial del poder ha permeado hasta nuestros días, pero los símbolos que representan el poder y su representación misma, ha variado de manera sustancial. Donde yo vivo, Municipio Baruta, el poder político representado por la alcaldía ocupa un no-centro. El modelo de urbanismo del sureste privilegió una forma espacial dominada por el centro o centros comerciales que simbolizan el poder local, área donde convergen cotidianamente los habitantes de cada sector dominado por el o los centros comerciales. Los mismos convierten la relación social en una relación mercantil que excluye la solidaridad social

entre personas, mas no así la solidaridad social con los dueños del centro comercial que, en este caso, son mayoritariamente descendientes de portugueses. ¡Con mis portugueses no te metas! parecieran decir los vecinos cuando de alguna manera los poderes extra-vecindario (nacionales) del Seniat cierran o multan a algún negocio del centro.

8. 1989. EL CARACAZO: EXPERIENCIA DE UN VIAJERO CARAQUEÑO

Mario Sanoja Obediente

La horrorosa masacre cometida por la IV República y su gamonal Carlos Andrés Pérez es uno de los hechos más vergonzosos cometidos en la historia de Venezuela. La última semana de febrero me hallaba en Madrid, participando en un taller sobre publicaciones del V Centenario. El día 27 de febrero de 1989 me encontraba en el aeropuerto de Barajas esperando el vuelo a Caracas, cuando anunciaron que el mismo estaba suspendido. Carente de información sobre las causas, traté muchas veces de hablar telefónicamente con mi esposa en Caracas, sin éxito. A las cuatro de la tarde nos embarcaron finalmente en un vuelo hacia Caracas, vía islas Canarias, República Dominicana y finalmente Maiquetía, donde llegamos alrededor de la media noche del día veintiocho. Para mi gran sorpresa, todo estaba desierto, no había funcionarios de identificación ni de aduanas, ni taxis ni autobuses. A lo lejos se oían disparos y ráfagas de metralletas. Curioso y angustiado llamé a mi esposa por teléfono quien me informó que había una rebelión popular en Caracas, que estaba encerrada en la casa con los niños y que todas las vías estaban obstruidas con barricadas, por lo cual era imposible que me fuese a recoger al aeropuerto. Una persona que se hallaba acurrucada en un

rincón vino a mi encuentro y me dijo: “el pueblo de Caracas se alzó contra el gobierno. Yo tengo que subir con mi carro, pero me da miedo irme solo. Si me acompaña, lo dejo en alguna parte donde puedan ayudarlo”. Le dije: “yo voy hacia Prados, déjeme donde pueda seguir caminando”. Súbitamente un pasajero del vuelo, un español me reconoció y—casi llorando— nos rogó que no lo abandonáramos en esa soledad. Emprendimos, pues, el viaje por la autopista llena de sombras, sorteando barricadas y amontonamientos de piedras en las calles y autopista y, luego, grandes extensiones de piedras de diferentes tamaños que tapizaban el pavimento, restos de la batalla popular contra las fuerzas represivas del régimen, esperando a cada momento ser atacados por unos u otros. Finalmente, dejamos al compañero español en un hotel de La Campiña y continuamos sobre la Avenida Libertador. Felizmente, me enteré que, por coincidencia, el conductor vivía en el Barrio Santa Cruz, cerca de Prados y se ofreció, generosamente, a llevarme hasta mi casa donde mi familia desesperaba por verme llegar sano y salvo. Allí pude comunicarme con los amigos y comprender la gravedad de la situación que no sólo tenía que ver con la violencia, sino también con la imposibilidad de conseguir comida para nuestros voraces hijos adolescentes. El 27 de febrero es una seria advertencia para todos los irresponsables líderes de la derecha terrorista que animan la guerra económica, que sueñan y salivan ante la perspectiva de una explosión social que derroque la Revolución Bolivariana. La violencia que engendra una guerra civil, no respeta clases sociales. Nosotros, los que vivimos en la Caracas de clase media o alta, no estamos preparados ni mental ni materialmente para ella: nuestras propias familias serían las primeras víctimas.

VI. CARACAS, SIGLO XXI

Como corolario a la presente obra, podemos decir que hemos hecho un largo recorrido antiguo de más de ocho siglos desde el momento de la primera ocupación caribe de Caracas hasta arribar a esta ciudad moderna, compleja y atractiva.

Este siglo XXI que apenas comienza ha marcado la vida de nosotros las y los caraqueños con sentimientos de angustia y rabia contenida. Las acciones emprendidas por los grupos terroristas más violentos de la oposición venezolana en un intento por destruir la Revolución Bolivariana y tratar de lograr por la fuerza lo que no han podido obtener a través del voto, sumieron nuestra ciudad en un caos programado para hacer rendir a los venezolanos ante su barbarie. Este siglo XXI caraqueño es un tiempo de redefinición histórica no sólo de la ciudad sino del país como un todo, de la sociedad venezolana como un todo. La Revolución Bolivariana, el chavismo, nos guste o no nos guste, representa un profundo cambio en todos los órdenes de nuestro modo de vida con todas las transformaciones que han ocurrido y siguen ocurriendo en nuestra sociedad. Estas transformaciones han impactado al resto de los países y pueblos de América Latina e incluso a Estados Unidos y Europa señalando la vía hacia una forma de democracia participativa donde el Poder Popular juega un papel protagónico. Los cambios que proponen las rebeliones populares que están ocurriendo actualmente en Chile, en Ecuador y en Colombia, los cambios sociales que se propone en México, la llamada Cuarta Transformación tienen mucha similitud con los que están ocurriendo desde hace 20 años en Caracas y en Venezuela toda. No se trata, como dice la derecha de esos países de una conspiración planificada por la Revolución Bolivariana: se trata del surgimiento de una idea del cambio social considerado necesario por los pueblos de América Latina. Caracas, una

vez más, ha sido el epicentro de ese fuerte movimiento telúrico que sacude a buena parte de la sociedad latinoamericana. Por ello los cambios que se producen en la cultura caraqueña no pueden ser medidos solamente por la modificación de lo material que pasa a ser una expresión cuantitativa de aquéllos, sino por los cambios de lo que algunos denominan la cultura ideológica. Esta cultura ideológica es el campo de batalla donde se lucha por la construcción de una sociedad, una ciudad comunal socialista antagónica a la ciudad concebida como una mercancía capitalista gerenciada por el capital privado.

Los gobiernos imperialistas de los Estados Unidos tratan de detener el proceso de cambio social en la Venezuela Revolucionaria, aplicándonos ilegales y salvajes sanciones económicas bajo la forma de un bloqueo político, económico y financiero que busca asfixiarnos y hacernos rendir. Pero ellos no pueden comprender cómo sus políticas van –por el contrario– destruyendo progresivamente las antiguas formas capitalistas que nos impuso su colonialismo para hacernos cada vez más auténticamente libres y soberanos.

1. ¡SEGUID EL EJEMPLO DE CARACAS!

El mismo día en que en la OEA un grupo de embajadores de países miembros trataba de lograr la intervención política –y quizás también militar– de nuestra patria, el pueblo caraqueño se volcó por millares a las calles céntricas de la ciudad para manifestar su repudio a la intervención extranjera. El epicentro de la multitudinaria manifestación fue, precisamente, el lugar donde se halla uno de los íconos de la caraqueñidad: la Ceiba de San Francisco. El centro histórico de la ciudad de Caracas ha sido testigo activo de la lucha de nuestro pueblo

contra toda forma de opresión colonial. Fue precisamente en la iglesia de San Francisco donde en 1813 el pueblo caraqueño, de manos del gobernador de Caracas, Cristóbal Mendoza, entregó al Libertador Simón Bolívar el título de Libertador y Capitán General de los Ejércitos de Venezuela. Simón Bolívar expresó en esa oportunidad que consideraba el título de Libertador de Venezuela, como “el título más glorioso y satisfactorio para mí que el cetro de todos los imperios de la Tierra”. Rememorar este hecho histórico que es caraqueño y también venezolano, tiene una extraordinaria significación en este momento cuando la Patria venezolana es asediada por los enemigos de la Revolución Bolivariana. Venezuela ha sido siempre un símbolo premonitorio de los grandes movimientos políticos progresistas que han sacudido a la América Latina. La Corona española distinguió a Caracas como capital militar y económica de todas las provincias de la gobernación de Venezuela, lo que constituyó el primer bosquejo del gobierno nacional venezolano que finalmente representó a las provincias coaligadas el 5 de julio de 1811. El movimiento independentista que partió de Caracas liderado por el héroe caraqueño Simón Bolívar, sellaría posteriormente la libertad de cinco naciones suramericanas y abriría el camino para la creación de la Patria Grande. La historia social de los siglos XIX y XX venezolanos nos muestran también cómo la Guerra Larga o Guerra Federal liderada por Ezequiel Zamora para acabar con la desigualdad social, verdadera revolución que planteaba liquidar todas las formas de opresión social, y la Revolución Libertadora liderada por Cipriano Castro, cuya motivación era liberar a Venezuela de las garras de los usureros internacionales que querían repartirse nuestra riqueza petrolera, tenían como objetivo final sentar su gobierno en Caracas. Aquí también ocurrieron

los cambios políticos que barrieron las antiguas estructuras político-partidistas del siglo XIX. En 1936, surgieron en Caracas nuevos partidos reformistas socialdemócratas como Acción Democrática (AD) y el Partido Democrático Venezolano (PDV), y revolucionarios como el Partido Comunista de Venezuela (PCV), que tenían en común hasta 1945, una plataforma básica nacionalista y antiimperialista que incluía las propuestas de justicia social avanzadas por la Revolución Federal Zamorana; se adelanta así, desde 1859, un proceso de descolonización y modernización de la sociedad venezolana basado en la reforma agraria, la socialización del petróleo y las industrias básicas, fundamento de un desarrollo nacional soberano que se ha concretado, finalmente, en el siglo XXI con la propuesta revolucionaria bolivariana que formuló nuestro Comandante Hugo Chávez. ¡Sigamos adelante con este mensaje que nos da Caracas!

PALABRAS FINALES

CARACAS, CIUDAD COMUNAL

Como culminación de esta historia insurgente de la Caracas Caribe, queremos cerrar con una nota sobre lo que creemos debería ser el futuro socialista de nuestra comunidad. Caracas siempre ha sido un foco de antelación del destino de la nación venezolana, siempre ha dado el ejemplo a seguir como proclama nuestro Himno Nacional. Es por ello, quizás, que uno de los temas actuales de discusión en algunos círculos de planificadores y arquitectos urbanistas y científicos sociales bolivarianos sea la posibilidad de llegar a construir la actual Caracas, donde conviven diversidad de tiempos históricos, como una ciudad comunal. Se trata sin duda de una meta a largo plazo que requiere no solamente de una práctica sino también de una teoría que guíe los trabajos y proyectos que intentan ir concretando dicha meta.

La creación de la ciudad comunal en esta antigua Ciudad Caribe, plantea –como premisa fundamental– la insoslayable necesidad de construir en la población una subjetividad comunal y en consecuencia una cultura comunal. Como hemos expresado en diversos trabajos anteriores, concebimos la cultura como el conjunto de formas fenoménicas que presenta la existencia concreta de un grupo humano de los contenidos fundamentales de cualquier formación social, en consecuencia, su forma singular de expresarse como sociedad, su cultura. La cultura se manifiesta así como el componente cambiante y dinámico, según las tradiciones que conforman tanto su mundo material como el espiritual y el ideológico de una sociedad, tradiciones que son el fundamento para propiciar los procesos

de reconocimiento e identificación cultural popular que se producen y reproducen en las Comunas y Consejos Comunales a partir de las experiencias compartidas en la vida cotidiana, las cuales llegan a hacer espacios y lugares de resistencia contra la hegemonía cultural que ejerce el poder económico capitalista sobre el pueblo venezolano. Ello nos lleva a considerar también que la construcción de una cultura comunal caraqueña requiere de las obligaciones mutuas que hacen políticamente legítimas a dichas organizaciones y hacen posible que se mantengan las integridades contrahegemónicas de las comunas, tanto espacial como territorialmente. Dada la importancia cualitativa y cuantitativa de la participación de la mujeres en todos los movimientos, frentes y organizaciones de la sociedad bolivariana, así como en la consolidación de la sociedad, la cultura comunal reviste particular importancia en la lucha por eliminar la cultura patriarcal que mantiene la opresión y la marginación tanto de las mujeres como de los sexodiversos y los discapacitados y discapacitadas en la vida cotidiana tanto pública como privada. Las mujeres comuneras caraqueñas son parte particularmente importante del sistema económico nacional bolivariano, que se desarrolla a través de diferentes formas de organización socioproductiva: empresas de propiedad social, grupos de intercambio solidario, etc., los cuales si bien son parte del hecho productivo nacional a escala, no habían sido incorporados a dicho sistema por todos los agentes, hasta hasta la creación innovadora de los CLAP (Comites Locales de Absatecimiento y Producción). Estructurados orgánicamente con las misiones y Grandes Misiones Sociales ellos dan una gran fortaleza a la cultura comunal, a la creación de condiciones sociales que aceleren la consolidación tanto del Poder Popular como de la Sociedad Popular Comunitaria como un todo.

BIBLIOGRAFÍA

- Aizemberg, Isidoro. 1981. "Dos comerciantes judíos de la época colonial". *Revista Trimestral de la Asociación Israelita de Venezuela y del Centro de Sefardíes de Caracas*, N° 41, octubre-diciembre. Caracas.
- Alvarado, Gabriela y M. Montilla. 1994. "La Conservación y el Uso del Patrimonio Histórico como fuente de Reflexión y Participación Consciente. El Caso Particular del Teatro Municipal de Caracas". Ponencia presentada en el IV Congreso de Antropólogos y Sociólogos de Venezuela. Maracay.
- Alvarado, Gabriela. 1993. "Patrimonio Cultural: Teleología de una Praxis". Trabajo Final de Grado. Escuela de Antropología, UCV. Caracas.
- Archila, Ricardo. 1961. *Historia de la Medicina*. Ediciones del Ministerio de Sanidad y Asistencia Social. Caracas.
- Baralt, Rafael M. 1887. "Resumen de la Historia de Venezuela". Tomo III. Caracas. Citado por Gil Fortoul (1961)
- Bencomo, César. 1993. Clases Sociales en la Colonia. Trabajo Final de Grado. Escuela de Antropología, UCV, Caracas.
- Braudel, Ferdinand. 1992. "The Wheels of Commerce. Civilisation and Capitalism 15th-18th Century". Vol. 2. University of California Press.
- Brito Figueroa, Federico. 1993. *Historia Económica y Social de Venezuela*. 1993. Tomo I. Ediciones de la Biblioteca de la Universidad Central de Venezuela. Caracas.
- Britto García, Luis. 1998. *Demonios del Mar. Piratas y corsarios en Venezuela*. Comisión Presidencial para el V Centenario. Fundación Francisco Herrera Luque. Fundación Banco Mercantil. Caracas.

- De la Hoz, Mariela. 1994. "El Teatro Municipal: Una Experiencia Pionera en la Restauración de la Ciudad de Caracas". Ponencia presentada en el II Congreso Internacional de Patrimonio Cultural, *Contexto y Conservación*. La Habana.
- Deegan, Kathleen .1987. "Artifacts of the Spanish Colonies of Florida and the Caribbean, 1500-1800", Smithsonian Institution Press. Washington D.C.
- Deegan, Kathleen. 1995. "Puerto Real. The Archeology of a Sixteen Century Spanish Town in Hispaniola", University Press. Florida.
- Deive, Carlos, E. 1983. *Heterodoxia e Inquisición en Santo Domingo. 1492-1822*. Premio Siboney de Ensayo. Editorial Taller. Santo Domingo.
- Gil Fortoul, José. 1961. En: *La Doctrina Positivista*. Tomo I. Ediciones Conmemorativas del Sesquicentenario de la Independencia. Caracas.
- Goggin, John. 1968. "Spanish Majolica in the New World. New Haven. Yale University Publications in Anthropology, Yale University". New Haven.
- Gramsci, Antonio. 1977. *Pasado y Presente. Cuadernos de la Cárcel*. N°5. México, D.F.
- Heller, Agnes. 1985. *Historia y Vida Cotidiana*. Editorial Grijalbo, S.A. México, D.F.
- Lefevbre, Henry. 1995. "The production of space. Blackwell", Oxford, UK. Cambridge.
- Level de Goda, L. 1954. *Historia Contemporánea de Venezuela. Política y Militar (1858-1886)*. Primer Tomo. Imprenta Nacional. Caracas.

- Liendo, Carmen Brunilde de. 2001. "El Cuartel San Carlos y el Ejército de Caracas: 1771-1884. Academia Nacional de la Historia. Fuentes para la Historia Republicana de Venezuela. N° 89. Caracas.
- López Maya, Margarita. 1986. *Los suburbios caraqueños del siglo XIX*. Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia. Colección Estudios, Monografías y Ensayos N° 78. Caracas.
- Mc. Ewan, Bonnie G. Editor. 1993. "The Spanish Mission of Florida", University Press of Florida.
- Montero, Maritza. 1984. "Ideología, Alienación e Identidad Nacional", Universidad Central de Venezuela. Caracas.
- Omaña, Pedro Arturo. 1978. *Historia de la Artillería*. Talleres Gráficos del Congreso de la República. Caracas.
- Orser Jr., Charles E. y Brian M. Fagan. 1995. *Historical Archeology*, Harpers Collins College Publishers. New York.
- Orser Jr., Charles, E. 1988. "Toward a Theory of Power for Historical Archeology: Plantation and Spaces". En: *The Recovery of Meaning*: 313- 345. Editores: Mark P. Leone y Parker B. Potter, Jr. Smithsonian Institution Press. Washington and London.
- Paynter, Robert y R. McGuire. 1991. "The Archaeology of Inequality: Material Culture, Domination, and Resistance". En: *The Archaeology of Inequality*, Blackwell, Oxford U.K. and Cambridge.
- Paynter, Robert. 1988. "Steps to an Archaeology of Capitalism: Material Change and Class Analysis". En: *The Recovery of Meaning*: 407-434. Editores: Mark P. Leone y Parker B. Potter, Jr. Smithsonian Institution Press. Washington and London.

- Rodríguez, María Elena. 1993. "Utopía de la Ciudad Errante". En: *Imaginaria. Revista de la Inquietante y lo Fantástico*. Año 2, Julio-Diciembre, N° 2-3. Caracas.
- Sanoja Obediente, Mario. 1998. "La Diáspora Sefardí en el Caribe Oriental. Siglo XVIII, Actas del Primer Congreso de Cultura Judeo-latinoamericana". Caracas.
2011. *Historia Sociocultural de la Economía Venezolana*. Banco Central de Venezuela. Colección Venezuela Bicentenario. Caracas.
- Sanoja Obediente, Mario e Iraida Vargas Arenas 2002. *El Agua y el Poder: Caracas y la formación del Estado Colonial Caraibeño*. Banco Central de Venezuela, Caracas. Colección Ediciones Especiales.
- 1992a. "Trends in the Urban Process at The Caracas and Guayana Provinces, XVI-XIX centuries". Ponencia presentada en la conferencia "The Urban Origins in Eastern Africa from a Global Perspective". Mombasa.
- 1998a. *Arqueología de Caracas. San Pablo, Teatro Municipal*. Tomo II, Colección Estudios, Monografías y Ensayos. N° 178. Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia. Caracas, Venezuela.
- 1992b. "Gente de la Canoa. Estudio sobre los Antiguos Modos de Vida Recolectores del Noreste de Venezuela". 7000 A.P. 1992.
2014. "Arqueología del Capitalismo: el Proyecto Cuartel San Carlos. En: *Revista Atlántica Mediterránea*, pp 219-232. Universidad de Cádiz.
1979. *Antiguas Formaciones y Modos de Producción Venezolanos*. Monte Ávila Editores, 2da. Edición. Caracas.

- 1994d. "Proyecto de Arqueología Urbana de la Ciudad de Caracas". Ponencia presentada en la Reunión Anual de la Asovac. Coro.
1992. "The Perception of History and Archaeology in Latin America: A Theoretical Approach". Ponencia Presentada en el Seminario "Making Alternative Histories". Santa Fe.
1993. *Antiguas Formaciones y Modos de Producción Venezolanos*. Monte Ávila Editores, 3ra. Edición. Caracas, Venezuela.
1993. *Historia, Identidad y Poder*. Fondo Editorial Tropykos. Caracas.
1994. "Arqueología e Independencia en Centro América y El Caribe. Centro de Investigación en Identidad y Cultura Latinoamericanas". Serie Conferencias. Universidad de Costa Rica. San José.
- 1994b. "The Project of Urban Archaeology at the City of Caracas, Venezuela". Ponencia presentada en la Conferencia Internacional "Archaeological Remains. In Situ Preservation", organizada por ICAHM. Montreal.
- 1994c. "Rescate del Patrimonio Cultural: Una Alternativa al Neocoloniaje de la Antropología Venezolana". Ponencia Presentada en el Congreso Venezolano de Sociología y Antropología. Maracay.
- 1998b. "Cuartel San Carlos. Contribución al Estudio de la Arqueología de Caracas". Monografía Técnica. Biblioteca del Instituto del Patrimonio Cultural. Ministerio del Poder Popular para la Cultura. Caracas. (Inédito)
2002. "Archeology at La Isabela. America's First European Town", Yale University Press. New Haven.

2005. *Las Edades de Guayana Arqueología de una Quimera, Santo Tomé y las Misiones Capuchinas Catalanas 1595-1817*. Monte Ávila Editores Latinoamericana. Caracas.
2014. "Arqueología del Capitalismo: el Proyecto Cuartel San Carlos, Caracas". En: *Revista Atlántica Mediterránea. Rampas* 16.pp. 219-232. Universidad de Cádiz.
- Sanoja, Mario, Iraida Vargas Arenas, G. Alvarado, M. Montilla. 1998. *Arqueología de Caracas. Escuela de Música José Ángel Lamas*. Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia de Venezuela. Colección Estudios, Monografías y Ensayos N°177. Caracas.
- Scott, James. 1990. *Domination and the Arts of Resistance*. Yale University Press. New Haven.
- Silva, Ludovico. 1982. *Humanismo Clásico y Humanismo Marxista*. Monte Ávila Editores Latinoamericana. Caracas.
- South, Stanley. 1977. *Method and Theory in Historical Archaeology*, Academic Press. New York, San Francisco, London.
- Vargas Arenas, Iraida. 1990. *Arqueología, Ciencia y Sociedad*. Editorial Abre Brecha. Caracas.
1999. *La Historia como Futuro*. Fondo Editorial Tropykos. Facultad de Ciencias Económicas y Sociales, Universidad Central de Venezuela. Caracas
2007. *Resistencia y Participación. La Saga del Pueblo Venezolano*. Monte Ávila Editores. Primera Edición, Colección Milenio Libre. Caracas.
- Vargas Arenas, Iraida *et alii*. 1994. "Informe Técnico de las Investigaciones del Subproyecto de Arqueología. Proyecto de Restauración Integral del Teatro Municipal", Fundapatrimonio, Caracas.

- Vargas Arenas, Iraida y Mario Sanoja. 1990. "Education and the Political Manipulation of History in Venezuela". En: *The Excluded Past*. Peter Stone and R. McKenzie Editores. One World Archaeology: 50-60. Londres.
- Vargas Arenas, Iraida, Mario Sanoja y M. Montilla. 1994. "Informe Técnico de las Investigaciones Arqueológicas del Proyecto de Rescate Arqueológico del Teatro Ayacucho". Fundapatrimonio, Caracas.
- Vargas Arenas, Iraida, Mario Sanoja, G. Alvarado y M. Montilla. 1999. *Arqueología de Caracas: San Pablo, Teatro Municipal*. Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia. Serie Estudios, Monografías y Ensayos. N° 178. Caracas.
1998. *Arqueología de Caracas, San Pablo, Teatro Municipal*. Academia Nacional de la Historia, serie Estudios, Monografías y Ensayos, N° 178. Caracas
- Veloz Maggiolo, Marcio. 1985. "La Arqueología de la Vida Cotidiana". En: "Hacia Una Arqueología Social". Actas del Primer Simposio de la Fundación de Arqueología del Caribe. Vieques.
- Ybarra, Thomas. 1941. *Young Man in Caracas*. Nueva York.



Versión digital - julio de 2020
Caracas, República Bolivariana de Venezuela

IRAIDA VARGAS ARENAS (Aragua, 1942). Antropóloga por la Universidad Central de Venezuela (1964), destaca su doctorado *cum laude* en Historia y Geografía en la Universidad Complutense de Madrid (1976). Colaboradora científica del Smithsonian Institution. Primera mujer en obtener el Premio Nacional de Cultura, mención Humanidades (2008). Ha sido docente en universidades de España, México, Costa Rica y Colombia. Es investigadora nacional emérita por parte del Ministerio del Poder Popular para la Ciencia, la Tecnología y la Innovación. Autora y coautora de más de treinta publicaciones.

MARIO SANOJA OBEDIENTE (Caracas, 1934). Doctor en Antropología por la Universidad Central de Venezuela (1966), Licenciado en Etnología por la Universidad de La Sorbona, París (1961). Colaborador científico del Smithsonian Institution (1967), ha sido profesor de posgrado en varias universidades de Venezuela. Individuo de Número de la Academia Nacional de la Historia de Venezuela (1985) y Premio Nacional de Cultura, mención Humanidades, por el Ministerio del Poder Popular para la Cultura (2004). Es autor y coautor de numerosos libros y artículos, particularmente, junto a Irida Vargas Arenas.

La arqueología social y sus historias documentadas junto con el espíritu de los pueblos conciben un enfoque auténtico de la relación del ser humano con sus espacios. *El proceso urbano caraqueño: 1300-2020 d.C., aporte a la memoria histórica de Caracas*, nos permite afinar una detallada visión de la vida diaria, la microhistoria y los procesos y cambios dentro de la sociedad caraqueña. Las culturas se van forjando en la medida en que numerosos sucesos se acumulan y se vuelven costumbres, hasta que se fijan y se asumen como propias y autóctonas, incluso aquellas que no pertenecen a Nuestra América. Las prácticas capitalistas fueron traídas a territorio caribe con la invasión y la colonia. Mario Sanoja Obediente e Irida Vargas Arenas, a partir de estudios arqueológicos, y utilizando también el recurso de la crónica finamente, nos muestran cómo la sociedad caraqueña se va convirtiendo en centro de “poder” a lo largo de la historia, y cómo en la actualidad, paradójicamente, desde un ángulo político-social y económico, se ha convertido –extrapolando el gentilicio local al nacional– en pilar de resistencia y lucha contra los poderes hegemónicos extranjeros que pretenden vulnerar nuestra vocación libertaria y nuestra lucha contra el capitalismo depredador, acechando el tránsito hacia la independencia absoluta de la Patria Grande.

ISBN: 978-980-253-770-9

